

IGLESIA EN SANTANDER**OBISPO**

Decretos	Decreto sobre la Solemnidad de San José.....	93
Cartas		94
Pastorales	Semana Santa en el Año de la Misericordia	
	Una deuda de gratitud con los cristianos en Tierra Santa	95
	Desde la Pascua, la vida tiene un nuevo sentido	96
	El don pascual de la misericordia	97
	Colecta en favor del sufrido pueblo de Ucrania	98
	Resumen de la Exhortación del Papa Francisco	99
Homilías	Homilía Misa Crismal. Hermanos en Cristo Sacerdote y testigos de la misericordia de Dios	102

**SERVICIOS
PASTORALES**

Cancillería	Nombramientos.....	105
	Vida diocesana	
	El P. Manuel Herrero OSA ha sido nombrado obispo de Palencia	107
	XXXVI Jornadas interdiocesanas de Pastoral de la Salud	109
	Peregrinación a Lourdes	112
	Actividad del Sr. Obispo	113
	En la Paz del Señor	118

**IGLESIA
EN ESPAÑA**

Conferencia Episcopal Española	Discurso inaugural de la CVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	121
	Nota de prensa de la 107 Asamblea Plenaria de la CEE	135
	Mensaje con motivo del 50 aniversario de la CEE.....	138
Comisión Vida Consagrada	Vida contemplativa de la Iglesia en España, hoy	143

**IGLESIA
UNIVERSAL
FRANCISCO**

Mensajes	Mensaje Urbi et Orbi	150
Homilías	Homilía Domingo de Ramos	153
	Homilía Misa Crismal	155
	Homilía Jueves Santo.....	159
	Homilía Vigilia Pascual	160
	Homilía Jubileo de la Misericordia	162
Audiencias	Audiencia General 2 de marzo 2016	164
	Audiencia Jubilar 12 de marzo 2016	167
	Audiencia General 16 de marzo 2016.....	168
	Audiencia General 23 de marzo 2016.....	170
	Audiencia General 30 de marzo 2016.....	172
	Audiencia General 6 de abril 2016.....	174
	Audiencia Jubilar 8 de abril 2016.....	176
	Audiencia General 13 de abril 2016.....	178
	Audiencia General 20 de abril 2016.....	180
	Audiencia General 27 de abril 2016.....	182
	Audiencia Jubilar 30 de abril 2016.....	184

Iglesia en Santander

OBISPO

Decretos



El Obispo de Santander

DECRETO SOBRE LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

San José tiene una gran importancia en la historia de nuestra salvación. La Iglesia ha reconocido este hecho proponiendo su fiesta como día de precepto (cf. canon 1246). Tradicionalmente el pueblo cristiano ha secundado esta norma dando un significativo realce religioso, familiar y social a su fiesta el 19 de marzo. En el presente año de 2016, este día ha sido declarado laborable en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Ante la necesidad de fijar claramente el tratamiento que dicha fiesta debe tener por parte de la comunidad católica,

DISPONGO:

1. **Mantener** el 19 de marzo, solemnidad de San José, fiesta de precepto, con la obligación de participar en la Santa Misa, aunque sea laborable.
2. **Dispensar** del descanso laboral y del precepto a aquellos fieles que tengan jornada laboral ordinaria, pero les recomiendo, si pueden, participar en la Eucaristía de ese día de fiesta dedicado a San José, Esposo de la Virgen.
3. **Pido**, igualmente, a los Párrocos y Rectores de iglesias que informen a los fieles con antelación de estas decisiones y acomoden en lo posible los horarios de misas a las posibilidades y necesidades de los fieles.
4. El **Día del Seminario**, con la oración y la colecta para el Seminario Diocesano se trasladan a la tarde del sábado, día 12, y al domingo, día 13 de marzo.
5. Respecto a la celebración del día 18 de marzo por la tarde, de acuerdo con las indicaciones del Calendario Litúrgico Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, se celebrará misa vespertina de la Solemnidad de San José. Para la misa vespertina del día 19 de marzo se utilizará el formulario del Domingo de Ramos.

Santander, 5 de marzo de 2016.

+ *Manuel Sánchez Monge*
+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander



Por mandato del Sr. Obispo
Isidro Pérez López

Isidro Pérez López
Canciller-Secretario

Cartas Pastorales

SEMANA SANTA EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA

18 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

La Semana Santa es la época del año en que la Iglesia celebra los más grandes «misterios de la salvación». Este año los vivimos en el “Año Santo de la Misericordia” y es una oportunidad inmejorable para tener una vivencia personal de la misericordia de Dios. La podemos tener participando con fe y devoción en las celebraciones litúrgicas, en las procesiones, y en otras formas de piedad. Particularmente, es fundamental que nos acogamos al perdón de Dios, reconociendo y confesando nuestros pecados en el Sacramento de la Reconciliación.

El Papa no se cansa de repetirnos que Jesucristo es “el rostro de la misericordia de Dios Padre”. Es decir, que Jesucristo con sus palabras y acciones realiza plenamente la misericordia de Dios para con nosotros y con todos los hombres. Enseña San Pablo: “Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo –¡hemos sido salvados gratuitamente!– y con Cristo Jesús nos resucitó y nos hizo reinar con él en el cielo. Así, Dios ha querido demostrar para siempre la inmensa riqueza de su gracia por el amor que nos tiene en Cristo Jesús” (Ef. 2, 4-7).

“El amor de Dios –comenta el papa Francisco- se ha hecho visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona y ofrece gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión”.

Toda la vida de Jesús es manifestación de la misericordia de Dios. Pero, sin duda, donde más resplandece es en la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Ahí contemplamos la misericordia ejercida a costa del sacrificio de la propia vida, por nosotros y por nuestra salvación. Como san Pablo podemos decir en primera persona: “me amó y se entregó por mí”. Y también con San Pedro: “sus heridas nos han curado”. Al contemplar a Cristo no sólo aprendemos lo que es la auténtica misericordia, sino que comprobamos que la ejerce con nosotros. Nosotros, en consecuencia, estamos llamados a ejercerla con los demás, pues, como dice San Pe-

dro “Cristo padeció por nosotros y nos dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas” (1Pe. 2,21).

En el relato de la Pasión de Jesucristo que leemos el Viernes Santo, San Juan nos muestra la escena del costado de Cristo traspasado por una lanza del que al punto brotó sangre y agua. Es como una síntesis del sentido de toda la pasión del Señor. La lanza representa la maldad humana, el testimonio de que somos pecadores. Ante esto, del mismo costado herido por la lanza brota “sangre y agua”, es decir, nuestra salvación. Al poner nuestra mirada en el costado traspasado de Jesús, -«volverán los ojos hacia Aquel al que traspasaron»-, caemos en la cuenta de que somos pecadores a quienes pueden regenerar los ojos misericordiosos de Dios. Jesús siempre responde con el perdón, la compasión, el consuelo. Como proclamamos en la liturgia de la Misa, Cristo, “compadecido del extravío de los hombres, sufriendo la cruz, nos libró de eterna muerte y, resucitando, nos dio vida eterna”.

Esta es la clave para comprender el sentido de la Semana Santa y celebrarla con provecho espiritual. Volvamos con fe y arrepentimiento al hogar donde Dios, como el Padre misericordioso de la parábola, nos espera para abrazarnos con su misericordia y su perdón. En definitiva, para darnos nueva vida en Cristo.

Recibid mi afecto y mi bendición

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

UNA DEUDA DE GRATITUD PARA CON LOS CRISTIANOS EN TIERRA SANTA.

24 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

El Viernes Santo es el día que no parece llegar nunca al ocaso en Tierra Santa, que continúa viviendo un tiempo interminable de violencia. La situación de Oriente Medio es de gran incertidumbre ya que padecen las consecuencias de la guerra en Siria. En Líbano y en Jordania se multiplican los refugiados en campos cada vez menos adecuados. Sorprende el número de secuestros y asesinatos de cristianos en Siria y en otros lugares, la destrucción de iglesias, hogares y escuelas. Esto provoca que los cristianos que viven en estas regiones se vean obligados a emigrar. Viven en la inseguridad o sufren la violencia, a veces, simplemente porque profesan su fe, que es la nuestra. No obstante, hay hermanos allí que deciden permanecer

donde Dios ha llevado a cabo en Cristo el plan de la reconciliación universal. Allí están nuestras raíces, allí está nuestro corazón. Es muy importante la presencia de cristianos en aquellas benditas tierras. Por eso todos los católicos tenemos contraída con ellos una deuda de gratitud.

La Colecta del Viernes Santo a favor de Tierra Santa es el principal recurso para el sustento de la vida y las obras de los que allí viven. Gracias a ella recibirán el apoyo necesario para estar cerca de los pobres y los que sufren, sin distinción de credo o etnia. Las parroquias podrán sostener las escuelas donde cristianos y musulmanes están preparando un futuro de respeto y colaboración. Seguirán abiertos hospitales y clínicas, hospicios y centros de reunión también en nuestros días. Seamos, pues, generosos

Muchos hermanos en la fe están viviendo en Tierra Santa el “ecumenismo de la sangre”. Queremos estar a su lado con toda solicitud. Oramos fervientemente por la Comunidad católica de Tierra Santa: la latina de la Diócesis patriarcal de Jerusalén, la Custodia Franciscana y de otros grupos. Nunca debemos resignarnos a la falta de paz. La paz es posible. La paz es urgente. La paz es la condición indispensable para una vida digna de la persona humana y de la sociedad. La paz es también el mejor remedio para evitar la emigración de Oriente Medio. Oremos por la paz en Tierra Santa y en Oriente Medio, esforzándonos para que este don de Dios ofrecido a los hombres de buena voluntad se difunda por el mundo entero.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

DESDE LA PASCUA, LA VIDA TIENE UN NUEVO SENTIDO

1 de abril de 2016

La resurrección de Jesús no es un sueño ni una fantasía. La Resurrección de Jesucristo es un hecho, no una intuición perspicaz, ni una teoría genial, ni una experiencia puramente psicológica. Sólo la solidez de un hecho ha podido mantener un retorno a escena de quien, según el parecer de todos, había sido vencido, humillado y aniquilado con la muerte de cruz. Un Jesús que fuese un fantasma no hubiera conseguido que sus discípulos volvieran a creer en El. Hay hechos que la acreditan y han sido narrados con impresionante unanimidad por los cuatro evangelistas (Mt 28:1-15; Mc 16:1 ss; Lc 24:1-11; Jn 20:1 ss.). Los discípulos de Jesús eran reacios a creer en la resurrección y, en un primer momento, no aceptaban el testimonio de las mujeres.

El misterio de la Resurrección de Cristo de entre los muertos pertenece a la predicación fundamental del anuncio evangélico. Desde el mismo día de Pentecostés, los Apóstoles con la fuerza del Espíritu anuncian con confianza y sin temor el misterio de Cristo. “A este Jesús, dice Pedro, Dios lo resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos” (He 2:32). Es este el anuncio fundamental de la fe, la ‘buena noticia’ que resuena con fuerza en la predicación de la Iglesia también hoy.

La resurrección de Jesucristo es el punto central de una espiritualidad verdaderamente cristiana, plasmada definitivamente por su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. La vida tiene un nuevo sentido: ya se puede morir para vivir, aceptar la muerte para resucitar, cambiar el sentido y el destino de las cosas en un dinamismo y en una cultura de la Resurrección. El misterio pascual de Cristo es el arquetipo fundamental de la vida de la Iglesia y de la existencia de todo cristiano. Una vida, por lo tanto, de hombres resucitados, no de hombres abocados a la muerte. Una vida de testigos que llevan luz en los ojos, contagian la alegría del corazón, demuestran su fortaleza ante la adversidad, testifican el amor del Resucitado hasta dar su vida por Él. Vivir así significa “no pecar contra la resurrección” sino vivir en la atmósfera de la Pascua.

¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!

+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander.

EL DON PASCUAL DE LA MISERICORDIA

1 de abril de 2016

Queridos diocesanos:

El misterio pascual, la muerte y resurrección de Jesús, es la manifestación suprema de la misericordia divina. Por su amor misericordioso, el Padre envía al Hijo al mundo; por amor a Dios y al ser humano, Cristo se ofrece en la Cruz al Padre para la redención de los pecados; por amor, el Padre acoge y acepta la ofrenda de su Hijo y lo resucita; por amor, Cristo resucitado envía el Espíritu Santo. El amor de Dios es más fuerte que el egoísmo humano, que el pecado y que la muerte.

“Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Sal 118, 1). Así cantamos en la octava de Pascua, porque Cristo resucitado da regala la paz, la misericordia y la alegría. Y antes de hacer estos regalos, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala la herida de su corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. La miseri-

cordia divina llega a los hombres a través del corazón de Cristo crucificado, que la derrama sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu. Se trata de una misericordia que, a la vez que reconstruye la relación de cada uno con Dios, suscita también entre los hombres nuevas relaciones de solidaridad fraterna. Cristo nos enseñó que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a “usar misericordia” con los demás: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5, 7). Y nos señaló, además, los múltiples caminos de la misericordia, que no sólo perdona los pecados, sino que también sale al encuentro de todas las necesidades de los hombres. Jesús se inclinó sobre todas las miserias humanas, tanto materiales como espirituales.

La Pascua es un prodigio de la misericordia de Dios que cambia radicalmente el destino de la humanidad. La Pascua no cesa de decir que Dios-Padre es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en Dios, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de generosidad y de perdón: en una palabra, con ojos de misericordia.

Con esta mirada misericordiosa, será posible establecer un estilo nuevo de relaciones entre las personas y entre los pueblos. Desde este amor podremos afrontar la crisis de sentido y los desafíos más diversos, superar los odios y las guerras, perdonar de corazón, salvaguardar la dignidad de toda persona humana. La misericordia divina es el don pascual que la Iglesia recibe de Cristo resucitado y ofrece a la humanidad.

Con mi afecto y bendición,

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

COLECTA EN FAVOR DEL SUFRIDO PUEBLO DE UCRANIA

14 de abril de 2016

Queridos diocesanos:

En el rezo del Regina Coeli del 3 de abril, Domingo de la Divina Misericordia, el Santo Padre anunció su iniciativa extraordinaria en favor de los que padecen las consecuencias de la violencia en Ucrania. Y que, con tal fin, se realizará **una colecta en las iglesias en Europa, el domingo 24 de abril**. Los donativos recauda-

dos en la citada colecta se añadirán a una significativa cantidad de dinero, puesta a disposición por el mismo Santo Padre, en beneficio de los que residen en las zonas afectadas y de los desplazados. Lo recogido en dicha colecta se enviará a la Nunciatura Apostólica quien a su vez lo enviará a la Secretaría de Estado para que el Pontificio Consejo “Cor Unum”, que coordina las Cáritas del mundo entero, lo distribuya de acuerdo con los proyectos revisados localmente por un comité especial. A finales de abril, está prevista una visita a Ucrania, de parte de Mons. Giampietro Dal Toso, Secretario de “Cor Unum”. Tengamos presente en nuestras oraciones al pueblo ucraniano y seamos generosos en nuestras aportaciones económicas.

Recibid mi afecto y bendición,

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

RESUMEN DE LA EXHORTACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

10 de abril de 2016

“La alegría del amor: Sobre el amor en la familia”

El papa Francisco acaba de publicar la exhortación ‘Amoris laetitia’ sobre el amor en la familia. Es una obra extensa que trata una amplia temática en torno a la realidad familiar y será punto de referencia durante no poco tiempo poniendo el acento en la belleza del matrimonio y la familia desde el punto de vista cristiano. La novedad principal que aporta es subrayar una actitud de acompañamiento. El Papa Francisco reconoce la complejidad de la vida familiar moderna. Pero acentúa mucho más la necesidad de que la Iglesia esté cerca de las personas sin importar la situación en que se encuentren o lo alejados que se puedan sentir de la Iglesia: comprender, acompañar, integrar y tener los brazos abiertos especialmente para los que sufren (AL 312). Este escrito no es simplemente un texto teórico desconectado de los problemas reales de la gente.

El título mismo recuerda constante y concretamente la belleza de la vida familiar, a pesar de todos los problemas que conlleva.

Aunque es un documento amplio es importante que todos los católicos lo leamos, aunque cada uno puede fijarse en algunos capítulos. Por ejemplo, a los casados les interesará especialmente el capítulo IV sobre “El amor en el matrimonio”, el capítulo V, “Amor que se vuelve fecundo” y el capítulo VII, “Fortalecer la educación de los hijos.”

Buena parte de la controversia en torno al Sínodo se ha centrado en la posibilidad de que los divorciados que se han vuelto a casar civilmente puedan comulgar ¿qué enseña a este respecto ‘La alegría del amor’? No se pronuncia definitivamente sobre esa cuestión. Pero en el capítulo VIII, “Acompañar, discernir e integrar la fragilidad”, analiza en profundidad cómo las reglas generales no se aplican estrictamente a cada situación en particular. Y por eso es necesario tener en cuenta la complejidad de cada situación. El Papa llama a los pastores y a los que trabajan en la pastoral de la familia a escuchar con sensibilidad a cualquier persona que se sienta herida y a ayudarla a experimentar el amor incondicional de Dios.

Una palabra recurrente en este documento es “discernimiento”. ¿Quiere decir sencillamente que cualquiera puede buscar un sacerdote compasivo para que le diga que todo está bien? El discernimiento nos lleva a ser dóciles al Espíritu en cada situación concreta de la vida con humildad y en búsqueda sincera de la voluntad de Dios. El Papa Francisco pide a los pastores y a los fieles que discernan cuidadosamente las situaciones concretas. Todo sacerdote o agente de pastoral ha de esmerarse en ayudar a las personas a crecer espiritualmente. Sabemos que no hay recetas fáciles, ni “talla única”, ni excepciones rápidas y simples. Al mismo tiempo, el discernimiento nunca puede separarse de las exigencias de verdad y caridad del Evangelio ni de las enseñanzas y de la tradición de la Iglesia.

Hay muchos católicos divorciados que se han vuelto a casar civilmente y que se esfuerzan por hacer las cosas bien y educar a sus hijos en la fe de la Iglesia. ¿Qué se les ofrece? Por medio de esta Exhortación les da la garantía de que la Iglesia y sus ministros se preocupan por ellos y por su situación concreta. Han de saber y sentir que forman parte de la Iglesia, que no están excomulgados. (AL 243) Aunque todavía no puedan participar plenamente en la vida sacramental de la Iglesia, se les anima a tomar parte activa en la vida de la comunidad. Un concepto clave de AL es la integración. Los pastores tienen que hacer todo lo posible para ayudar a las personas en estas situaciones a involucrarse en la vida de la comunidad. Cualquier persona en una llamada situación “irregular” debería recibir una atención especial. “Ayudar a sanar las heridas de los padres y ayudarlos espiritualmente es un bien también para los hijos, quienes necesitan el rostro familiar de la Iglesia que los apoya en esta experiencia traumática.” (AL 246)

Hubo un momento en que el Sínodo parecía ofrecer una nueva y amplia aceptación de los homosexuales en la Iglesia, AL parece ofrecer muy poco. La enseñanza de la Iglesia sigue siendo clara: el matrimonio es entre un hombre y una mujer, y las uniones homosexuales no se pueden equiparar al matrimonio cristiano. (AL 251) Dicho esto, es importante que todos aprendamos a imitar el amor incondicional de Dios por cada persona. “La Iglesia hace suyo el comportamiento del Se-

ñor Jesús, que en un amor ilimitado se ofrece a todas las personas sin excepción.” (AL 250) Este documento centra la atención en el matrimonio y la familia, pero también se dirige a una infinidad de personas que no están casadas. Entre ellas, los padres y madres solos, las viudas y viudos, los hombres y mujeres solteros – todos los cuales tienen lazos familiares-. Todo el mundo es un hijo o una hija; todo el mundo tiene una historia familiar; todo el mundo tiene lazos de amor con sus parientes y todo el mundo tiene amigos en situaciones familiares difíciles y dolorosas.

AL no es una crítica de los pontificados anteriores. Una rápida ojeada a las notas al pie de página muestra la profusión de citas de Juan Pablo II, en especial de la *Familiaris consortio*. El Papa Francisco también cita *Deus Caritas est* del Papa Benedicto XVI. Este documento ofrece esperanza en abundancia. No es una lista de reglas o de condenas sino un llamamiento a la aceptación y al acompañamiento, a la participación y a la integración. Incluso cuando las personas – por muchas razones diferentes – no han sido capaces de cumplir con las exigencias de la enseñanza de Cristo, la Iglesia y sus ministros quieren estar a su lado para ayudarlas en su camino. “El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero.”(AL 296)

Una de las mayores preocupaciones de muchas parejas es espaciar los nacimientos; sin embargo, no parece ser un tema crucial en AL. ¿Por qué? En realidad el Papa se ocupa de este tema en varias secciones diferentes, por ejemplo en los nn. 42, 68, 82 y 222. Hace gran hincapié en el hecho de que los hijos son un don de Dios y una gran alegría para los padres, y se cita también la *Humanae Vitae*, reiterando que los cónyuges deben ser conscientes de sus obligaciones en relación con la paternidad responsable. (AL 68) En último término, la decisión sobre el espaciamiento de los nacimientos “presupone un diálogo consensuado entre los esposos.” (AL 222) sin olvidar que el Concilio Vaticano II ha subrayado la importancia de la formación de la conciencia, en la que se siente a solas con Dios. La exhortación impulsa también los métodos naturales de regulación de los nacimientos, ya que respetan el cuerpo y de hecho la “entera persona” de los cónyuges.

Teniendo en cuenta lo que llevo dicho, recomiendo que se lea sin prisas y se ponga en práctica. ‘La alegría del amor’ formula propuestas para que cambiemos el enfoque respecto a la familia: para acompañarla, para integrarla, para permanecer cerca de cualquier persona que haya sufrido los efectos del amor herido. Y por encima de todo, nos desafía a ser comprensivos frente a situaciones complejas y dolorosas. El Papa Francisco quiere que nos acerquemos a los frágiles con compa-

sión, y no con juicios, para “entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura.” (AL 308)

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander

Homilías

HOMILÍA MISA CRISMAL 2016

24 de marzo de 2016

HERMANOS EN CRISTO SACERDOTE Y TESTIGOS DE LA MISERICORDIA DE DIOS

La celebración de la Misa Crismal, en el pórtico de la Pascua, centra su mirada en Aquel que nos amó, Aquel cuyo corazón atravesaron: Jesús, el único Salvador del hombre. Aquel que en los días de su pasión, muerte y resurrección dio cumplimiento a la misión que el Padre le había encargado. La misión anunciada por los profetas, la proclamó públicamente Jesús mismo en la sinagoga de Nazaret -como hemos escuchado en el Evangelio- cuando dijo: “*El Espíritu del Señor me ha enviado para anunciar la Buena Nueva...*” (Lc 4, 18). Hoy se cumple esta escritura (cf. Lc 4, 21).

La misión de Jesús continúa en la Iglesia: “Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros”. Y el Señor la sostiene con la fuerza de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo que actúa de un modo especial en los sacramentos. En esta celebración, en la oración de la consagración del crisma, recordaremos que “*cuando Cristo, nuestro Señor, salvó al mundo por el misterio pascual, quiso derramar sobre la Iglesia la abundancia del Espíritu Santo y la enriqueció con sus dones celestiales, para que en el mundo se realice plenamente, por medio de la Iglesia, la obra de la salvación*”. Todo el pueblo santo de Dios ha recibido el honor del sacerdocio bautismal, en virtud del cual puede hacer de toda su vida una ofrenda agradable a los ojos de Dios. Y además, Cristo, con amor de hermano, ha elegido

a hombres de este pueblo, para que por la imposición de manos participen de su sagrada misión.

1. Hermanos en Cristo Sacerdote.

Mis queridos hermanos sacerdotes: demos gracias a Dios por esta elección en virtud de la cual el Señor nos ha concedido, sin ningún mérito de nuestra parte, participar de la misión de Cristo, Cabeza, Pastor, Esposo y único Sacerdote, en favor del pueblo de Dios. Esta es nuestra grandeza y también nuestra responsabilidad. Tomemos conciencia de que este encargo que hemos recibido del Señor sólo lo podemos realizar adecuadamente unidos a Él: “*sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15, 5). Por eso, la primera pregunta que os haré (y me haré a mí mismo), al renovar hoy las promesas sacerdotales, será: “*¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con él...?*”. Esta es la clave y el fundamento de nuestro ministerio. El día de nuestra ordenación, el Señor quiso decirnos dos cosas muy importantes: por una parte, que somos suyos, que le pertenecemos. Por otra, que estamos bajo su protección, que no estamos solos. Sólo desde nuestra unión con Cristo, cultivada en una oración asidua y sincera, podremos encontrar las energías necesarias y el amor incansable para llevar adelante, cada día, nuestra misión nada fácil. Sólo en el trato familiar con Cristo, que nos llama amigos, avivaremos la alegría de dar la vida por los hermanos como hizo Él.

Además, la misión de Cristo nos llevará a la unidad entre nosotros. Como la vid y los sarmientos, si todos estamos unidos a Cristo, estaremos unidos unos con otros. El presbiterio del que formamos parte no es el resultado de un acuerdo o pacto entre nosotros, tiene su origen y su fundamento en el sacramento del Orden que hemos recibido, y que crea entre nosotros una ‘fraternidad sacramental’. Formamos un solo presbiterio (PO 8). La fraternidad sacramental y la comunión eclesial nos exigen superar el aislamiento, la independencia, el individualismo pastoral, etc. Por encima, pues, de toda diferencia ideológica o de cualquier otro orden, ha de prevalecer la unidad y la fraternidad de los presbíteros, cuyo fundamento sacramental es más fuerte y determinante que los mismos lazos humanos o el compartir los mismos criterios.

2. Testigos de la misericordia de Dios.

La sociedad actual reclama especialmente del sacerdote que sea testigo de la misericordia. La difícil situación por la que pasan muchas personas tanto en la cuestión económica como moral pide una cercanía generosa del pastor. “*Aunque los presbíteros se deben a todos – nos recuerda el Concilio Vaticano II- sin embargo tienen encomendados de manera especial a los pobres y los más débiles, con los que*

el Señor mismo se muestra unido y cuya evangelización se da como signo mesiánico”.

Como nos recordaba hoy la Palabra de Dios: ungido por el Espíritu Santo, Jesús fue enviado *“para dar la Buena Noticia a los pobres, para vendar los corazones desgarrados... para dar libertad a los cautivos... para consolar a los afligidos... para cambiar su abatimiento en cánticos.”* (Is 61, 1-3). A lo largo de la historia de la Iglesia los santos pastores han sido considerados como “padres de los pobres” y como “médicos de las almas”.

Decía el papa Francisco en una homilía: “El mensaje de Jesús es la misericordia. Para mí, lo digo humildemente, es el mensaje más fuerte del Señor: la misericordia. Pero El mismo lo ha dicho: “no he venido para los justos: los justos se justifican por sí mismos..., yo he venido a buscar a los pecadores”. No conocemos el corazón del Señor, y no tenemos la alegría de sentir su misericordia. No es fácil confiarse a la misericordia de Dios, porque es un abismo incomprensible” (Papa Francisco, Homilía del 5º domingo de Cuaresma, 17.03.2013)

Queridos hermanos, no nos cansemos de hacer el bien. Conozco vuestra preocupación y a veces vuestro agobio al no poder dar respuesta satisfactoria a todas las personas que llaman a vuestras puertas. Que no nos falte disponibilidad para estar cerca, para escuchar, aconsejar, acompañar, animar a quien nos necesita y compartir hasta donde nos sea posible.

Hermanos sacerdotes, nuestra misión es muy hermosa cuando se realiza compartiendo los sentimientos de Cristo que nos amó entregando su vida. Hoy, en esta Eucaristía, pedimos al Señor que llene nuestros corazones de caridad pastoral y de confianza. Por mi parte, deseo agradeceros sinceramente vuestro servicio y entrega. Que el Señor haga fecundos nuestros trabajos y nos conceda su fuerza en las dificultades.

Recordamos hoy también a los sacerdotes enfermos y a aquellos que por un motivo importante no han podido acompañarnos en esta hermosa celebración

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

NOMBRAMIENTOS

29 de febrero de 2016

Rvdo. D. Andrés Villar Pérez, como Juez del Tribunal Eclesiástico de Santander.

Rvdo. D. Jesús Manuel Val Ballesteros, como Defensor del Vínculo del Tribunal Eclesiástico de Santander

2 de marzo de 2016

Rvdo. D. Pedro Miguel Rodríguez Ricondo, como Director de Obras Misionales Pontificias de Santander

9 de marzo de 2016

Doña Isabel Ibáñez Valle, como miembro del Consejo Pastoral Diocesano, representando a la Pastoral de la Juventud.

28 de abril de 2016

Rvdo. D. Joaquín Rodríguez-Parets Castresana, Diácono permanente, como miembro del Equipo Pastoral de la Unidad Pastoral 45, en el arciprestazgo de Santa María y Miera.

Ministros Extraordinarios de la comunión de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Torrelavega:

- **Doña Águeda Gómez Castillo**

- **Doña Violeta Martín Alonso**
- **Doña Milagros Ruiz Gutiérrez**
- **Doña Luiria Maria Díaz Rincón**
- **Don Eugenio Cuesta Arozamena**
- **Doña Carlota Pereda Peña**
- **Doña Begoña Gutiérrez Torre**
- **Doña Carmen Pérez Bermúdez**
- **Doña Pilar Arruza Alonso**
- **Doña Maruja Pruneda Caridad**
- **Don José Ignacio Terán Hoyos**
- **Don Alfredo Oreña Belso**
- **Doña Isabel Suárez González**
- **Doña Maite García García**
- **Don Noé Montes Arco**
- **Doña Estilita Blanco Argüeso**
- **Doña María del Rosario Sasián García**
- **Doña Mariví Calvo Sancho**
- **Doña Marutxi Aldaco Mensiguchía**
- **Doña María Eugenia Pérez Puente**
- **Don José María Anvargonzález Suárez.**

Ministros Extraordinarios de la comunión de la Parroquia de San José de Torrelabelva:

- **Don Julio Cuesta Díaz**
- **Doña Maite García Arrietaç**
- **Don David Bonet Castells**
- **Doña Noris Coterillo Gutiérrez**
- **Don Enrique Oriol Correas**
- **Doña María del Rosario Renero del Val.**

Vida Diocesana



El P. Manuel Herrero, O.S.A., ha sido nombrado obispo de Palencia

La Santa Sede ha hecho público, a las 12.00 h. de hoy, martes 26 de abril, que el papa **Francisco** ha nombrado al agustino **P. Manuel Herrero Fernández obispo de la diócesis de Palencia**. Así ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE). El **P. Manuel Herrero Fernández, O.S.A.**, es en la actualidad vicario general de Santander.

La diócesis de Palencia está vacante por traslado, como auxiliar de Valencia, de Mons. **Esteban Escudero Torres**. Está al frente de la misma, como administrador diocesano, **D. Antonio Gómez Cantero**.

El P. Manuel Herrero, vicario general de Santander desde 2002

El obispo electo de Palencia nació el 17 de enero de 1947 en Serdio-Val de San Vicente (Cantabria). Entró en el seminario menor *San Agustín* de Palencia (1957-1963). Realizó los cursos de Filosofía y los primeros de Teología en el Monasterio Agustino de *Santa María de La Vid*, la Vid y Barrios (Burgos) (1963-1964). Los

completó en el *Estudio Teológico Agustiniانو* de Valladolid y luego en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid). Obtuvo el Bachillerato en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid) y la Licenciatura en Teología Pastoral por la Universidad Pontificia de Salamanca, sede de Madrid (1972-1974).

Emitió su profesión simple el 27 de septiembre de 1964 y la solemne el 25 de octubre de 1967, siendo miembro de la Orden Agustina, provincia del *Santísimo Nombre de Jesús de España*. Fue ordenado sacerdote el 12 de julio de 1970.

Inició su ministerio sacerdotal como formador en el colegio seminario agustino de Palencia (1970-1971). Después se trasladó a Madrid donde fue: director espiritual del colegio *Nuestra Sra. del Buen Consejo* (1971-1974); párroco de *Ntra. Sra. de la Esperanza* que, desde 1978, se funde también con la Parroquia *Santa Ana* (1974-1984); delegado del vicario de religiosas, Vicaría III (1976-1984); miembro de la comisión provincial de estudios (1977-1979); prior de la comunidad de *Santa Ana y La Esperanza* (1978-1983); y arcipreste de *Ntra. Sra. de la Merced*, Vicaría III (1977-1984). En Santander desempeñó los cargos de: primer párroco de *San Agustín* y profesor del seminario diocesano de Monte Corbán (1985-1995); delegado episcopal de Cáritas y Acción Social (1985-1989); y delegado episcopal de Vida Consagrada (1989-1995). De nuevo en Madrid, fue consejero provincial de Pastoral Vocacional y coordinador de la comisión provincial de Pastoral Vocacional; además de profesor de Pastoral en los centros teológicos agustinos de El Escorial y de los Negrales (1995-1999); y vicario parroquial de San Manuel y San Benito (1997-1999). Regresó de nuevo a Santander, donde continúa en la actualidad, como vicario general de pastoral (1999-2002) y párroco de *S. Agustín* (1999-2014).

Actualmente es profesor del Instituto Teológico de Monte Corbán, desde 1999; vicario general y moderador de la curia, desde 2002; y párroco de *nuestra señora del Carmen*, desde 2014.

Del 22 de diciembre de 2014 hasta el 30 de mayo de 2015 fue administrador diocesano de Santander.

XXXVI JORNADAS INTERDIOCESANAS DE PASTORAL DE LA SALUD

19 de marzo de 2016

Un total de 95 personas vinculadas a la Pastoral de la Salud (Capellanes, Agentes de Pastoral, Profesionales Sanitarios, Voluntarios) procedentes de las cuatro diócesis de nuestra provincia Eclesiástica (Astorga, León, Oviedo y Santander) se han reunido durante los pasados días 14, 15 y 16 de marzo para celebrar en el Seminario Diocesano de Monte Corbán de Santander las XXXVI Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud con el lema: **“María, Icono de la Confianza y el Acompañamiento y Jubileo de la Misericordia”**.

El primer día comenzó con el saludo del obispo de Santander, Mons. Manuel Sánchez Monge que invitó a “contemplar a la Virgen María como Mujer misericordiosa que cumple la voluntad de Dios y que se pone en camino para ayudar a los demás”.

Posteriormente, el grupo de Pastoral de la Salud de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción de Torrelavega ambientó a los participantes con una oración que invitaba a ser portadores de la “Buena Noticia, Buenos Samaritanos y personas de Fe en el mundo de la Enfermedad y de la Salud”.

Más tarde, en una mesa redonda coordinada por Maripi Moreau, profesional Sanitaria perteneciente al Equipo del Secretariado Diocesano de Pastoral de la Salud de Santander, intervinieron tres profesionales sanitarias que contaron su experiencia profesional y la vivencia de su fe, y qué pedían a la Iglesia en el campo de la Salud y de la Enfermedad.

María Valdor, enfermera en el Hospital de Sierrallana de Torrelavega realizó una llamada a superar las dificultades ambientales en el Hospital y a ser testigos alegres de fe y esperanza en estos ámbitos sanitarios.

Por su parte, Emma Contreras, matrona del Hospital Universitario Marqués de Valdecilla de Santander transmitió su evolución personal y profesional en el Hospital y habló sobre la creación y labor de la “Red el Hueco de mi Vientre”, dedicada a dar soporte y apoyo a padres que han perdido a un hijo durante la gestación y primeros meses y años de vida.

Por último, Rosa Arteaga, Neuropediatra jubilada del Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, contó su crecimiento profesional y también como cristiana, en la atención a niños y familiares con graves enfermedades.

Por ello, pidió a la Pastoral de la Salud “estar muy cerca y a escuchar y acompañar a los pacientes y familiares que sufren estas enfermedades”.

Ya por la tarde, Marije Goikoetxea, Teóloga, Psicóloga y Experta en Bioética, invitó a “acompañar generando confianza” y descubriendo el profundo amor que Dios nos tiene; nuestras posibilidades y recursos para respetar, acoger y ayudar a crecer al otro.

Proyección de una película

Estas jornadas incluyeron la proyección de la película, “La verdadera historia de Marie Heurtin”, que contaba la experiencia de acompañamiento humano y religioso entre Sor Margarita, religiosa con un delicado estado de Salud y, Marie, una niña sordomuda que pasa, del aislamiento, a la comunicación y a un vida de fe y de maduración que le permitió acompañar a la religiosa en su proceso de muerte.

La jornada se culminó con una Eucaristía animada por la Diócesis de Oviedo.

Segunda Jornada

El día 15 de marzo comenzó con una oración animada por el grupo de Pastoral de la Salud de la Parroquia de Covadonga de Torrelavega que invitó a la confianza y a que el Señor fuese la “Luz que iluminase nuestra noche”.

Por su parte, Juan Abad, sacerdote diocesano, párroco de Nuestra Señora de Montes Claros y Santa María Micaela de Santander y Director del Secretariado diocesano Bíblico, invitó a ver a María “como Icono de la Acogida y de la Confianza desde el Ser Pueblo de Dios”.

Además, realizó un repaso por el Antiguo y Nuevo Testamento sobre la figura de María. Tras un trabajo en grupos, se expusieron algunas de las dificultades que se encuentran: “las Nuevas Periferias, Nuestra Vocación en el mundo de la Pastoral de la Salud y los retos que nos encontramos”. Los presentes recibieron “el reconocimiento y el ánimo” de Juan Abad.

Este encuentro de la Pastoral de la Salud, también incluyó otras actividades como una visita al Museo Marítimo del Cantábrico.

Durante este día también se celebró una Eucaristía en la Catedral de Santander presidida por Jesús Martínez Carracedo, Director del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal Española y con la participación de la animación de las Diócesis de Astorga y León.

Tras el regreso para cenar en el Seminario, los participantes tuvieron “el inmenso regalo que ofreció la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción de Torrelavega”.

Se trató de un concierto-resumen del Musical “Testigos” que se desarrolló en la Iglesia del Seminario, y que mediante cantos y bailes se presentaron las figuras de San Maximiliano Kolbe, la Beata Teresa de Calcuta, Santa Josefina Bakhita, Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), San José María Escribá de Balaguer y San Juan Pablo II.

Última Jornada

El último día de estas XXXVI Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud comenzó con una oración dinamizada por el Equipo de Pastoral del Hospital de Santa Clotilde de los Hermanos de San Juan de Dios, de Santander.

En esta oración se invitó a reflexionar sobre “nuestro trabajo con los enfermos, nuestras deficiencias y limitaciones y también sobre las oportunidades”. Igualmente se invitó a “a dar gracias por todo lo bueno” y se presentaron a los presentes los valores de la Hospitalidad en forma de peticiones.

Intervención del Obispo de Santander

Posteriormente, se ofreció la charla, “Pistas para ser Testigos de la Misericordia en el mundo de la Salud y la Enfermedad”, impartida por el Obispo de Santander.

Mons. Sánchez relató “con profundidad y amenidad sus experiencias personales derivadas del cuidado de sus padres”, y lo que supuso de enriquecimiento interior. Por ello, invitó a experimentar el Amor de Dios en el mundo de la Pastoral de la Salud, y a vivir la Misericordia para transmitirla, “sin olvidarnos de ser evangelizados por el propio enfermo”, precisó.

Después, Jesús (Suso) Martínez Carracedo, Sacerdote diocesano de Tuy-Vigo y Director del Departamento de Pastoral de la Salud de la Conferencia Episcopal y Misionero de la Misericordia, reflexionó sobre la Campaña de este año y relató su “emoción”, “responsabilidad” y “gozo” por ser portador de la Misericordia de Dios.

Las Jornadas se concluyeron con una Eucaristía preparada por la Diócesis de Santander y presidida por D. Manuel Sánchez Monge.

Con posterioridad, se celebró una comida y se acordó “dar el testigo” a la Diócesis de León.

Además, se instó a los participantes “a ser Semilla del Reino en la Pastoral de la Salud en nuestras cuatro Diócesis”.

PEREGRINACION A LOURDES



Un total de 46 años lleva la Hospitalidad Diocesana de Lourdes realizando desde Santander su Peregrinación al Santuario francés, desde que en 1.858 se apareciese la Virgen María a Bernadette.

El Delegado Diocesano de la Hospitalidad de Lourdes, Javier Almagro, ha informado para los lectores de la página web que 500 personas, entre enfermos, discapacitados, hospitalarios (voluntarios) y peregrinos, “vivimos unos días de convivencia”, durante la primera semana de Pascua, en este maravilloso lugar que nunca deja indiferente a quien se acerca a él, precisó

Además, Mons. Manuel Sánchez, nuestro obispo, quiso también acompañar a la peregrinación, con lo que ello supuso de estímulo para todos, sobre todo para los peregrinos enfermos. Esta era la primera ocasión en que nuestro Pastor acompañaba a la peregrinación.

Javier Almagro también explicó que se vivieron cinco días repletos de actos, tanto religiosos como lúdicos, y de momentos de convivencia que “nos hicieron olvidar la “crisis” material y espiritual que vive nuestra sociedad”, y que nos ayudaron a cargar las pilas para seguir con aliento el “día a día cotidiano, una vez vueltos de nuevo a casa,” indicó Almagro.

La Peregrinación Diocesana tuvo su punto central el martes de Pascua con la entrada por la Puerta de la Misericordia y la celebración de la Misa en la Gruta, se-

guida del emotivo paso de los enfermos por la misma. Esa misma tarde celebramos el sacramento de la Penitencia como parte de los actos para ganar el Jubileo de la Misericordia y terminamos la jornada con la Adoración al Santísimo (no se celebró la procesión).

El miércoles, los peregrinos participaron en la Misa Internacional, que presidió nuestro obispo, D. Manuel Sánchez, y por la tarde tuvimos tiempo para la fiesta y la diversión. Por la noche pudimos participar en la procesión de las antorchas y en el rezo del Rosario, una gran tradición.

El jueves de la primera semana de Pascua, se celebró la Misa de Consagración, donde un hospitalario efectuó su compromiso, y los demás le renovamos, destacó Javier Almagro. Igualmente, algunos peregrinos recibieron, también, su insignia tras 5 años de peregrinación.

ACTIVIDAD DEL SR. OBISPO

MARZO

1. Recibe Visitas. Visita a la comunidad de Clarisas de Villaverde de Pontones. Encuentro con los Seminaristas.
2. Viaja a Logroño. Charla Cuaresmal sobre la Misericordia en la Concatedral de Santa María de la Redonda.
3. Preside la Procesión y la Eucaristía, en la Fiesta de los Santos Mártires Emeterio y Celedonio en Calahorra. Segunda Charla Cuaresmal sobre la Misericordia en la Concatedral de Santa María de la Redonda.
4. Asiste en la Facultad de Teología del Norte de España con sede en Burgos a dos conferencias. Por la tarde preside la Eucaristía en la parroquia del Santísimo Cristo de Santander con motivo de la Jornada convocada por el Papa Francisco 24 horas con el Señor. Asiste a la Oración con Jóvenes en la S.I. Catedral.
5. Rezo de Laudes en la Parroquia del Santísimo Cristo. Jornada con Cáritas en el Seminario de Monte Corbán. Por la tarde, 5. Rezo de Vísperas y Bendición en la Parroquia del Santísimo Cristo en la Jornada 24 horas con el Señor.

6. Preside la Eucaristía en la S. I Catedral de Santander.
7. Formación Permanente para el clero en el Seminario de Monte Corbán. Preside la Eucaristía con motivo de la Fiesta de San Juan de Dios en el Hospital de Santa Clotilde de los HH. De San Juan de Dios. Recibe a D. Ángel Pérez Pueyo, Obispo de Barbastro- Monzón.
8. Formación Permanente para el clero en el Seminario de Monte Corbán. . Le entrevistan para un medio de comunicación regional. Conferencia sobre la Familia en la Casa de la Iglesia
9. Formación Permanente pata el clero en el Seminario de Monte Corbán. Asiste a la Conferencia de D. Mario Iceta, obispo de Bilbao sobre el Sínodo de la Familia en la Casa de la Iglesia.
10. Formación Permanente pata el clero en el Seminario de Monte Corbán. Recibe a Monseñor Pablo Puente Buces. Recibe a la madre Provincial de las Religiosas de María Reina Inmaculada.
11. Recibe Visitas. Viaja a Ávila para impartir una Conferencia en el CITES en la Cátedra Francisco Palau.
12. Asiste a la ordenación episcopal y toma de posesión de Monseñor Juan Carlos Elizalde Espinal obispo de Vitoria. Asiste al Pregón de la Semana Santa en la S.I. Catedral de Santander.
13. Preside la Eucaristía en la Parroquia de Santa María- Santander.
14. Graba una entrevista para RNE y TVE, en el Centro de TVE en Cantabria. Asiste a la apertura de las Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud en el Seminario de Corbán. Recibe a la directora de Proyecto Hombre.
15. Recibe a la Delegada Provincial de las Carmelitas de la Caridad- Vedruna. Recibe Visitas. Preside la Eucaristía e imparte una charla cuaresmal en la Parroquia de S. José Obrero de Santander.
16. Imparte una Conferencia a los asistentes de las Jornadas Interdiocesanas de Pastoral de la Salud en el Seminario de Monte Corbán. Celebra la Eucaristía de clausura de dichas Jornadas.
17. Reunión con los Arciprestes en el Seminario de Monte Corbán. Preside la reunión de la Junta de Gobierno del Instituto Teológico de Monte Corbán. Asiste a la reunión del Patronato de Proyecto Hombre

18. Preside la Eucaristía en el Asilo de San José de Torrelavega. Por la tarde inauguración y bendición de la Carpa- Exposición de los diferentes pasos de Semana Santa organizado por la Junta de Cofradías de Santander.
19. Preside la Eucaristía de San José en la parroquia de Astillero y comparte la comida con los sacerdotes. Preside el Vía Crucis en la S.I. Catedral.
20. Preside la Bendición y la Eucaristía del Domingo de Ramos en la S.I. Catedral de Santander. Por la tarde visita a la comunidad religiosa de las Angélicas.
21. Graba una entrevista en los estudios de la Cadena Cope. Recibe Visitas. Visita la Comunidad (Portuarios) de Religiosas de las Hijas de la Caridad de S. Vicente de Paúl. Recibe visitas.
22. Graba una entrevista para TV Popular. Visita a la Comunidad de Carmelitas de Ruiloba. Preside el funeral por el sacerdote D. José Antonio Zúñiga Bueno en la parroquia de LA Asunción de Ruiloba. Graba una entrevista para Tele Bahía. Visita a sacerdotes enfermos.
23. Preside la Misa Crismal. Por la tarde preside la Celebración Penitencial del arciprestazgo en la S.I. Catedral de Santander. En la noche asiste a la procesión de la Santa Misericordia.
24. Oficio de lecturas y laudes en el Jueves Santo. Come en la Rcia. Bien Aparecida con los sacerdotes y seminaristas. Preside la Eucaristía de en la Cena del Señor en la S.I. Catedral. Hora Santa. Recibe a la Cofradía de la Salud.
25. Oficio de lecturas y laudes en el Viernes Santo. Preside la celebración de la Pasión y Muerte del Señor en la S.I. Catedral. Hora Santa. Recibe a la Cofradía de la Salud en su estación de penitencia.
26. Oficio de lecturas y laudes en el Sábado Santo. Visita enfermos. Preside la Solemne Vigilia Pascual en la S.I. Catedral. Hora Santa. Recibe a la Cofradía de la Salud.
27. Misa Estacional y Bendición Papal en el Domingo de Pascua. Preside el rezo de Vísperas Solemnes en la S.I. Catedral.
28. Viaja a Lourdes con la Peregrinación Diocesana de Enfermos.
29. Lourdes
30. Lourdes.

31. Regresa de Viaje. Visita a la Comunidad de los PP. Escolapios en Santander.

ABRIL

1. Recibe Visitas. Visita sacerdotes enfermos.
2. Reunión en Santo Toribio de Liébana de la Comisión para la Organización del año Jubilar 2017.
3. Concelebra la Eucaristía en la parroquia de San Juan Bautista de Colindres con motivo de las Bodas de Diamante sacerdotales de Mons. Pablo Puente Buces. Recibe Visitas.
4. Preside el Funeral del sacerdote D. Carlos Guerra Pérez- Carral en la Parroquia de La Asunción en Torrelavega.
5. Viaje
6. Recibe visitas.
7. Asiste a la toma de posesión del nuevo Rector de la Universidad de Cantabria. Preside el funeral por el sacerdote D. Manuel Benito Muñoz Martínez en la parroquia de San Juan Bautista en Riotuerto-La Cavada.
8. Recibe visitas. Por la tarde en el Ateneo de Santander presente su último libro “Este es el tiempo de la misericordia”.
9. Asiste a la comida de hermandad de la Junta de Cofradías Penitenciales de Santander. Reza Vísperas y comparte con la comunidad de Mercedarias Misioneras de Gral. Dávila en Santander. Rezo de laudes con la comunidad de las Siervas de María en Santander.
10. Celebra la Eucaristía y administra el sacramento de la confirmación en la parroquia de San Juan Bautista de Ontaneda. Asiste a la procesión de La Folía en San Vicente de la Barquera.
11. Recibe a la Comisión Permanente Nacional de Acción Católica. Recibe visitas.
12. Reunión con el Consejo de Gobierno. Por la tarde mantiene entrevistas con los Seminaristas.
13. Recibe Visitas todo el día.
14. Recibe Visitas.
15. Recibe Visitas. Confirmaciones en La Paz. SS. Corazones de Torrelavega.

16. Bendición del Avión de la Compañía Air Nostrum Santo Toribio de Liébana. Charla con las Vírgenes Consagradas. Preside en la Catedral la Peregrinación Jubilar del Arciprestazgo de La Asunción. Preside la eucaristía y administra el sacramento de la confirmación en la Parroquia de la Inmaculada (PP. Redentoristas) en Santander. Asiste al Pregón de la Hermandad del Rocío en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Santander.
17. Viaja a Madrid para participar en la CVII Asamblea Plenaria de la CEE
18. Asiste a la CVII Asamblea Plenaria de la CEE.
19. Asiste a la CVII Asamblea Plenaria de la CEE.
20. Asiste a la CVII Asamblea Plenaria de la CEE.
21. Asiste a la CVII Asamblea Plenaria de la CEE.
22. Asiste a la CVII Asamblea Plenaria de la CEE.
23. Asiste a al Encuentro de los seminaristas de la Provincia Eclesiástica en Oviedo. Confirmaciones Arciprestazgo de los Santos Mártires en la S.I. Catedral de Santander.
24. Preside la Eucaristía retransmitida por TVE2 desde la S.I. Catedral de Santander. Preside la Eucaristía y administra el sacramento de la confirmación en la parroquia de Ntra. Sra. de las Nieves de Tanos. Por la tarde preside la Peregrinación Jubilar del Arciprestazgo de Miera- Santa María en la S.I. Catedral de Santander.
25. Recibe Visitas. Visita las instalaciones de la Fundación Síndrome de Down en Santander y tiene un encuentro con los trabajadores y chicos/as que acuden diariamente. Asiste a la presentación del Proyecto Eleos en el Seminario de Monte Corbán.
26. Preside la Eucaristía con motivo del 60 aniversario de presencia de las Hermanas Hospitalarias en el Centro P. Benito Menni. Rueda de prensa en el Obispado de Santander, para hacer pública la noticia del nombramiento, del Santo Padre, el Papa Francisco, del P. Manuel Herrero Fernández OSA vicario general de la diócesis, como nuevo obispo de Palencia. Por la tarde da una Conferencia en la Universidad de Cantabria organizada por la Pastoral Universitaria.
27. Recibe al P. Provincial de los Padres Trinitarios. Recibe a la Presidenta del Colegio de Logopedas de Cantabria. Recibe a la directiva del movimiento

- de Scouts Católicos. Preside la reunión de la Permanente del Consejo Presbiteral. Por la tarde se reúne con miembros de la Vida Consagrada.
28. Recibe Visitas. Recibe al Presidente de la UNATE. Por la tarde preside la eucaristía y administra el sacramento de la confirmación en la S.I. Catedral de los alumnos de los PP. Salesianos.
 29. Recibe Visitas. Por la tarde preside la Eucaristía y administra el sacramento de la confirmación en la parroquia de S. Miguel y Santa Gema de los PP. Pasionistas de Santander.
 30. Se reúne con la permanente del Consejo Pastoral en el Seminario de Monte Corbán. Imparte el retiro a los miembros de CONFER en Las Presas (Casa de espiritualidad PP. Pasionistas). Por la tarde imparte la segunda parte del retiro y preside la Eucaristía. Preside la Eucaristía y administra el Sacramento de la Confirmación en el Monasterio del Soto Iruz.

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. José Antonio Zuñiga Bueno



Nació el 28 de junio de 1932 en Ruiloba. Estudios Eclesiásticos Seminario Monte Corbán . Ordenado presbítero el 29 de junio de 1956.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Lamasón, Lafuente y Cires 1956-09-07. Coadjutor de Comillas 1964-10-01. Ecónomo de Miengo y Bárcena de Cudón 1965-12-05. Ecónomo de Ruiloba 1970-08-31. Ecónomo de Ruiseñada 1972-09-. Capellán de las Religiosas de Ruiloba 2004-01-02.

Falleció el 20 de marzo de 2016 en Torrelavega. Funeral el 22 de marzo de 2016 en la Parroquia de Ruiloba. Inhumado en el cementerio de Ruiloba.

Rvdo. D. Francisco Rodríguez Abia.

Nació 07 de marzo de 1936 en Reinosa. Estudios Eclesiásticos Seminario Burgos y Monte Corbán. Ordenado presbítero el. 18 de marzo de 1961



Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Mazandrero y La Población de Campoo de Suso 1961-09-04. Ecónomo de Sotillo, Valdeprado, Hormiguera y coadjutor de Mataporquera 1966-08-. Ecónomo de Tanos 1971-11-13. Adscrito a la parroquia de Santa Lucia-Santander 1986-09-. Vicario parroquial de Santa Lucía -Santander 1992-11-30. Jubilado 2012

Falleció el 28/3/2016 en Santander. Funeral el 30 de marzo de 2016 en la Parroquia de Santa Lucía. Inhumado en el cementerio de Ciriego.

Rvdo. D. Carlos Guerra Pérez-Carral.

Nació 28 de septiembre de 1926 en Torrelavega Filosofía Univ. Comillas Licenciado en Filosofía. Teología Univ. Comillas Licenciado en Teología. Ordenado presbítero el 12 de julio de 1953



Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Cohicillos- El Yermo y Riocorbo 1955-02-02. Sirviente de Cartes y Santiago de Cartes 1956-03-14. Ministerio en Colombia 1966 y República Dominicana 1969. Adscrito a la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Torrelavega 2002-12-13. Jubilado 2003-08-01.

Falleció el 3 de abril de 2016 en Torrelavega. Funeral el 4 de abril de 2016 en la Parroquia de La Asunción de Torrelavega. Inhumado en el cementerio de Rio Cabo de Torrelavega.

Rvdo. D. Manuel Benito Muñoz Martínez



Nació el. 21 de marzo de 1931 en Santurce (Vizcaya). Estudios Eclesiásticos Seminario Monte Corbán . Ordenado presbítero el 29 de junio de 1956

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Sopeñano y Cadagua, Lezana, Siones y Vallejuelo 1956-10-02. Ecónomo de Castro Urdiales y Campijo 1977-10-07. Regresa a sus anteriores parroquias de Mena 1978-04-01. Ecónomo de Alceda y Ontaneda 1980-10-31. Párroco de Noja y Soano 1983-08-

01. Miembro del Consejo Presbiteral 1986. Jubilado 2014-03-01.

Falleció el 6 de abril de 2016 en Santander. Funeral el 7 de abril en la Parroquia de La Cavada. Inhumado en el cementerio de La Cavada.

Rvdo. D. José Ramón Goicoechea Jáuregui.



Nació el 6 de mayo de 1933 en Zarauz (Guipúzcoa). Estudios Eclesiásticos Seminario Vitoria y Monte Corbán. Ordenado presbítero el 21 de abril de 1957. Licenciado en Teología por la Univ. Lateranense. Doctorado en Derecho Canónico y Civil por la Univ. Lateranense. Licenciado en Ciencias Sociales por la Univ. . Lateranense .

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Riva de Ruesga 1957-10-01. Estudios en Roma 1960-09-. Coadjutor de La Asunción-Torrelavega 1966-09-. Coadjutor de San José Obrero-Torrelavega 1970-10-06. Ecónomo de Santa María de Cayón, La Encina y La Abadilla de Cayón 1975-01-23. Ecónomo de San Román y Santocilde 1987-12-. Deja San Román y Santocilde 1996-10-01. Jubilado 2004-08-01.

Falleció el 20 de abril de 2016 en Sarón. Fuenreal el 21 de abril en la Parroquia de Santa María de Cayón. Inhumado en el cementerio de Santa María de Cayón.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

DISCURSO INAUGURAL DE LA CVII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

**Cardenal Ricardo Blázquez,
arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española**

Saludos

Saludo fraternalmente a los hermanos en el episcopado y les doy la bienvenida a esta Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Doy las gracias en nombre de todos a quienes con generosidad y competencia dedican su tiempo y sus fuerzas a los diversos servicios de la Conferencia. A cuantos comunicadores cubren este acontecimiento eclesial de la Asamblea expreso mi respeto y gratitud por su trabajo.

Recordamos también algunos relevos en el episcopado: felicitamos a Mons. D. Gerardo Melgar Viciosa, que ha pasado del servicio pastoral en Osma-Soria a Ciudad Real, y agradecemos a Mons. Antonio Algora Hernando el ministerio desarrollado en esta diócesis, de la que continúa siendo administrador apostólico hasta el día 21 de mayo, en que tomará posesión D. Gerardo. Igualmente agradecemos sus trabajos apostólicos a Mons. D. Ramón del Hoyo López, a quien el santo padre ha aceptado la renuncia de la diócesis de Jaén, en la que continúa de administrador apostólico, y felicitamos a su sucesor, Mons. D. Amadeo Rodríguez Magro, hasta ahora obispo de Plasencia, que comenzará su ministerio en la sede jiennense el próximo 28 de mayo.

Doy un saludo especial de bienvenida a Mons. D. Juan Carlos Elizalde Espinal, obispo de Vitoria, nombrado el día 8 de enero de 2016 y que tomó posesión el pasado día 12 de marzo, que ha relevado en dicha sede a Mons. D. Miguel Asurmendi Aramendía, SDB, a quien el papa ha aceptado su renuncia tras un dilatado servicio episcopal, que agradecemos de corazón.

Un saludo también a quienes desde nuestra última Asamblea Plenaria han pasado a ocupar sus nuevas sedes episcopales: Mons. D. Fidel Herráez Vegas en Burgos,

Mons. D. Juan José Omella Omella en Barcelona y Mons. D. Juan Antonio Menéndez Fernández en Astorga, que sucedieron en ellas respectivamente a Mons. D. Francisco Gil Hellín, al cardenal D. Lluís Martínez Sistach, y a Mons. D. Camilo Lorenzo Iglesias, a quienes manifestamos nuestra gratitud por su generoso servicio ministerial.

A unos nos unimos en la gratitud por el ministerio cumplido y a otros acompañamos en la esperanza al comenzar, después de recibir la ordenación, su ministerio episcopal, como ocurre con Mons. D. Luis Ángel de las Heras Berzal, CMF, nombrado obispo de Mondoñedo-Ferrol el pasado día 16 de marzo, y que será ordenado obispo el día 7 de mayo, así como a Mons. D. Luis Javier Argüello García, nombrado obispo auxiliar de Valladolid el 14 de abril, que recibirá la ordenación episcopal el día 3 de junio.

A todos ellos queremos mostrar nuestra fraternidad en el ministerio episcopal tanto a los obispos eméritos como a los que ejercen o van a ejercer próximamente el encargo encomendado.

Cuatro diócesis están actualmente presididas por administrador diocesano. Saludo cordialmente a los Ilmos. D. Antonio Gómez Cantero, de la diócesis de Palencia, a D. Antonio Rodríguez Basanta, de Mondoñedo-Ferrol, a D. Gerardo Villalonga Hellín, de la diócesis de Menorca, y a D. Vicente Reboredo García, administrador diocesano de Calahorra y La Calzada-Logroño ¡Bienvenidos a esta Asamblea!

Saludo también a los hermanos y hermanas que nos acompañan en esta sesión inaugural y les pido que recen a nuestro Señor Jesucristo, Pastor y Obispo de nuestras almas (cf. 1 Pe 2, 25), por los frutos de esta Asamblea de nuestra Conferencia Episcopal que iniciamos.

Deseo tener un recuerdo especial por un obispo fallecido después de nuestra última Asamblea Plenaria. Se trata de Mons. D. Alberto Iniesta Jiménez, obispo auxiliar emérito de Madrid, que murió el día 3 de enero del presente año. Le agradecemos su dilatado ministerio episcopal ejercido, junto a otros hermanos en el episcopado, en momentos difíciles y a la vez apasionantes de la reciente historia eclesial y política de España. Oramos al Señor por su eterno descanso; confiamos que haya escuchado de labios de nuestro Señor: «Siervo bueno fiel, entra en el gozo de tu Señor» (cf. Mt 25, 21-23).

2. Exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia*

El pasado día 8 de abril se hizo público un documento muy esperado: la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia*, del papa Francisco, que acogemos con especial agradecimiento, por cuanto va a ser para nosotros una verdadera guía en

una de las tareas más necesaria de nuestro servicio ministerial como es la adecuada atención y fortalecimiento de la pastoral familiar.

«La alegría del amor (*Amoris laetitia*) que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia»: así comienza la mencionada exhortación apostólica postsinodal, firmada por el papa el día 19 de marzo, fiesta de San José. Este comienzo se sitúa en la misma perspectiva de su primera exhortación apostólica, que a su vez era programática de su pontificado. «La alegría del Evangelio (*Evangelii gaudium*) llena el corazón y la vida entera de los que encuentran a Jesús». La carta apostólica dirigida a todas las personas consagradas en el inicio del Año de la Vida Consagrada lleva por título Testigos de la alegría.

Estas coincidencias reiteradas e intencionadas nos llevan a la conclusión de que la alegría y el gozo del Evangelio iluminan el magisterio del papa Francisco. No es con mirada oscura y triste, sino gozosa y esperanzada por la salvación que proclama el Evangelio y comunica el encuentro con Jesucristo, impregnada por la misericordia de Dios, con la que contempla el papa Francisco a la humanidad en la hora presente. Esta alegría es compatible con las pruebas, ya que para los discípulos de Jesús crucificado y resucitado la cruz y la luz se armonizan en su existencia marcada por la Pascua 9 (cf. 1 Pe 1, 6-9; 4, 12-14). Esta alegría tiene su versión en el matrimonio cristiano, que dilata la amplitud del corazón. «La alegría matrimonial, que puede vivirse aun en medio del dolor, implica aceptar que el matrimonio es una necesaria combinación de gozos y de esfuerzos, de tensiones y de descanso, de sufrimientos y de liberaciones» (AL, n. 126).

La visión que transmite la exhortación apostólica es realista con finura por la cercanía cordial a las personas en sus situaciones concretas, y también gozosa por el amor de Dios. No es difícil descubrir entre el papa Juan XXIII y el papa Francisco una afinidad de espíritu y de actitudes. Dios no es fuente de aflicción y tristeza, sino de gozo y paz. El Evangelio es Buena Noticia para los hombres, que alegra el corazón de quienes lo reciben y de los misioneros que lo anuncian. Por ello, un santo triste es un triste santo». Cargar con la cruz siguiendo al Señor vencedor del pecado y de la muerte fortalece el ánimo y otorga confianza.

Ha sido una significativa coincidencia el que la publicación de la exhortación *Amoris laetitia* (AL) haya tenido lugar en el Año Jubilar de la Misericordia, ya que la lógica de la misericordia es clave del documento. Así leemos: «Es providencial que estas reflexiones se desarrollan en el contexto de un Año Jubilar dedicado a la misericordia, porque también frente a las más diversas situaciones que afectan a la familia, la Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona» (AL, n. 309). La misericordia del padre bueno de la pa-

rábola restituye al pródigo en la dignidad de hijo y lo reintegra en la casa paterna; en cambio, el rigor del hermano mayor, que se juzgaba cumplidor intachable de las órdenes del padre, excluía a su hermano y se negaba a entrar en la fiesta del perdón y de la alegría (cf. Lc 15, 11-32). «Dos lógicas recorren, según el papa Francisco, toda la historia de la Iglesia: marginar y reintegrar. El camino de la Iglesia es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración. El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero; porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita. Nadie puede ser condenado para siempre, porque esa no es la lógica del Evangelio» (AL, n. 297). Esto es válido para todos nosotros y también para los divorciados vueltos a casar.

Por este dinamismo de la misericordia que tiende a integrar se comprende que nadie, aunque se halle en situación “irregular” por la unión matrimonial debe considerarse excomulgado, al margen de la Iglesia y abandonado por Dios. No está remitido definitivamente solo a la misericordia de divina en su propio corazón y aisladamente, sino que puede continuar contando y viviendo en la Iglesia, que es casa de misericordia y sacramento de salvación. En diálogo cercano y confiado con otros cristianos y en movimiento de humilde retorno a Dios puede ser admitido por el ministro de la comunión eclesial en la vida y en las tareas de la Iglesia hasta donde ambos con sinceridad de conciencia y fidelidad evangélica, el presbítero y el cristiano que se halla en esa situación “irregular”, juzguen oportuno.

En la exhortación apostólica es primordial el discernimiento cristiano. Supone la aceptación de la doctrina de la Iglesia y el respeto de las normas canónicas. Pero el discernimiento espiritual tiene algo de singular, ya que se trata de buscar la voluntad de Dios en una situación concreta de una persona singular. No basta para ello enumerar una casuística hasta el límite de lo previsible para encuadrar el caso concreto. Se requiere un aliento nuevo y una nueva actitud. El discernimiento, que nunca puede separarse de las exigencias de la verdad y del amor del Evangelio, busca abrirse a la Palabra de Dios que ilumina la realidad concreta de la vida de una persona, por definición irrepetible. Por ello, el discernimiento acontece en docilidad al Espíritu Santo. El discernimiento no significa ceder al individualismo ni al capricho de la persona; no es menos fiel al Evangelio que el atenuamiento estricto a la letra.

La conciencia personal, en que resuena la voz de Dios y brilla su luz, debe ser formada en el conocimiento del Evangelio y en la obediencia a Dios, pero no puede ser sustituida (cf. AL, n. 38); es como un santuario que nadie puede invadir.

Como el discernimiento debe abrirse paso en la complejidad de una vida concreta con muchos condicionamientos, y como cada persona recorre su camino y tiene un ritmo propio de asimilación del Evangelio, no basta recordar y aplicar sin más los principios generales; debemos ejercitar la docilidad al Espíritu Santo, que actualiza, apropia y personaliza la Palabra de Dios en Jesucristo a cada cristiano. Acompañamiento de otros cristianos adultos, comunión leal en la Iglesia, obediencia fiel a Dios y escucha atenta de la conciencia convergen en el discernimiento. «A partir del reconocimiento del peso de los condicionamientos concretos, podemos agregar que la conciencia de las personas debe ser mejor incorporada en la praxis de la Iglesia en algunas situaciones que no realizan objetivamente nuestra concepción de matrimonio. Ciertamente que hay que alentar la maduración de una conciencia iluminada, formada y acompañada por el discernimiento responsable y serio del pastor, y proponer una confianza cada vez mayor en la gracia. Pero esa conciencia puede reconocer no solo que una situación no responde objetivamente a la propuesta general del Evangelio. También puede reconocer con sinceridad y honestidad aquello que por ahora, es la respuesta generosa que se puede ofrecer a Dios, y descubrir con cierta seguridad moral que esa es la entrega que Dios mismo está reclamando en medio de la complejidad concreta de los límites, aunque todavía no sea plenamente el ideal objetivo» (AL, n. 303).

La exhortación apostólica es un gran documento por ser un escrito largo y por ser un documento importante. Las dimensiones de *Amoris laetitia* se explican por varios motivos. En la exhortación se recogen abundantemente párrafos de las dos Relaciones sinodales, de catequesis del papa Francisco y de otros documentos magisteriales, e incluso citas interesantes de teólogos y de personas dotadas de sabiduría y del don de la palabra. Es larga la exhortación porque está escrita con un estilo esponjado, ágil y bello. No es un escrito denso apto solo para técnicos; es de fácil lectura y comprensión. Aunque se lee sin necesidad de releer para entender bien, compensa siempre el trabajo de relecturas para percibir sugerencias interesantes antes inadvertidas. No es un escrito “plano”, sino rico y estimulante. Por otra parte, aunque los capítulos están bien trabados en el conjunto, se puede leer cada capítulo separadamente. El capítulo centrado en la Sagrada Escritura; el dedicado a los desafíos de la cultura y la sociedad actuales planteados a la familia; el bello capítulo cuarto, que trata del amor matrimonial, siguiendo el hilo conductor del llamado himno de la caridad (cf. 1 Cor 13), donde aparece que al amor genuino otras realidades le han robado indebidamente el nombre (santa Teresa de Jesús); el interesante capítulo sobre la educación de los hijos etc., pueden ser leídos por sí mismos. Igual que en una novela no se va directamente a ver el desenlace sin haber leído los capítulos precedentes, yo pediría que no se pase inmedia-

tamente al octavo, donde los medios de comunicación fijaron su atención y atrajeron la de todos.

Ha merecido la pena este largo recorrido. Desde la “corazonada” del papa para convocar dos veces el Sínodo de los Obispos sobre la familia; pasando por los cuestionarios distribuidos capilarmente, con numerosas respuestas, ya que la familia es un bien de la sociedad y de la Iglesia, que a todos nos afecta y ha experimentado tantos desafíos y cambios en los últimos decenios; con paradas en las dos Asambleas del Sínodo sobre las cuales se proyectaron muchas expectativas; con vivacidad en las discusiones y actitudes diferentes de los padres sinodales dentro de la comunión de la Iglesia etc., el camino ha sido trabajoso e intenso. Este largo itinerario recorrido “sinodalmente” ha culminado en esta preciosa exhortación; no hay cambio de doctrina, como era de suponer, pero sí hay aliento nuevo, lenguaje nuevo y actitud nueva ante las variadas situaciones, que ya no son o todavía no son plenamente matrimonio cristiano. Abre caminos nuevos de actuación pastoral en la Iglesia, o, como dijo en la 14 presentación el cardenal Schönborn, «algo ha cambiado en el discurso eclesial».

Amoris laetitia es, por tanto, un buen y un bello servicio a la Iglesia, que tendrá una repercusión muy positiva en la humanidad y pone al descubierto con valentía confusiones en la concepción del matrimonio y de la familia, que a veces han pasado a la legislación civil. Es, en definitiva, una invitación profunda y lúcida para que cuidemos como oro en paño el tesoro de la familia, base de la humanidad y de la Iglesia.

3. **La Conferencia Episcopal Española cumple 50 años**

Este año de Jubileo eclesial de la Misericordia, la Conferencia celebra también otro jubileo particular: el 50 aniversario de su creación. La Conferencia Episcopal Española realizó su reunión constitutiva entre los días 26 de febrero y el 4 de marzo de 1966. Se han cumplido hace poco tiempo cincuenta años. Tuvo lugar la reunión en la Casa de Ejercicios del Pinar de Chamartín, cerca de aquí; participaron setenta obispos. Presidió la asamblea inicial el cardenal Enrique Pla y Deniel, arzobispo de Toledo y primado de España, hasta que el día 28 fuera elegido presidente de la Conferencia el cardenal Fernando Quiroga Palacios, arzobispo de Santiago de Compostela.

La Junta de Metropolitanos estuvo en activo desde el año 1921 hasta la terminación del Vaticano II. La última reunión tuvo lugar el día 30 de enero de 1965 bajo la presidencia de Pla y Deniel. Este organismo supradiocesano era una solución insuficiente y transitoria que pasó a otro nivel en la Conferencia Episcopal de la que son miembros todos los obispos. A continuación diré solamente algunas pala-

bras sobre la Conferencia, ya que con ocasión de estas efemérides recibiremos a lo largo del año cumplida información de carácter histórico, eclesiológico y pastoral.

Si Menéndez Pelayo escribió que el Concilio de Trento había sido tan ecuménico como español, debemos reconocer que en el Concilio Vaticano II el protagonismo del episcopado español se hizo notar poco. El profesor Santiago Madrigal, en su libro *Protagonistas del Vaticano II. Galería de retratos y episodios conciliares* (Madrid 2016), en una lista de 100 protagonistas del Concilio solo incluye a seis españoles. En este sentido se ha escrito: «Se puede decir que España es uno de los países que –en proporción a su historia y al volumen de su población católica– menos influyeron en el Vaticano II, y a la vez es uno de los países en que el Vaticano II influyó más poderosamente»^[1]. En el decurso de las sesiones fueron percibiendo los obispos españoles la distancia que los separaba en orientación teológica y en actitudes de la Asamblea conciliar. Por esto, el Concilio fue para los mismos obispos una oportunidad de cambio. Es de alabar la docilidad operativa que desde el primer momento de la clausura del Concilio manifestaron. Si en un principio había existido menor sintonía, la recepción eclesial y la comunión con el Concilio presidido por el papa fueron inequívocas. Ante el desfase experimentado se comprende que el influjo fuera entonces como un crisol y que el Concilio Vaticano II haya sido una referencia fundamental para la Iglesia en España.

La recepción y actuación del Concilio no fue fácil ni pacífica. Hubo desasosiego, polémicas, resistencias e impaciencias. Hacía mucho tiempo que las aguas estaban estancadas, de modo que al romperse las compuertas arrastró consigo tantas corrientes de vida cristiana auténtica como hábitos envejecidos. No fue tarea fácil mantener el equilibrio en aquella agitación. La confesionalidad del Estado no era compatible con las relaciones diseñadas por el Concilio entre el Estado y la Iglesia y caracterizadas por la mutua independencia y la sana colaboración. Se comprende que la declaración conciliar *Dignitatis humanae* sobre el derecho a la libertad social y civil en materia religiosa encontrara dificultades para ser comprendida y llevada a la práctica. La transición política, que no fue exclusivamente política, realizó esta doble tarea pendiente.

Las efemérides de acontecimientos importantes, tanto en la vida personal y familiar, como en la social y eclesial, nos invitan a recordar nuestra historia ante el Señor de la historia. La misma liturgia y la piedad cristiana cuando termina un año y comienza otro nos impulsa a dirigir la mirada al pasado, al presente y al futuro. La relación con Dios se despliega en acción de gracias (*confessio laudis*), en reconocimiento de los pecados (*confessio peccati*) y en mirada confiada hacia el futuro (*confessio fidei*). ¿Por qué no hacer también este ejercicio mirando en las diversas perspectivas del tiempo al cumplir 50 años nuestra Conferencia Episcopal?

Tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios por el acierto del Concilio al decidir la erección de las Conferencias Episcopales. La nuestra ha desarrollado una intensa actividad que se ha traducido en una ayuda inestimable para diócesis y obispos, para todos los fieles cristianos y los diversos servicios en la Iglesia. El trabajo llevado a cabo por la Conferencia ha repercutido positivamente en nuestra sociedad. La acción de gracias es la primera reacción que queremos expresar. Los volúmenes, publicados por la BAC, que recogen los documentos de la Conferencia Episcopal de este medio siglo, y que serán presentados a final de este mes, son un testimonio fehaciente de esta inmensa actividad. La Conferencia Episcopal Española no ha estado ociosa; ha trabajado intensamente atendiendo a las necesidades y conveniencias pastorales del momento. Sin su trabajo hubiéramos estado más desguarecidos para comprender las situaciones y actuar en consecuencia. ¿Nos imaginamos qué habría sido de la Iglesia en España en los decenios pasados sin el apoyo y la orientación de la Conferencia Episcopal Española?

También habrá motivos para pedir perdón a Dios y disculpa a las personas. Se puede comprender a priori que la Conferencia Episcopal Española, como otras instituciones eclesiales, no habrá acertado siempre; es de suponer que a veces no haya respondido a lo que de ella se esperaba. Las limitaciones humanas; la mirada, unas veces corta y otras, superficial; la comunión y comunicación entre sus miembros puede haberse resentido por personalismos excesivos debilitándose de esta forma el servicio que debía a la Iglesia. Reconocemos nuestros fallos y nos remitimos al Dios de la Misericordia, precisamente en este Año Jubilar, solicitando la comprensión de todos.

Ciertamente necesitamos, de cara al futuro, ejercitar la confianza y la esperanza en Dios. Necesitamos ante los desafíos de cada situación histórica remitirnos al poder del Espíritu (cf. Hch 20, 22-24). La conciencia de nuestra fragilidad, la magnitud de los problemas y la fidelidad prometida por Dios nos invitan a mirar unidos en fraternidad ministerial al futuro con vigilancia, laboriosidad y determinación. El decreto conciliar *Christus Dominus*, que en los números 37-38 mandó crear las conferencias episcopales para promover el servicio pastoral a las diócesis en las circunstancias de nuestra época, recomienda también en el dinamismo de ayuda recíproca que se fomente las relaciones entre las conferencias episcopales de diversos países. Pues bien, en varios sentidos se ha llevado a cabo entre nosotros esta indicación. La Conferencia Episcopal Española forma parte del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), que celebra anualmente su Asamblea general. Presta este Consejo una ayuda no desdeñable. Lo mismo cabe decir de nuestra pertenencia a la Comisión de Obispos de la Unión Europea (COMECE).

Existe también la colaboración de nuestra Conferencia Episcopal con las conferencias episcopales de América Latina. Nos sentimos particularmente hermanados por la historia, la evangelización, la lengua y la cultura, con sus obispos. De hecho, el presidente de la Conferencia Episcopal Española es miembro de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (CELAM); en esta condición participó en la Conferencia de Aparecida (Brasil), celebrada el mes de mayo del año 2007. Con algunas conferencias de América nuestra relación, por diversos motivos y circunstancias, es más intensa. Quiero aludir ahora a la Conferencia Episcopal de Cuba, Venezuela y de México. A nuestras Asambleas invitamos a representantes de las conferencias de Portugal, Italia, Francia, Alemania, Polonia, y somos invitados por ellos. Nos sentimos gozosos en la fraternidad de la fe cristiana y del ministerio episcopal, al compartir la ayuda que se presta y el beneficio que se recibe. Es un «intercambio de dones», del que ya habló el Concilio Vaticano II (*Lumen gentium*, n. 13).

Con varias iniciativas queremos recordar y celebrar los cincuenta años transcurridos desde la constitución de la Conferencia Episcopal Española. A través de un mensaje dirigido al Pueblo de Dios, que someteremos a aprobación en la presente Asamblea, queremos hacer partícipes a todos de este aniversario, que, dada su incidencia en la Iglesia, merece la pena ser subrayado. Las Facultades de Teología y Derecho Canónico de la Universidad Pontificia de Salamanca junto con las otras Facultades similares del resto de España celebrarán, promovido por nuestra Conferencia Episcopal, en junio un congreso sobre la figura de las conferencias episcopales.

Con motivo de este 50 aniversario de nuestra Conferencia aparecen también en cinco volúmenes, editados por la BAC, todos los documentos elaborados y hechos públicos durante estos cinco decenios. Esta mole de escritos es un monumento a la memoria y un empeño del presente que incesantemente se abre al futuro. Por fin, aprovecharemos el cincuenta aniversario para revisar y eventualmente actualizar el funcionamiento, organización y Estatutos de la Conferencia y someteremos, como establece nuestro vigente Plan Pastoral, a una evaluación evangelizadora todos los organismos de la CEE. La memoria no nos retiene en su posible nostalgia, se abre al compromiso que renovamos en el presente mirando al futuro.

4. En la encrucijada política

Aunque el fin que asignó Cristo a su Iglesia es, como nos señala el Concilio, «de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina» (GS, n. 42), por ello estamos llamados, en nuestro

caso como pastores de la Iglesia, a decir una palabra sobre las especiales circunstancias políticas que está viviendo nuestro pueblo.

Los resultados de las elecciones generales celebradas el día 20 de diciembre del año pasado, aunque hubieran sido anticipados en las anteriores locales y autonómicas, comparados con las consultas generales de los decenios anteriores fueron realmente inéditos. Para formar un gobierno era preciso un ejercicio de diálogo y generosidad entre los partidos políticos, ya que se preveía una tarea particularmente complicada. Hace ya más de tres meses de la convocatoria a las urnas y los ciudadanos estamos sumidos en la incertidumbre. Nos preocupa no solo el tiempo largo transcurrido, sino también las exclusiones en la comunicación. Con las hipótesis diversas y de hondo calado, nos hallamos como en una encrucijada. Pedimos a los responsables de la gestión de los resultados electorales que prevalezca claramente el bien común sobre los intereses particulares. Esta situación tan difícil y prolongada puede dejar unas heridas en la convivencia social que entorpezcan la comunicación y el trabajo que a todos afecta. Abundan las descalificaciones personales que nunca son razones. La desacreditación mutua hace imposible una reflexión serena sobre los problemas básicos y las tareas pendientes.

Me permito citar unas palabras de un observador penetrante de nuestra historia, pasada y presente, impregnadas de preocupación porque considera tales actitudes ya superadas en los decenios anteriores. «Junto al hecho (de la perversión del lenguaje) hay otro hecho moral que me parece gravísimo: la escisión y confrontación de la sociedad española, siendo una descalificada por la otra. Es una injusticia mayor reclamar para una de ellas la verdad de España negándosela a la otra, como si esta no existiera, no perteneciera a la única historia, y sacando la consecuencia de no dialogar con ella. Esta postura reclama para sí la única que tiene dignidad cultural y posee la primacía moral, y con ello lanza una mirada despreciativa a la otra. Ella reclama a su vez representar e interpretar lo que es modernidad, progreso, democracia y capacidad de creación de riqueza. Es un juicio sobre las realidades fundamentales identificadas con un programa político, moral y cultural, con rechazo de las propias del prójimo» (O. González de Cardedal).

Al parecer se han removido hasta los cimientos de nuestra convivencia como pueblo; cuando esto acontece y tememos que acontezca, vacilamos y nos sentimos desconcertados, mirando al futuro con particular aprensión. En esta situación me permito recordar algunas realidades básicas que nos garantizan mayor estabilidad y una mirada más confiada al futuro.

La Constitución española regula básicamente nuestra convivencia señalando los valores fundamentales y las instituciones básicas. La Constitución fue gestada en un ambiente de diálogo y de consenso, al que no fue ajena la Iglesia y más en

concreto nuestra Conferencia Episcopal; deseábamos entrar en una nueva etapa en la que todos tuviéramos espacio, reconciliándonos como ciudadanos y convivientes, sin privilegios ni exclusiones. La Constitución fue ratificada libremente en referéndum por la sociedad. Aunque haya aspectos en los que el paso del tiempo nos indique la conveniencia de ser actualizados, no es razonable ni legítimo poner en cuestión las líneas fundamentales de la misma; sin esta casa común quedaríamos a la intemperie.

Nuestro marco más amplio como pueblo es Europa, en cuya historia España ha tenido una contribución importante. Europa ha ejercido un influjo inmenso con sus luces y sus sombras, en la humanidad. Sería indebido que Europa se redujera a los aspectos económicos, técnicos y de bienestar. ¿No faltan confianza en el futuro, generosidad y magnanimidad? Ha emitido Europa una irradiación que la ha hecho grande; olvidar las raíces grecorromanas, cristianas, de la Ilustración u otras de índole solidaria nos debilitan. La desmemoria de la historia incapacita para proyectos atrayentes de futuro. Cerrar ahora, por ejemplo, nuestras fronteras para defender nuestro nivel económico es signo de miedo y de debilidad vital. Como lo son también los muros levantados frente a la llamada apremiante y dramática de los refugiados, ante la que no podemos hacer oídos sordos en una actitud egoísta, aunque esta se revista en las instituciones europeas de un falso aparejo jurídico, que elimine de facto el inalienable derecho de asilo de los refugiados y contradice nuestra tradición humanitaria europea. La visita del papa Francisco a la isla griega de Lesbos, junto al patriarca ecuménico de Constantinopla Bartolomé I, el pasado sábado día 16, es para nosotros un llamamiento a una mayor solidaridad europea, signo de nuestra verdadera tradición y raíces humanistas y cristianas.

Recordemos en este sentido las palabras del papa Juan Pablo II pronunciadas el 9 de noviembre de 1982 en Santiago de Compostela como un grito lleno de amor que apela a nuestra identidad: «Vieja Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Renueva aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes».

Los derechos humanos tienen su fundamento en la dignidad de la persona. El respeto mutuo, la libertad, la defensa de todo ser humano se asienta en la persona con su dignidad inviolable e innata. El carácter sagrado de la persona, de cualquier condición social, raza, sexo, origen, religión, es idéntico. La discriminación es una ofensa a la persona, que lleva en su rostro el resplandor de Dios.

La Declaración conciliar *Dignitatis humanae*, de cuya aprobación se han cumplido cincuenta años el día 7 de diciembre último, después de acaloradas discusiones y de una clarificación cada vez mayor, afirma: «Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste

en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública y privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites». Y continúa: «El derecho 24 a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se conoce por la palabra revelada de Dios y por la misma razón» (DH, n. 2). Este derecho debe ser reconocido, ya que es inherente a la persona, que lo tiene por sí misma y no porque se le otorgue.

Consideramos un servicio prestado a los demás advertir que si se oscurece en la humanidad la luz de Dios, se obnubila al mismo tiempo la dignidad de la persona humana. También debemos denunciar que Dios sea utilizado para justificar la violencia contra las personas. Ni promover la exclusión de Dios ni la profanación de su nombre, ni fundamentalismo intolerante ni laicismo disolvente. Es bueno para el hombre respetar a Dios, y es bueno para la paz de la humanidad apoyarnos en Dios, Creador de todos los hombres que nos hermana.

Sin el reconocimiento de Dios, o al menos sin su búsqueda, no tenemos capacidad para afrontar nuestras indignicias más hondas. El camino es el amor y no la violencia; la violencia, que se alimenta del rencor, siembra muerte y, viceversa, la injusticia y el desprecio generan violencia. El amor, en cambio, une a las personas para caminar juntos hacia el futuro. La Misericordia de Dios, como nos recuerda insistentemente el papa Francisco, nos impulsa a acercar el corazón a los despreciados, los enfermos, los descartados, los pobres, los excluidos de la mesa de los bienes de la humanidad. La misericordia recibida nos hace mensajeros y ministros de las obras de misericordia.

La Iglesia no aspira en España a ser privilegiada ni quiere ser preterida. Se siente en el derecho de reclamar la libertad religiosa y este mismo derecho quiere compartirlo con las demás confesiones cristianas, con otras religiones y con quienes no se reconocen en ninguna religión. La aconfesionalidad significa que el Estado no profesa ninguna confesión religiosa para que todos se puedan sentir igualmente libres e igualmente respetados, garantizando una sociedad plural en lo religioso. El Estado es aconfesional, y los ciudadanos seremos lo que creamos conveniente. El Estado debe proteger el derecho a la libertad religiosa. La fe tiene una dimensión colectiva y social irrenunciable. «Un sano pluralismo no implica una privatización de las religiones, con la pretensión de reducir las al silencio y a la marginalidad de los recintos cerrados de los templos, sinagogas o mezquitas» (papa Francisco).

Existe una convergencia prácticamente coincidente entre la Declaración Universal de los Derechos Humanos por la Asamblea de la ONU en París el 10 de diciembre de 1948, la Declaración sobre la libertad religiosa del Concilio Vaticano II y la Constitución española de 1978 en relación con el derecho a la libertad religiosa, individual y colectivamente, tanto en privado como en público, por la enseñanza, la práctica y el culto. En este ámbito nos movemos pacíficamente como ciudadanos y católicos.

Por lo que se refiere a la educación, nuestra Constitución, teniendo en cuenta la Declaración universal de los Derechos Humanos en el artículo XXVI («Toda persona tiene derecho a la educación»; «La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la persona humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales»; «Los padres tendrán derecho preferente de escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos»), afirma en su artículo 27: «Todos tienen el derecho a la educación. Se reconoce la libertad de enseñanza. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos y a los derechos y libertades fundamentales. Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones». Según nuestra Constitución, que se remite a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la enseñanza religiosa no es un privilegio de la Iglesia católica que la habilitara para imponerla a los demás ciudadanos; es un derecho que asiste a los padres para elegirla para sus hijos; este derecho es un servicio a los alumnos, a las familias y a la misma sociedad. La lealtad en el cumplimiento de los derechos rige también en el derecho a la educación.

La «laicidad positiva», como expresó en alguna ocasión el Tribunal Constitucional, que implica “cooperación” y “neutralidad”, se ha encauzado a través de los Acuerdos entre la Santa Sede y el Estado español (firmados el año 1979 y posteriores, por tanto, a la ratificación de la Constitución española). Hay también Acuerdos del Estado español con otras confesiones: judíos, protestantes y musulmanes. Ni en un caso ni en otro se trata de privilegios, sino de instrumentos jurídicos de armonía con el derecho a la libertad religiosa (Julio L. Martínez).

En la presente encrucijada me ha parecido conveniente recordar el marco fundamental de nuestra convivencia como pueblo y sociedad. Si estos cimientos se conmovieran, nuestra convivencia se volvería insegura. Obviamente, ruptura es distinta de actualización, que en algunos aspectos pudiera ser oportuna. En la transición política, elaborada en un clima de diálogo y de encuentro o reencuentro, mirando a un futuro de respeto y de convivencia en las legítimas diferencias, se hizo converger en la Constitución española la Declaración Universal de los Dere-

chos Humanos y la Declaración conciliar. Nació la Constitución de la concordia y está ordenada a la paz. Quiero en este momento expresar nuestra gratitud a quienes llevaron a cabo pacientemente y en escucha recíproca este noble edificio en que nos sentimos protegidos como personas, como españoles y como católicos.

En este contexto social y político quiere vivir la Iglesia contribuyendo mediante su específica misión pastoral al bien común de todo nuestro pueblo. La parte esencial de esta misión la constituye nuestra tarea evangelizadora, que encuentra en el vigente Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española un instrumento para avanzar en sus objetivos según el espíritu marcado por el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium*.

Así lo haremos en esta Asamblea, dedicando también una parte importante de nuestras reflexiones y diálogo al estudio del proyectado documento Jesucristo, Salvador del Mundo y Esperanza de los hombres, ya que Él constituye el contenido esencial de la evangelización y la vocación suprema del ser humano, pues «en realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el 28 hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS, n. 22).

Por último, como saben, el santo padre Francisco convocó, durante el rezo del *Regina coeli* del pasado día 3 de abril, fiesta de la Divina Misericordia, una colecta especial a beneficio de Ucrania, que se celebrará en todas las Iglesia católicas de Europa el próximo 24 de abril, V domingo de Pascua. En sus palabras, el papa Francisco se refirió textualmente «al drama de los que sufren las consecuencias de la violencia en Ucrania: en los que permanecen en las tierras devastadas por las hostilidades que han causado ya varios miles de muertos, y en los más de un millón que fueron empujados a dejarlas por la grave situación que perdura», por lo que, continúa, «decidí promover un apoyo humanitario a su favor. Por eso, tendrá lugar una colecta especial en todas las Iglesias católicas de Europa el próximo domingo 24 de abril».

Para secundar esta convocatoria del papa, todas las diócesis de España, junto con las organizaciones caritativas y asistenciales de la Iglesia, hemos puesto en marcha una campaña conjunta con este fin, con el lema «Con el papa por Ucrania». En ella participan CONFER, Cáritas, Manos Unidas y Ayuda a la Iglesia Necesitada.

Lo recogido en estas colectas será enviado a la Santa Sede, y la distribución de la misma en los territorios afectados de Ucrania se realizará a través del Pontificio Consejo *Cor Unum*.

Como gesto de nuestra Conferencia Episcopal para esta campaña «Con el papa para Ucrania» se destinará una ayuda extraordinaria de 300.000 euros.

Unamos a esta campaña propuesta por el papa Francisco en aporte más valioso por nuestra parte: la oración confiada a Dios para que cesen todas estas situaciones injustas de sufrimiento en tantos escenarios conflictivos de nuestro mundo, y, por lo que se refiere a nuestro país, que el Señor nos conceda un verdadero espíritu de cooperación y concordia en la búsqueda del bien común de nuestro pueblo por encima de intereses partidistas.

Que Santa María, Madre del Señor, nos ayude con su intercesión materna en los trabajos de esta Asamblea.

[1] E. Vilanova Bosch, «La teología en España en los últimos 50 años», en Revista Española de Teología 50 (1990), p. 412

NOTA DE PRENSA DE LA 107ª ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su **107ª reunión del lunes 18 al viernes 22 de abril**. La Plenaria se inauguraba el lunes 18 con el discurso del arzobispo de Valladolid y presidente de la CEE, cardenal **Ricardo Blázquez Pérez**.

Petición por los fallecidos y heridos en el terremoto de Ecuador

El presidente de la CEE, antes de dar lectura al discurso inaugural, tuvo unas palabras de **recuerdo para las víctimas del terremoto que sufrió Ecuador** el pasado fin de semana: “pedimos al Señor el eterno descanso para los cientos de personas que han muerto, suplicamos la pronta recuperación de los heridos, para los familiares y personas que han sido duramente golpeados por esta catástrofe, expresamos nuestra cercanía y pedimos al Señor el consuelo”.

La CEE destinará 300.000 euros a la campaña Con el Papa por Ucrania

El cardenal Blázquez también anunció en el discurso inaugural que la CEE va a destinar una ayuda extraordinaria de 300.000 euros para la campaña **Con el Papa por Ucrania**. Con esta campaña la Iglesia en España responde a la convocatoria del papa **Francisco** durante el rezo del *Regina coeli* el pasado 3 de abril, día de la Divina Misericordia, para que el **domingo 24** se celebre en todas las Iglesias católicas de Europa **una colecta especial a beneficio de Ucrania**.

En la campaña *Con el Papa por Ucrania* están implicadas todas las diócesis de España, junto con las organizaciones caritativas y asistenciales de la Iglesia. Participan de manera conjunta, CONFER, Cáritas, Manos Unidas y Ayuda a la Iglesia Necesitada. El dinero que se recaude en esta colecta se enviará a la Santa Sede, que se encargará de su distribución en los territorios afectados de Ucrania a través del Pontificio Consejo Cor Unum.

Obispos participantes

Han estado presentes todos los obispos españoles con derecho a voto, excepto el obispo de Ibiza, Mons. **Vicente Juan Segura**, quien no ha podido asistir por motivos de salud. Por las diócesis de Ciudad Real y Jaén han participado sus dos administradores apostólicos, Mons. **Antonio Algora Hernando** y Mons. **Ramón del Hoyo López**, respectivamente. Además, cuatro diócesis han estado representadas por administradores diocesanos: **Antonio Gómez Cantero**, de Palencia; **Antonio Rodríguez Basanta**, de Mondoñedo-Ferrol; **Gerardo Villalonga Hellín**, de Menorca; y **Vicente Reboredo García**, de Calahorra y La Calzada-Logroño.

Ha participado por primera vez el obispo de Vitoria, Mons. **Juan Carlos Elizalde Espinal**, tras su toma de posesión el día 12 de marzo. Se ha unido como miembro a la Comisión Episcopal de Migraciones. También han asistido el obispo electo de Mondoñedo-Ferrol, P. **Luis Ángel de las Heras Berzal**, (recibirá la ordenación episcopal el 7 de mayo), y el obispo auxiliar electo de Valladolid, D. **Luis Javier Argüello García** (será ordenado obispo el 3 de junio). Como es habitual, se ha contado con la presencia de varios obispos eméritos.

Se ha tenido un recuerdo especial para Mons. **Alberto Iniesta Jiménez**, obispo auxiliar emérito de Madrid, que falleció el pasado 3 de enero.

Mensaje con motivo del 50 aniversario de la CEE

Los obispos han aprobado un Mensaje con motivo del 50 aniversario de la Conferencia Episcopal Española con el título, Al servicio de la Iglesia y de nuestro pueblo (se adjunta íntegro).

Las conferencias episcopales nacen del Concilio Vaticano II que se clausuró el 8 de diciembre de 1965. Apenas tres meses después, quedó constituida oficialmente la CEE, el 1 de marzo de 1966, en el marco de la primera Asamblea Plenaria, que se celebró en Madrid del 26 al 4 de marzo. La constitución fue aprobada oficialmente por rescripto de la Sagrada Congregación Consistorial, protocolo n. 1.047/64, del 3 de octubre de 1966. (enlace 50 aniversario)

Con motivo de esta efeméride, se ha diseñado un **logo conmemorativo** que será el “sello” de la CEE durante este año 2016. Además, la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) ultima la publicación de **dos tomos con los documentos de la Conferencia Episcopal Española** de los últimos 15 años (2000-2015). Con esta publicación se completan los cuatro tomos editados actualmente con los documentos aprobados desde la constitución de la CEE hasta el año 2000. Se está trabajando, en colaboración con la Universidad Pontificia de Salamanca y la Fundación Pablo VI, respectivamente, en la celebración de **dos congresos: sobre las conferencias episcopales y sobre la figura de Pablo VI** y su relación con España. Para este último, se espera la presencia del Secretario de Estado Vaticano, el cardenal **Pietro Parolin**.

Documento Jesucristo, salvador del hombre y esperanza del mundo

También se ha aprobado el documento Jesucristo, salvador del hombre y esperanza del mundo que ha redactado la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, que preside Mons. **Adolfo González Montes**. El contenido de este documento es Jesucristo y responde a los interrogantes sobre quién es y qué significan la revelación y la salvación que nos ha traído. Es un texto para animar la misión que tiene encomendada la Iglesia, seguir anunciado a Jesucristo. (El documento se presentará próximamente).

Intervenciones en la Asamblea Plenaria

En esta Asamblea Plenaria ha intervenido como invitado el secretario del Pontificio Consejo para los Textos Legislativos, el obispo español Mons. **Juan Ignacio Arrieta**, para informar sobre la Reforma de los Procesos de Nulidad Matrimonial a la luz del “Motu Proprio” *Mitis Iudex Dominus Iesus* del papa **Francisco**. Su intervención se ha centrado en la función de los obispos diocesanos y de las Conferencias Episcopales en estos procesos.

Además, los obispos han conocido cómo se está organizando la peregrinación de la CEE a la **Jornada Mundial de la Juventud**, que se celebrará el próximo mes de julio en Cracovia (Polonia), cuna del papa san **Juan Pablo II**. El departamento de Pastoral de Juventud, dentro de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, que dirige **Raúl Tinajero Ramírez**, está organizando la peregrinación oficial de la CEE. Todos los jóvenes españoles -los que viajen con la CEE y el resto de las peregrinaciones- se encontrarán en el **Santuario de la Virgen Negra de Częstochowa, el 25 de julio**. En estos momentos hay 30.000 preinscripciones y 8.000 inscritos con la CEE. Habrá también otras peregrinaciones en grupos diversos. 55 obispos han confirmado ya su asistencia.

Los obispos también han recibido información sobre procesos de beatificación en curso de mártires españoles por parte del Secretario General, y sobre las Obras Misionales Pontificias, que dirige **Anastasio Gil García**.

Seguimiento del Plan Pastoral

En la Asamblea Plenaria se ha dialogado sobre la **puesta en marcha del nuevo Plan Pastoral** de la CEE, tras su aprobación en la 106ª Asamblea Plenaria (16-20 de noviembre de 2015). El objetivo que plantea el documento para este año 2016 es, La Iglesia, anunciadora y fermento del reino de Dios. Así, en este primer año del Plan Pastoral, y en el marco del 50º aniversario de la CEE, se proponen una serie de acciones para reconocer lo que se está haciendo y poner a los órganos de la Conferencia Episcopal en estado de revisión, conversión y misión.

Otros temas del orden del día

Como es habitual en la Plenaria del mes de abril, se han aprobado las **intenciones de la CEE para el Apostolado de la Oración para el 2017**. Además los obispos han recibido información sobre temas económicos y diversos asuntos de seguimiento. Además de repasar las actividades de las distintas Comisiones Episcopales.

Por último, se ha procedido a la aprobación de los nuevos estatutos de la asociación pública de fieles Apostolado de Nuestra Señora de Fátima en España y erección como persona jurídica pública; la modificación de estatutos del Secretariado Nacional de Cursos de Cristiandad; la modificación de estatutos de la Federación Católica Española de Servicios a la Juventud Femenina (ACISJF-IN VIA); y a la modificación de los estatutos del Consejo General de la Educación Católica.

La concelebración eucarística, prevista en cada una de las Asambleas Plenarias, tenía lugar el miércoles 20 de abril a las 12.45 horas. En esta ocasión ha sido presidida por el obispo emérito de Lleida, Mons. **Joan Piris Frígola**.

Viernes 22 abril, 2016

MENSAJE CON MOTIVO DEL 50 ANIVERSARIO DE LA CEE

AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y DE NUESTRO PUEBLO

Al cumplirse cincuenta años de la creación de la Conferencia Episcopal Española, los obispos valoramos su existencia y su fecunda trayectoria de servicio con profunda gratitud: de agradecimiento a Dios que nos ha confiado un ministerio para

la Iglesia y un servicio benéfico y necesario para la entera sociedad española. Nuestro reconocimiento se dirige igualmente a todos los obispos que han formado parte de ella a lo largo de estas décadas, así como a los colaboradores en sus distintos organismos, comisiones y departamentos.

Nuestra gratitud va destinada también a tantas personas e instituciones que han participado en las distintas actividades y que han sostenido y colaborado en las iniciativas y proyectos surgidos de la Conferencia Episcopal. Esta no es un mero organismo administrativo; sus documentos y actuaciones, sus planes y programas han estado insertos en el caminar de una comunidad eclesial viva, como es la Iglesia en España, que tiene tras de sí una larga y fecunda historia cristiana que arranca de la época apostólica y testimonia una multitud de santos, y que peregrina a través de las variadas y cambiantes circunstancias de la sociedad.

La Conferencia Episcopal, como instrumento de la espíritu colegial de los obispos (cfr. Apostolos suos, 14; CIC., c. 447), ha desarrollado su tarea en un periodo de profundas transformaciones tanto en lo eclesial como en lo social, cultural y político. A lo largo de estas décadas que han transcurrido los obispos, junto con el resto de los miembros del Pueblo de Dios, asumimos nuestra responsabilidad y nuestro papel en un tiempo apasionante, cargado de tensiones pero también de expectativas y de promesas.

En todos estos años hemos querido hacer realidad la afirmación conciliar de que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (GS, 1), pero también hemos de confesar y pedir perdón por las ocasiones en que no ha sido así y no hemos estado a la altura de las exigencias evangélicas que, como pastores de la Iglesia, se esperaba de nosotros.

Con el impulso del Concilio

Nuestra Conferencia surgió “como primer fruto del Concilio”, según dijeron los obispos españoles en una carta escrita el mismo día de la clausura del acontecimiento conciliar. Señalaban ya entonces que “su importancia para el futuro de nuestro catolicismo es muy grande, porque el Concilio ha encomendado a las Conferencias Episcopales la aplicación de muchas de sus determinaciones”. En 1966 se constituyó formalmente a fin de que los obispos pudiéramos ejercer de modo colegial nuestro ministerio, coordinando las actividades comunes y facilitando la recepción del Vaticano II en nuestra Iglesia y en nuestro contexto social e histórico.

Nuestra nación ha experimentado, a lo largo de estos cincuenta años, un cambio de régimen político, la instauración de un sistema democrático constitucional, el desarrollo de un pluralismo creciente, el mayor protagonismo y diversidad de las comunidades autónomas, la irrupción de corrientes de pensamiento y de modelos de vida diferentes, cuando no distantes de la tradición cristiana. Con la ayuda de Dios los obispos, unidos a nuestros sacerdotes, vida consagrada y fieles, y a una infinidad de conciudadanos, hombres y mujeres de buena voluntad, hemos querido ser, como testigos de la tradición cristiana de nuestro pueblo, constructores de paz, buscando la reconciliación entre todos los españoles, la superación de las heridas del pasado, y la unión esperanzada de todos por el logro de un presente y un futuro mejor para la entera sociedad.

Por esto y con un permanente espíritu de servicio, hemos debido realizar como Pastores un discernimiento de la situación moral de nuestra nación y de sus instituciones, así como del modo de presencia de la Iglesia en una sociedad en constante transformación. Hemos afrontado las relaciones con la comunidad política y con grupos culturales de diferente ideología en actitud sincera de diálogo y de colaboración. De este modo la Iglesia reivindicaba su libertad para actuar en la sociedad desde la propia identidad, lo cual reclamaba una conciencia de sí misma más profunda y una actitud evangelizadora renovada y comprometida.

En comunión con el Sucesor de Pedro

La Iglesia se ha encontrado así ante la inmensa tarea de ir acogiendo y desarrollando las enseñanzas conciliares en unos momentos de efervescencia ideológica, que en ocasiones podía desembocar en polarizaciones y contraposiciones. En este escenario histórico y a lo largo de los años los obispos españoles hemos seguido las indicaciones de los Papas: el beato Pablo VI, que nos pedía trabajar incansablemente por la paz y el diálogo, con mirada de largo alcance, para afirmar el Reino de Dios en todas sus dimensiones; san Juan Pablo II que, durante su primera visita a la sede de la Conferencia Episcopal, nos señaló como objetivo central de nuestra misión la aplicación de las enseñanzas del Vaticano II, actuando como “garantes de la comunión eclesial y coordinadores de las fuerzas eclesiales” y animó a la defensa de la familia y de la vida humana, así como de nuestra identidad cristiana; Benedicto XVI, que recordó los criterios de una adecuada interpretación del Concilio que armonizara la tradición con la renovación, así como la primacía de Dios, especialmente necesaria en nuestro tiempo amenazado por el secularismo y el relativismo. Ahora con el Papa Francisco, a la par que le mostramos nuestra plena comunión con su persona y magisterio, queremos secundar su renovado llamamiento a una verdadera conversión pastoral, mostrando a todos el rostro misericordioso de Dios a través de un mayor empeño evangelizador.

San Juan Pablo II nos ha indicado al “Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza” (*Novo Millennio Ineunte*, 57). Así ha sido ciertamente para nosotros, desde los criterios que brotaban fundamentalmente de sus cuatro constituciones: profundizar en la realidad más esencial de la Iglesia, como misterio que vive de la comunión de la Trinidad, como Pueblo de Dios que peregrina en la historia y que ha sido enviada como sacramento de salvación, siendo fieles a Dios y a los hombres, integrando la pluralidad y variedad de sus miembros (*Lumen Gentium*); procurar que nuestra Iglesia se alimente de la Palabra de Dios (*Dei Verbum*) y de la liturgia, especialmente de la Eucaristía (*Sacrosanctum Concilium*) para hacer posible una espiritualidad viva y auténticamente cristiana; promover un encuentro cordial y dialogante con un mundo, una sociedad y una cultura que defienden su justa autonomía y un pluralismo enriquecedor (*Gaudium et Spes*).

Corresponsables en la misión eclesial

A pesar de nuestras deficiencias, hemos procurado siempre, conforme a la dimensión colegial y de servicio de nuestro oficio episcopal, que esa comunión se viva como gozo de pertenencia eclesial, evitando posiciones unilaterales, reconociendo y potenciando la diversidad de carismas y de ministerios en la unidad irrenunciable del ministerio episcopal, fomentando la corresponsabilidad en todo el Pueblo de Dios, en especial de los sacerdotes, nuestros más estrechos colaboradores, y de los miembros de la Vida Consagrada y de los laicos. Así hemos valorado grandemente la renovación de las parroquias y la contribución de asociaciones, movimientos y comunidades como un enriquecimiento de todos, gracias a la acción permanente del Espíritu que crea la diversidad y es fundamento de la unidad. Desde esa convicción hemos publicado documentos y hemos suscitado encuentros nacionales dedicados a los laicos, a los presbíteros, a los diáconos, a la Vida Consagrada, a los catequistas, a distintos tipos de voluntariados, al diálogo ecuménico e interreligioso y a la piedad popular.

Este trabajo ha sido siempre planteado como un servicio a las diócesis, el verdadero espacio de la tarea pastoral, desde la unidad que garantiza la Eucaristía y el ministerio apostólico. Los cristianos formamos parte de la Iglesia universal a través de las Iglesias diocesanas; en ellas se insertan todos los carismas asociativos y comunitarios, se experimenta en lo concreto la comunión, y para servir las mejor se planearon y realizaron los distintos congresos y encuentros pastorales.

Esta comunión la hemos vivido como apertura y solicitud por todas las Iglesias, más allá de nuestras fronteras. Hemos expresado nuestra vinculación afectiva y efectiva con el Papa, Sucesor de Pedro, que se manifestó popularmente de modo

especial en sus visitas a nuestro país y en los eventos internaciones como las Jornadas Mundiales de la Juventud y el Encuentro de las Familias; hemos prestado apoyo a las Iglesias en necesidad en otros países y hemos recordado la actualidad permanente de la misión *ad gentes* de nuestros misioneros como servicio evangelizador y de cooperación entre las Iglesias.

El desarrollo de la reforma litúrgica, que facilita la participación activa y fructuosa del pueblo cristiano, ha exigido un inmenso esfuerzo para actualizar los libros litúrgicos, para redescubrir el valor del domingo y de los diversos sacramentos; esta renovación ha sido acompañada y facilitada por un mayor acercamiento a la Palabra de Dios, que ha culminado con la traducción oficial de la Sagrada Biblia y las distintas ediciones del Leccionario. De este modo la Iglesia es evangelizada para poder ser evangelizadora.

Al servicio de todos

La Iglesia en España ha querido ser la Iglesia de todos, haciéndose cercana a los más variados ámbitos sociales y culturales, pero hemos buscado que aparezca como servidora de los más pobres y débiles: los enfermos, los inmigrantes, los marginados o excluidos; por ello hemos potenciado la pastoral general y la sectorial. La defensa de los derechos humanos, especialmente de los más desfavorecidos, nos ha llevado a ser socorro y voz de los que no son escuchados, sobre todo a través de Cáritas, Manos Unidas y las demás organizaciones eclesiales de acción social y caritativa. De ahí también el empeño en estimular la presencia y compromiso de los católicos en la vida pública, la caridad política y la dimensión social de la fe, con el fin de defender la justicia, la vida humana, la igualdad de todos, el verdadero matrimonio, la familia, el derecho de los padres en la educación y la libertad de enseñanza.

Nuestro servicio a la sociedad y nuestra fidelidad al Señor Resucitado nos ha exigido una profunda renovación pastoral que ponga en el centro la transmisión de la fe y la evangelización, el anuncio primero y explícito del Evangelio. Ello se ha expresado con actualidad siempre renovada en los planes pastorales, en congresos, así como en el cuidado de la iniciación cristiana y de la catequesis, sobre todo fomentando la acción catequética mediante la publicación de los distintos catecismos de la Conferencia Episcopal adecuados a cada etapa. Siempre hemos intentado presentar el aspecto más positivo y luminoso del misterio cristiano, para que pudiéramos ser testigos del Dios vivo y de su amor, fuente de felicidad y de realización personal y social.

Mayor compromiso evangelizador

De la mirada agradecida al pasado brota el compromiso ilusionante y esperanzado hacia el futuro, con el aliento del Papa Francisco; nos invita a una más intensa conversión pastoral y misionera, para la cual destaca el papel de las conferencias episcopales, las cuales deben desarrollar sus potencialidades y asumir nuevas atribuciones al servicio de las diócesis, protagonistas principales de la evangelización; de este modo realizaremos “el compromiso de edificar una Iglesia sinodal”, pues el trabajo compartido (sinodalidad) “es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”, de nosotros los pastores y de cada uno de los bautizados.

Nuestro vigente Plan Pastoral *Iglesia en misión, al servicio de nuestro pueblo* recoge con claridad estos objetivos de intensificar la dimensión evangelizadora de la Iglesia y de ponernos al frente de un movimiento de conversión misionera de nuestras diócesis, tanto aquí como más allá de nuestras fronteras, para lo cual aspiramos a implicar a toda la comunidad cristiana, con una mirada llena de compasión y de misericordia hacia nuestro mundo; con realismo y confianza, pues la esperanza cristiana supera toda decepción, resignación o indiferencia, ya que nace de un amor apasionado a Jesucristo y de la caridad sincera y cordial con el prójimo.

Con la confianza de que la entera comunidad cristiana nos acompañe con su oración, nos ponemos bajo la protección de la Santísima Virgen María, en sus diversas advocaciones presentes en toda nuestra geografía, que S. Juan Pablo II en su última visita a nuestro país, calificó como “Tierra de María”. A su amor materno os confiamos y a la protección del Apóstol Santiago, a fin de que “por su martirio sea fortalecida la Iglesia y, por su patrocinio, España se mantenga fiel a Cristo hasta el final de los tiempos” (*Misal Romano*. Oración colecta de la solemnidad del Apóstol Santiago).

Madrid, 22 de abril de 2016

SECRETARIADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSAGRADA

VIDA CONTEMPLATIVA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA, HOY

La vida consagrada, en sus diversas formas, es una gracia con la que el Señor bendice a cada generación cristiana. Para todos es notorio el ardor evangelizador

de los misioneros, la paciente dedicación educativa con niños y jóvenes, la atención solícita hacia los pobres, el respetuoso cuidado de los ancianos o el acompañamiento consolador a los enfermos, por citar algunos de los ejemplos cotidianos de la misión de los consagrados.

Pero hay una presencia peculiar, en el corazón la Iglesia, que la sostiene con la imitación de Cristo orando en el monte: la vida consagrada contemplativa, a la que la Iglesia que peregrina en España dedica el domingo de la Santísima Trinidad.

El sentido de la vida contemplativa

La vida de los Institutos contemplativos expresa de un modo particular el Misterio pascual de Cristo: son comunidad orante que, con su esposo Jesucristo, se entrega sin reservas por amor, para gloria del Padre y salvación del mundo. Por eso se puede decir que si los contemplativos están, en cierto modo, en el corazón del mundo, se hallan mucho más en el corazón de la Iglesia.

Esta es la preciosa experiencia de una contemplativa, santa Teresa del Niño Jesús: Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Siento en mí la vocación de sacerdote.

¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...!

A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores... Tengo vocación de apóstol...

Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero, Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas...

Quisiera ser misionero no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

[...] Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocermé en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que solo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío, al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo...

El apostolado de los contemplativos

La vida específicamente contemplativa es de gran actualidad, pues a pesar de la urgente necesidad de apostolado activo, aquellos Institutos conservan siempre un lugar preeminente en el Cuerpo Místico de Cristo; sus miembros ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza y, produciendo frutos abundantísimos de santidad, son un honor y un ejemplo para el Pueblo de Dios que acrecientan con misteriosa fecundidad. Su apostolado primordial y fundamental consiste en su misma vida contemplativa, porque tal es su modo típico de ser Iglesia, de vivir en la Iglesia, de realizar la comunión con la Iglesia y de cumplir una misión dentro de la Iglesia.

Es en esta perspectiva, la vida de clausura tiene unas leyes y normas propias, que acogen libre y gozosamente quienes abrazan esta vocación. Con el debido respeto de la normativa eclesial, en fidelidad al espíritu propio y a las tradiciones de cada familia religiosa recogidas en sus Constituciones (por las que distinguimos dos tipos de clausura: papal o constitucional), los monasterios y conventos de vida contemplativa pueden abrirse a unas experiencias de ayuda y de participación en beneficio de los que viven fuera, sobre todo por medio de la ración y de la vida espiritual, pero también con determinadas obras docentes, asistenciales y de acogida.

La vida contemplativa en España

La presencia de la vida contemplativa en España es muy numerosa, hasta el punto de contar con un tercio del número total de monasterios de todo el mundo. El paisaje de toda la península está ornado por este vasto patrimonio, hasta en los lugares más recónditos.

La presencia más numerosa es de la vida contemplativa femenina, con un total de 784 monasterios femeninos y 8.672 monjas (datos de diciembre de 2015). Según la normativa eclesiástica vigente, estos monasterios son autónomos, con un víncu-

lo directo con el obispo de la diócesis en que se encuentran, o bien con el superior mayor del Instituto masculino de la familia religiosa a la que pertenecen.

Los monasterios masculinos se rigen por una normativa similar a la vida religiosa apostólica, lo que también se refleja en el apostolado que realizan. En la actualidad contamos en España con 35 monasterios masculinos y 481 monjes (datos de diciembre de 2015).

En este día tenemos también presente a los ermitaños y ermitañas, residentes en varias diócesis españolas. «Escondida a los ojos de los hombres, la vida del eremita es predicación silenciosa de aquel a quien ha dado su vida, porque, para él, lo es todo. Se trata de un llamamiento particular a encontrar en el desierto y en el combate espiritual la gloria del Crucificado» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 921).

La distribución de los monasterios en las 69 diócesis españolas es la siguiente:

Listado de monasterios femeninos por diócesis

Albacete	7
Alcalá de Henares	10
Almería	3
Astorga	8
Ávila	16
Barbastro-Monzón	3
Barcelona	19
Bilbao	14
Burgos	26
Cádiz y Ceuta	8
Calahorra y La Calzada-Logroño	13
Canarias	3
Cartagena	17
Ciudad Real	13
Ciudad Rodrigo	4
Córdoba	22
Coria-Cáceres	5
Cuenca	9
Getafe	12
Girona	8
Granada	22
Guadix	4

Huelva	4
Huesca	4
Ibiza	1
Jaca	1
Jaén	18
Jerez de la Frontera	14
León	11
Lleida	1
Lugo	5
Madrid	32
Málaga	19
Mallorca	8
Menorca	2
Mérida-Badajoz	14
Mondoñedo-Ferrol	5
Orense	4
Orihuela-Alicante	11
Osma-Soria	6
Oviedo	9
Palencia	14
Pamplona y Tudela	22
Plasencia	10
Salamanca	22
San Cristóbal de La Laguna, Tenerife	5
San Sebastián	23
Sant Feliu de Llobregat	4
Santander	11
Santiago de Compostela	14
Segorbe-Castellón	11
Segovia	14
Sevilla	37
Sigüenza-Guadalajara	12
Solsona	3
Tarazona	5
Tarragona	4
Terrassa	3
Teruel y Albarracín	3
Toledo	39

Tor tosa	10
Tui-Vigo	6
Urgell	1
Valencia	25
Valladolid	27
Vic	5
Vitoria	8
Zamora	15
Zaragoza	16

Listado de monasterios masculinos por diócesis

Barbastro-Monzón	1
Barcelona	1
Bilbao	1
Burgos	4
Calahorra y La Calzada-Logroño	1
Canarias	2
Cartagena	1
Córdoba	1
Girona	1
Lugo	1
Madrid	3
Mallorca	1
Orense	1
Orihuela-Alicante	2
Osma-Soria	1
Palencia	1
Pamplona y Tudela	2
San Cristóbal de La Laguna, Tenerife	1
San Sebastián	1
Sant Feliu de Llobregat	1
Santander	1
Santiago de Compostela	1
Segovia	1
Solsona	1
Tarragona	1
Valencia	1
Vitoria	1

Hagamos nuestro el deseo expresado por el santo padre Francisco en la última Jornada Pro orantibus (celebrada en Roma el pasado 21 de noviembre): «demos gracias al Señor por el don de la vocación de los hombres y de las mujeres que, en los monasterios y en las ermitas, han dedicado su vida a Dios. Para que las comunidades de clausura puedan cumplir su importante misión, en la oración y en el silencio activo, no les hagamos faltar nuestra cercanía espiritual y material».

FRANCISCO

Mensajes

**MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PASCUA 2016**

*Balcón central de la Basílica Vaticana
Domingo 27 de marzo de 2016*

*«Dad gracias al Señor porque es bueno
Porque es eterna su misericordia» (Sal 135,1)*

Queridos hermanos y hermanas, ¡Feliz Pascua!

Jesucristo, encarnación de la misericordia de Dios, ha muerto en cruz por amor, y por amor ha resucitado. Por eso hoy proclamamos: ¡Jesús es el Señor!

Su resurrección cumple plenamente la profecía del Salmo: «La misericordia de Dios es eterna», su amor es para siempre, nunca muere. Podemos confiar totalmente en él, y le damos gracias porque ha descendido por nosotros hasta el fondo del abismo.

Ante las simas espirituales y morales de la humanidad, ante al vacío que se crea en el corazón y que provoca odio y muerte, solamente una infinita misericordia puede darnos la salvación. Sólo Dios puede llenar con su amor este vacío, estas fosas, y hacer que no nos hundamos, y que podamos seguir avanzando juntos hacia la tierra de la libertad y de la vida.

El anuncio gozoso de la Pascua: Jesús, el crucificado, «no está aquí, ¡ha resucitado!» (Mt 28,6), nos ofrece la certeza consoladora de que se ha salvado el abismo de la muerte y, con ello, ha quedado derrotado el luto, el llanto y la angustia (cf. Ap 21,4). El Señor, que sufrió el abandono de sus discípulos, el peso de una condena injusta y la vergüenza de una muerte infame, nos hace ahora partícipes de su

vida inmortal, y nos concede su mirada de ternura y compasión hacia los hambrientos y sedientos, los extranjeros y los encarcelados, los marginados y descartados, las víctimas del abuso y la violencia. El mundo está lleno de personas que sufren en el cuerpo y en el espíritu, mientras que las crónicas diarias están repletas de informes sobre delitos brutales, que a menudo se cometen en el ámbito doméstico, y de conflictos armados a gran escala que someten a poblaciones enteras a pruebas indecibles.

Cristo resucitado indica caminos de esperanza a la querida Siria, un país desgarrado por un largo conflicto, con su triste rastro de destrucción, muerte, desprecio por el derecho humanitario y la desintegración de la convivencia civil. Encomendamos al poder del Señor resucitado las conversaciones en curso, para que, con la buena voluntad y la cooperación de todos, se puedan recoger frutos de paz y emprender la construcción una sociedad fraterna, respetuosa de la dignidad y los derechos de todos los ciudadanos. Que el mensaje de vida, proclamado por el ángel junto a la piedra removida del sepulcro, aleje la dureza de nuestro corazón y promueva un intercambio fecundo entre pueblos y culturas en las zonas de la cuenca del Mediterráneo y de Medio Oriente, en particular en Irak, Yemen y Libia. Que la imagen del hombre nuevo, que resplandece en el rostro de Cristo, fomente la convivencia entre israelíes y palestinos en Tierra Santa, así como la disponibilidad paciente y el compromiso cotidiano de trabajar en la construcción de los cimientos de una paz justa y duradera a través de negociaciones directas y sinceras. Que el Señor de la vida acompañe los esfuerzos para alcanzar una solución definitiva de la guerra en Ucrania, inspirando y apoyando también las iniciativas de ayuda humanitaria, incluida la de liberar a las personas detenidas.

Que el Señor Jesús, nuestra paz (cf. *Ef* 2,14), que con su resurrección ha vencido el mal y el pecado, avive en esta fiesta de Pascua nuestra cercanía a las víctimas del terrorismo, esa forma ciega y brutal de violencia que no cesa de derramar sangre inocente en diferentes partes del mundo, como ha ocurrido en los recientes atentados en Bélgica, Turquía, Nigeria, Chad, Camerún, Costa de Marfil y Iraq; que lleve a buen término el fermento de esperanza y las perspectivas de paz en África; pienso, en particular, en Burundi, Mozambique, la República Democrática del Congo y en el Sudán del Sur, lacerados por tensiones políticas y sociales.

Dios ha vencido el egoísmo y la muerte con las armas del amor; su Hijo, Jesús, es la puerta de la misericordia, abierta de par en par para todos. Que su mensaje paschal se proyecte cada vez más sobre el pueblo venezolano, en las difíciles condiciones en las que vive, así como sobre los que tienen en sus manos el destino del país, para que se trabaje en pos del bien común, buscando formas de diálogo y colaboración entre todos. Y que se promueva en todo lugar la cultura del encuentro,

la justicia y el respeto recíproco, lo único que puede asegurar el bienestar espiritual y material de los ciudadanos.

El Cristo resucitado, anuncio de vida para toda la humanidad que reverbera a través de los siglos, nos invita a no olvidar a los hombres y las mujeres en camino para buscar un futuro mejor. Son una muchedumbre cada vez más grande de emigrantes y refugiados —incluyendo muchos niños— que huyen de la guerra, el hambre, la pobreza y la injusticia social. Estos hermanos y hermanas nuestros, encuentran demasiado a menudo en su recorrido la muerte o, en todo caso, el rechazo de quien podrían ofrecerles hospitalidad y ayuda. Que la cita de la próxima Cumbre Mundial Humanitaria no deje de poner en el centro a la persona humana, con su dignidad, y desarrollar políticas capaces de asistir y proteger a las víctimas de conflictos y otras situaciones de emergencia, especialmente a los más vulnerables y los que son perseguidos por motivos étnicos y religiosos.

Que, en este día glorioso, «goce también la tierra, inundada de tanta claridad» (Pregón pascual), aunque sea tan maltratada y vilipendiada por una explotación ávida de ganancias, que altera el equilibrio de la naturaleza. Pienso en particular a las zonas afectadas por los efectos del cambio climático, que en ocasiones provoca sequía o inundaciones, con las consiguientes crisis alimentarias en diferentes partes del planeta.

Con nuestros hermanos y hermanas perseguidos por la fe y por su fidelidad al nombre de Cristo, y ante el mal que parece prevalecer en la vida de tantas personas, volvamos a escuchar las palabras consoladoras del Señor: «*No tengáis miedo. ¡Yo he vencido al mundo!*» (Jn 16,33). Hoy es el día brillante de esta victoria, porque Cristo ha derrotado a la muerte y su resurrección ha hecho resplandecer la vida y la inmortalidad (cf. 2 Tm 1,10). «Nos sacó de la esclavitud a la libertad, de la tristeza a la alegría, del luto a la celebración, de la oscuridad a la luz, de la servidumbre a la redención. Por eso decimos ante él: ¡Aleluya!» (Melitón de Sardes, Homilía Pascual).

A quienes en nuestras sociedades han perdido toda esperanza y el gusto de vivir, a los ancianos abrumados que en la soledad sienten perder vigor, a los jóvenes a quienes parece faltarles el futuro, a todos dirijo una vez más las palabras del Señor resucitado: «Mira, hago nuevas todas las cosas... al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente» (Ap 21,5-6). Que este mensaje consolador de Jesús nos ayude a todos nosotros a reanudar con mayor vigor y esperanza la construcción de caminos de reconciliación con Dios y con los hermanos. Lo necesitamos mucho.

Homilias

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS
Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de San Pedro
XXXI Jornada Mundial de la Juventud
Domingo 20 de marzo de 2016

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Cf. *Lc* 19,38), gritaba festiva la muchedumbre de Jerusalén recibiendo a Jesús. Hemos hecho nuestro aquel entusiasmo, agitando las palmas y los ramos de olivo hemos expresado la alabanza y el gozo, el deseo de recibir a Jesús que viene a nosotros. Sí, del mismo modo que entró en Jerusalén, desea también entrar en nuestras ciudades y en nuestras vidas. Así como lo ha hecho en el Evangelio, cabalgando sobre un asno, viene a nosotros humildemente, pero viene «en el nombre del Señor»: con el poder de su amor divino perdona nuestros pecados y nos reconcilia con el Padre y con nosotros mismos. Jesús está contento de la manifestación popular de afecto de la gente, y cuando los fariseos le invitan a que haga callar a los niños y a los otros que lo aclaman, responde: «si estos callan, gritarán las piedras» (*Lc* 19,40). Nada pudo detener el entusiasmo por la entrada de Jesús; que nada nos impida encontrar en él la fuente de nuestra alegría, de la alegría auténtica, que permanece y da paz; porque sólo Jesús nos salva de los lazos del pecado, de la muerte, del miedo y de la tristeza.

Sin embargo, la Liturgia de hoy nos enseña que el Señor no nos ha salvado con una entrada triunfal o mediante milagros poderosos. El apóstol Pablo, en la segunda lectura, sintetiza con dos verbos el recorrido de la redención: «se despojó» y «se humilló» a sí mismo (*Fil* 2,7.8). Estos dos verbos nos dicen hasta qué extremo ha llegado el amor de Dios por nosotros. Jesús se despojó de sí mismo: renunció a la gloria de Hijo de Dios y se convirtió en Hijo del hombre, para ser en todo solidario con nosotros pecadores, él que no conoce el pecado. Pero no solamente esto: ha vivido entre nosotros en una «condición de esclavo» (v. 7): no de rey, ni de príncipe, sino de esclavo. Se humilló y el abismo de su humillación, que la Semana Santa nos muestra, parece no tener fondo.

El primer gesto de este amor «hasta el extremo» (*Jn 13,1*) es el lavatorio de los pies. «El Maestro y el Señor» (*Jn 13,14*) se abaja hasta los pies de los discípulos, como solamente hacían lo siervos. Nos ha enseñado con el ejemplo que nosotros tenemos necesidad de ser alcanzados por su amor, que se vuelca sobre nosotros; no podemos prescindir de este, no podemos amar sin dejarnos amar antes por él, sin experimentar su sorprendente ternura y sin aceptar que el amor verdadero consiste en el servicio concreto.

Pero esto es solamente el inicio. La humillación de Jesús llega al extremo en la Pasión: es vendido por treinta monedas y traicionado por un beso de un discípulo que él había elegido y llamado amigo. Casi todos los otros huyen y lo abandonan; Pedro lo niega tres veces en el patio del templo. Humillado en el espíritu con bur-las, insultos y salvazos; sufre en el cuerpo violencias atroces, los golpes, los latigazos y la corona de espinas desfiguran su aspecto haciéndolo irreconocible. Sufre también la infamia y la condena inicua de las autoridades, religiosas y políticas: *es hecho pecado y reconocido injusto*. Pilato lo envía posteriormente a Herodes, y este lo devuelve al gobernador romano; mientras le es negada toda justicia, Jesús experimenta en su propia piel también la indiferencia, pues nadie quiere asumirse la responsabilidad de su destino. Pienso ahora en tanta gente, en tantos inmigrantes, en tantos prófugos, en tantos refugiados, en aquellos de los cuales muchos no quieren asumirse la responsabilidad de su destino. El gentío que apenas unos días antes lo aclamaba, transforma las alabanzas en un grito de acusación, prefiriendo incluso que en lugar de él sea liberado un homicida. Llega de este modo a la muerte en cruz, dolorosa e infamante, reservada a los traidores, a los esclavos y a los peores criminales. La soledad, la difamación y el dolor no son todavía el culmen de su anonadamiento. Para ser en todo solidario con nosotros, experimenta también en la cruz el misterioso abandono del Padre. Sin embargo, en el abandono, ora y confía: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23,46*). Suspendido en el patíbulo, además del escarnio, afronta la última tentación: la provocación a bajar de la cruz, a vencer el mal con la fuerza, y a mostrar el rostro de un Dios potente e invencible. Jesús en cambio, precisamente aquí, en el culmen del anonadamiento, revela el rostro auténtico de Dios, que es misericordia. Perdona a sus verdugos, abre las puertas del paraíso al ladrón arrepentido y toca el corazón del centurión. Si el misterio del mal es abismal, infinita es la realidad del Amor que lo ha atravesado, llegando hasta el sepulcro y los infiernos, asumiendo todo nuestro dolor para redimirlo, llevando luz donde hay tinieblas, vida donde hay muerte, amor donde hay odio.

Nos pude parecer muy lejano a nosotros el modo de actuar de Dios, que se ha humillado por nosotros, mientras a nosotros nos parece difícil incluso olvidarnos un

poco de nosotros mismos. Él viene a salvarnos; y nosotros estamos llamados a elegir su camino: el camino del servicio, de la donación, del olvido de uno mismo. Podemos encaminarnos por este camino deteniéndonos durante estos días a mirar el Crucifijo, es la “catedra de Dios”. Os invito en esta semana a mirar a menudo esta “Catedra de Dios”, para aprender el amor humilde, que salva y da la vida, para renunciar al egoísmo, a la búsqueda del poder y de la fama. Con su humillación, Jesús nos invita a caminar por su camino. Volvamos a él la mirada, pidamos la gracia de entender al menos un poco de este misterio de su anonadamiento por nosotros; y así, en silencio, contemplemos el misterio de esta semana.

SANTA MISA CRISMAL
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
Basílica Vaticana
Jueves Santo, 24 de marzo de 2016

Después de la lectura del pasaje de Isaías, al escuchar en labios de Jesús las palabras: «Hoy mismo se ha cumplido esto que acaban de oír», bien podría haber estado un aplauso en la Sinagoga de Nazaret. Y luego podrían haber llorado mansamente, con íntima alegría, como lloraba el pueblo cuando Nehemías y el sacerdote Esdras le leían el libro de la Ley que habían encontrado reconstruyendo el muro. Pero los evangelios nos dicen que hubo sentimientos encontrados en los paisanos de Jesús: le pusieron distancia y le cerraron el corazón. Primero, «todos hablaban bien de él, se maravillaban de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (Lc 4,22); pero después, una pregunta insidiosa fue ganando espacio: «¿No es este el hijo de José, el carpintero?». Y al final: «Se llenaron de ira» (Lc 4,28). Lo querían despeñar... Se cumplía así lo que el anciano Simeón le había profetizado a nuestra Señora: «Será bandera discutida» (Lc 2,34). Jesús, con sus palabras y sus gestos, hace que se muestre lo que cada hombre y mujer tiene en su corazón.

Y allí donde el Señor anuncia el evangelio de la Misericordia incondicional del Padre para con los más pobres, los más alejados y oprimidos, allí precisamente somos interpelados a optar, a «combatir el buen combate de la Fe» (1 Tm 6,12). La lucha del Señor no es contra los hombres sino contra el demonio (cf. Ef 6,12), enemigo de la humanidad. Pero el Señor «pasa en medio» de los que buscan detenerlo «y sigue su camino» (Lc 4,30). Jesús no confronta para consolidar un espa-

cio de poder. Si rompe cercos y cuestiona seguridades es para abrir una brecha al torrente de la Misericordia que, con el Padre y el Espíritu, desea derramar sobre la tierra. Una Misericordia que procede de bien en mejor: anuncia y trae algo nuevo: cura, libera y proclama el año de gracia del Señor.

La Misericordia de nuestro Dios es infinita e inefable y expresamos el dinamismo de este misterio como una Misericordia «siempre más grande», una Misericordia en camino, una Misericordia que cada día busca el modo de dar un paso adelante, un pasito más allá, avanzando sobre las tierras de nadie, en las que reinaba la indiferencia y la violencia.

Y así fue la dinámica del buen Samaritano que «practicó la misericordia» (*Lc* 10,37): se conmovió, se acercó al herido, vendó sus heridas, lo llevó a la posada, se quedó esa noche y prometió volver a pagar lo que se gastara de más. Esta es la dinámica de la Misericordia, que enlaza un pequeño gesto con otro, y sin maltratar ninguna fragilidad, se extiende un poquito más en la ayuda y el amor. Cada uno de nosotros, mirando su propia vida con la mirada buena de Dios, puede hacer un ejercicio con la memoria y descubrir cómo ha practicado el Señor su misericordia para con nosotros, cómo ha sido mucho más misericordioso de lo que creíamos y, así, animarnos a desear y a pedirle que dé un pasito más, que se muestre mucho más misericordioso en el futuro. «Muéstranos Señor tu misericordia» (*Sal* 85,8). Esta manera paradójica de rezar a un Dios siempre más misericordioso ayuda a romper esos moldes estrechos en los que tantas veces encasillamos la sobreabundancia de su Corazón. Nos hace bien salir de nuestros encierros, porque lo propio del Corazón de Dios es desbordarse de misericordia, desparramarse, derrochando su ternura, de manera tal que siempre sobre, ya que el Señor prefiere que se pierda algo antes de que falte una gota, que muchas semillas se la coman los pájaros antes de que se deje de sembrar una sola, ya que todas son capaces de portar fruto abundante, el 30, el 60 y hasta el ciento por uno.

Como sacerdotes, somos testigos y ministros de la Misericordia siempre más grande de nuestro Padre; tenemos la dulce y confortadora tarea de encarnarla, como hizo Jesús, que «pasó haciendo el bien» (*Hch* 10,38), de mil maneras, para que llegue a todos. Nosotros podemos contribuir a inculturarla, a fin de que cada persona la reciba en su propia *experiencia* de vida y así la pueda entender y practicar —creativamente— en el modo de ser propio de su pueblo y de su familia.

Hoy, en este Jueves Santo del Año Jubilar de la Misericordia, quisiera hablar de dos *ámbitos* en los que el Señor se excede en su Misericordia. Dado que es él quien nos da ejemplo, no tenemos que tener miedo a excedernos nosotros también: un ámbito es el del encuentro; el otro, el de su perdón que nos avergüenza y dignifica.

El primer ámbito en el que vemos que *Dios se excede* en una Misericordia siempre más grande, es en el *encuentro*. Él se da todo y de manera tal que, en todo encuentro, directamente pasa a celebrar una fiesta. En la parábola del Padre Misericordioso quedamos pasmados ante ese hombre que corre, conmovido, a echarse al cuello de su hijo; cómo lo abraza y lo besa y se preocupa de ponerle el anillo que lo hace sentir como igual, y las sandalias del que es hijo y no empleado; y luego, cómo pone a todos en movimiento y manda organizar una fiesta. Al contemplar siempre maravillados este derroche de alegría del Padre, a quien el regreso de su hijo le permite expresar su amor libremente, sin resistencias ni distancias, nosotros no debemos tener miedo a exagerar en nuestro agradecimiento. La actitud podemos tomarla de aquel pobre leproso, que al sentirse curado, deja a sus nueve compañeros que van a cumplir lo que les mandó Jesús y vuelve a arrodillarse a los pies del Señor, glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces.

La misericordia restaura todo y devuelve a las personas a su dignidad original. Por eso, el agradecimiento efusivo es la respuesta adecuada: hay que entrar rápido en la fiesta, ponerse el vestido, sacarse los enojos del hijo mayor, alegrarse y festejar... Porque sólo así, participando plenamente en ese ámbito de celebración, uno puede después pensar bien, uno puede pedir perdón y ver más claramente cómo podrá reparar el mal que hizo. Puede hacernos bien preguntarnos: Después de confesarme, ¿festejo? O paso rápido a otra cosa, como cuando después de ir al médico, uno ve que los análisis no dieron tan mal y los mete en el sobre y pasa a otra cosa. Y cuando doy una limosna, ¿le doy tiempo al otro a que me exprese su agradecimiento y festejo su sonrisa y esas bendiciones que nos dan los pobres, o sigo apurado con mis cosas después de «dejar caer la moneda»?

El otro ámbito en el que vemos que *Dios se excede* en una Misericordia siempre más grande, es el perdón mismo. No sólo perdona deudas incalculables, como al siervo que le suplica y que luego se mostrará mezquino con su compañero, sino que nos hace pasar directamente de la vergüenza más vergonzante a la dignidad más alta sin pasos intermedios. El Señor deja que la pecadora perdonada le lave familiarmente los pies con sus lágrimas. Apenas Simón Pedro le confiesa su pecado y le pide que se aleje, Él lo eleva a la dignidad de pescador de hombres. Nosotros, en cambio, tendemos a separar ambas actitudes: cuando nos avergonzamos del pecado, nos escondemos y andamos con la cabeza gacha, como Adán y Eva, y cuando somos elevados a alguna dignidad tratamos de tapar los pecados y nos gusta hacernos ver, casi pavonearnos.

Nuestra respuesta al perdón excesivo del Señor debería consistir en mantenernos siempre en *esa tensión sana entre una digna vergüenza y una avergonzada dignidad*: actitud de quien por sí mismo busca humillarse y abajarse, pero es capaz de

aceptar que el Señor lo ensalce en bien de la misión, sin creérselo. El modelo que el Evangelio consagra, y que puede servirnos cuando nos confesamos, es el de Pedro, que se deja interrogar prolijamente sobre su amor y, al mismo tiempo, renueva su aceptación del ministerio de pastorear las ovejas que el Señor le confía.

Para entrar más hondo en esta *avergonzada dignidad*, que nos salva de creernos, más o menos, de lo que somos por gracia, nos puede ayudar ver cómo en el pasaje de Isaías que el Señor lee hoy en su Sinagoga de Nazaret, el Profeta continúa diciendo: «Ustedes serán llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios» (Is 61,6). Es el pueblo pobre, hambreado, prisionero de guerra, sin futuro, sobrante y descartado, a quien el Señor convierte en pueblo sacerdotal.

Como sacerdotes, nos identificamos con ese pueblo descartado, al que el Señor salva y recordamos que hay multitudes incontables de personas pobres, ignorantes, prisioneras, que se encuentran en esa situación porque otros los oprimen. Pero también recordamos que cada uno de nosotros conoce en qué medida, tantas veces estamos ciegos de la luz linda de la fe, no por no tener a mano el evangelio sino por exceso de teologías complicadas. Sentimos que nuestra alma anda sedienta de espiritualidad, pero no por falta de Agua Viva —que bebemos sólo en sorbos—, sino por exceso de espiritualidades «gaseosas», de espiritualidades *light*. También nos sentimos prisioneros, pero no rodeados como tantos pueblos, por infranqueables muros de piedra o de alambrados de acero, sino por una mundanidad virtual que se abre o cierra con un simple *click*. Estamos oprimidos pero no por amenazas ni empujones, como tanta pobre gente, sino por la fascinación de mil propuestas de consumo que no nos podemos quitar de encima para caminar, libres, por los senderos que nos llevan al amor de nuestros hermanos, a los rebaños del Señor, a las ovejitas que esperan la voz de sus pastores.

Y Jesús viene a rescatarnos, a hacernos salir, para convertirnos de pobres y ciegos, de cautivos y oprimidos. en ministros de misericordia y consolación. Y nos dice, con las palabras del profeta Ezequiel al pueblo que se prostituyó y traicionó tanto a su Señor: «Yo me acordaré de la alianza que hice contigo cuando eras joven... Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella, cuando recibas a tus hermanas, las mayores y las menores, y yo te las daré como hijas, si bien no en virtud de tu alianza. Yo mismo restableceré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy el Señor. Así, cuando te haya perdonado todo lo que has hecho, te acordarás y te avergonzarás, y la vergüenza ya no te dejará volver a abrir la boca —oráculo del Señor—» (Ez 16,60-63).

En este Año Santo Jubilar, celebramos con todo el agradecimiento de que sea capaz nuestro corazón, a nuestro Padre, y le rogamos que «se acuerde siempre de su Misericordia»; recibimos con *avergonzada dignidad* la Misericordia en la carne

herida de nuestro Señor Jesucristo y le pedimos que nos lave de todo pecado y nos libre de todo mal; y con la gracia del Espíritu Santo nos comprometemos a comunicar la Misericordia de Dios a todos los hombres, practicando las obras que el Espíritu suscita en cada uno para el bien común de todo el pueblo fiel de Dios.

SANTA MISA IN COENA DOMINI
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

C.A.R.A. Auxilium

Castelnuovo di Porto (Roma)

Jueves Santo, 24 de marzo de 2016

Los gestos hablan más que las imágenes y las palabras. Los gestos. Hay, en esta Palabra de Dios que hemos leídos, dos gestos: Jesús que sirve, que lava los pies. Él, que era el jefe, lava los pies a los demás, a los suyos, a los más pequeños. El segundo gesto: Judas que se dirige a los enemigos de Jesús, a los que no quieren la paz con Jesús, para recoger el dinero con el que lo traicionó, las 30 monedas. Dos gestos. También hoy tenemos dos gestos: el primero es el de esta tarde: todos nosotros, juntos, musulmanes, hindúes, católicos, coptos, evangélicos, pero hermanos, hijos del mismo Dios, que queremos vivir en paz, integrados. El otro gesto es el de hace tres días: un gesto de guerra, de destrucción en una ciudad de Europa, de gente que no quiere vivir en paz. Pero detrás de ese gesto, como detrás de Judas, estaban otros. Detrás de Judas estaban los que dieron el dinero para que Jesús fuese entregado. Detrás de ese gesto de hace tres días en esa capital europea, están los fabricantes, los traficantes de armas que quieren la sangre, no la paz; que quieren la guerra, no la fraternidad.

Dos gestos iguales: por una parte Jesús lava los pies, mientras Judas vende a Jesús por dinero; y por otra parte vosotros, nosotros, todos juntos, de diversas religiones, diversas culturas, pero hijos del mismo Padre, hermanos, mientras que aquellos pobres hombres compran las armas para destruir la fraternidad. Hoy, en este momento, cuando yo realizaré el mismo gesto de Jesús de lavar los pies a vosotros doce, todos nosotros estamos realizando el gesto de la fraternidad, y todos nosotros decimos: «Somos distintos, somos diferentes, tenemos diferentes culturas y religiones, pero somos hermanos y queremos vivir en paz». Y este es el gesto que yo realizo hoy con vosotros. Cada uno de nosotros carga con una historia, cada uno de vosotros carga con una historia: muchas cruces, muchos dolores, pero también tienen un corazón abierto que quiere la fraternidad. Cada uno, en su lengua religiosa, ore al Señor para que esta fraternidad contagie el mundo, para que no existan las 30 monedas para matar al hermano, para que siempre exista la fraternidad y la bondad. Así sea.

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Sábado Santo, 26 de marzo de 2016

«Pedro fue corriendo al sepulcro» (Lc 24,12). ¿Qué pensamientos bullían en la mente y en el corazón de Pedro mientras corría? El Evangelio nos dice que los Once, y Pedro entre ellos, no creyeron el testimonio de las mujeres, su anuncio pascual. Es más, «lo tomaron por un delirio» (v.11). En el corazón de Pedro había por tanto duda, junto a muchos sentimientos negativos: la tristeza por la muerte del Maestro amado y la desilusión por haberlo negado tres veces durante la Pasión.

Hay en cambio un detalle que marca un cambio: Pedro, después de haber escuchado a las mujeres y de no haberlas creído, «sin embargo, se levantó» (v.12). No se quedó sentado a pensar, no se encerró en casa como los demás. No se dejó atrapar por la densa atmósfera de aquellos días, ni dominar por sus dudas; no se dejó hundir por los remordimientos, el miedo y las continuas habladurías que no llevan a nada. Buscó a Jesús, no a sí mismo. Prefirió la vía del encuentro y de la confianza y, tal como estaba, se levantó y corrió hacia el sepulcro, de dónde regresó «admirándose de lo sucedido» (v.12). Este fue el comienzo de la «resurrección» de Pedro, la resurrección de su corazón. Sin ceder a la tristeza o a la oscuridad, se abrió a la voz de la esperanza: dejó que la luz de Dios entrara en su corazón sin apagarla.

También las mujeres, que habían salido muy temprano por la mañana para realizar una obra de misericordia, para llevar los aromas a la tumba, tuvieron la misma experiencia. Estaban «despavoridas y mirando al suelo», pero se impresionaron cuando oyeron las palabras del ángel: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (v.5).

Al igual que Pedro y las mujeres, tampoco nosotros encontraremos la vida si permanecemos tristes y sin esperanza y encerrados en nosotros mismos. Abramos en cambio al Señor nuestros sepulcros sellados —cada uno de nosotros los conoce—, para que Jesús entre y lo llene de vida; llevémosle las piedras del rencor y las losas del pasado, las rocas pesadas de las debilidades y de las caídas. Él desea venir y tomarnos de la mano, para sacarnos de la angustia. Pero la primera piedra que debemos remover esta noche es ésta: la falta de esperanza que nos encierra en nosotros mismos. Que el Señor nos libre de esta terrible trampa de ser cristianos sin esperanza, que viven como si el Señor no hubiera resucitado y nuestros problemas fueran el centro de la vida.

Continuamente vemos, y veremos, problemas cerca de nosotros y dentro de nosotros. Siempre los habrá, pero en esta noche hay que iluminar esos problemas con la luz del Resucitado, en cierto modo hay que «evangelizarlos». Evangelizar los problemas. No permitamos que la oscuridad y los miedos atraigan la mirada del alma y se apoderen del corazón, sino escuchemos las palabras del Ángel: el Señor «no está aquí. Ha resucitado» (v.6); Él es nuestra mayor alegría, siempre está a nuestro lado y nunca nos defraudará.

Este es el fundamento de la esperanza, que no es simple optimismo, y ni siquiera una actitud psicológica o una hermosa invitación a tener ánimo. La esperanza cristiana es un don que Dios nos da si salimos de nosotros mismos y nos abrimos a él. Esta esperanza no defrauda porque el Espíritu Santo ha sido infundido en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5). El Paráclito no hace que todo parezca bonito, no elimina el mal con una varita mágica, sino que infunde la auténtica fuerza de la vida, que no consiste en la ausencia de problemas, sino en la seguridad de que Cristo, que por nosotros ha vencido el pecado, ha vencido la muerte, ha vencido el miedo, siempre nos ama y nos perdona. Hoy es la fiesta de nuestra esperanza, la celebración de esta certeza: nada ni nadie nos podrá apartar nunca de su amor (cf. *Rm* 8,39).

El Señor está vivo y quiere que lo busquemos entre los vivos. Después de haberlo encontrado, invita a cada uno a llevar el anuncio de Pascua, a *suscitar y resucitar la esperanza* en los corazones abrumados por la tristeza, en quienes no consiguen encontrar la luz de la vida. Hay tanta necesidad de ella hoy. Olvidándonos de nosotros mismos, como *siervos alegres de la esperanza*, estamos llamados a anunciar al Resucitado con la vida y mediante el amor; si no es así seremos un organismo internacional con un gran número de seguidores y buenas normas, pero incapaz de apagar la sed de esperanza que tiene el mundo.

¿Cómo podemos alimentar nuestra esperanza? La liturgia de esta noche nos propone un buen consejo. Nos enseña a *hacer memoria* de las obras de Dios. Las lecturas, en efecto, nos han narrado su fidelidad, la historia de su amor por nosotros. La Palabra viva de Dios es capaz de implicarnos en esta historia de amor, alimentando la esperanza y reavivando la alegría. Nos lo recuerda también el Evangelio que hemos escuchado: los ángeles, para infundir la esperanza en las mujeres, dicen: «Recordad cómo [Jesús] os habló» (v.6). Hacer memoria de las palabras de Jesús, hacer memoria de todo lo que él ha hecho en nuestra vida. No olvidemos su Palabra y sus obras, de lo contrario perderemos la esperanza y nos convertiremos en cristianos sin esperanza; hagamos en cambio memoria del Señor, de su bondad y de sus palabras de vida que nos han conmovido; recordémoslas y hagámoslas

nuestras, para ser centinelas del alba que saben descubrir los signos del Resucitado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo ha resucitado! Y nosotros tenemos la posibilidad de abrirnos y de recibir su don de esperanza. Abrámonos a la esperanza y pongámonos en camino; que el recuerdo de sus obras y de sus palabras sea la luz resplandeciente que oriente nuestros pasos confiadamente hacia esa Pascua que no conocerá ocaso.

JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA
JUBILEO DE LA DIVINA MISERICORDIA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de San Pedro
Domingo 3 de abril de 2016

«Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos» (*Jn 20,30*). El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo *un libro abierto*, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy. Lo podemos hacer realizando las obras de misericordia corporales y espirituales, que son *el estilo de vida del cristiano*. Por medio de estos gestos sencillos y fuertes, a veces hasta invisibles, podemos visitar a los necesitados, llevándoles la ternura y el consuelo de Dios. Se sigue así aquello que cumplió Jesús en el día de Pascua, cuando derramó en los corazones de los discípulos temerosos la misericordia del Padre, exhaló sobre ellos el Espíritu Santo que perdona los pecados y da la alegría.

Sin embargo, en el relato que hemos escuchado surge un contraste evidente: está *el miedo* de los discípulos que cierran las puertas de la casa; por otro lado, *la misión* de parte de Jesús, que los envía al mundo a llevar el anuncio del perdón. Este contraste puede manifestarse también en nosotros, una lucha interior entre el corazón cerrado y la llamada del amor a abrir las puertas cerradas y a salir de nosotros mismos. Cristo, que por amor entró a través de las puertas cerradas del pecado, de la muerte y del infierno, desea entrar también en cada uno para abrir de par en par las puertas cerradas del corazón. Él, que con la resurrección venció el miedo y el temor que nos aprisiona, quiere abrir nuestras puertas cerradas y enviarnos. El camino que el Maestro resucitado nos indica es de una sola vía, va en una única

dirección: salir de nosotros mismos, salir para dar testimonio de la fuerza sanadora del amor que nos ha conquistado. Vemos ante nosotros una humanidad continuamente herida y temerosa, que tiene las cicatrices del dolor y de la incertidumbre. Ante el sufrido grito de misericordia y de paz, escuchamos hoy la invitación esperanzadora que Jesús dirige a cada uno de nosotros: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21).

Toda enfermedad puede encontrar en la misericordia de Dios una ayuda eficaz. De hecho, su misericordia no se queda lejos: desea salir al encuentro de todas las pobreza y liberar de tantas formas de esclavitud que afligen a nuestro mundo. Quiere llegar a las heridas de cada uno, para curarlas. Ser *apóstoles de misericordia* significa tocar y acariciar sus llagas, presentes también hoy en el cuerpo y en el alma de muchos hermanos y hermanas suyos. Al curar estas heridas, confesamos a Jesús, lo hacemos presente y vivo; permitimos a otros que toquen su misericordia y que lo reconozcan como «Señor y Dios» (cf. v. 28), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que se nos confía. Muchas personas piden ser *escuchadas y comprendidas*. El Evangelio de la misericordia, para anunciarlo y escribirlo en la vida, busca personas con el corazón paciente y abierto, “buenos samaritanos” que conocen la compasión y el silencio ante el misterio del hermano y de la hermana; pide siervos generosos y alegres que aman gratuitamente sin pretender nada a cambio.

«Paz a vosotros» (v. 21): es el saludo que Cristo trae a sus discípulos; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión de algo malo: es *su paz*, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza. Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua. Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

En el Salmo responsorial se ha proclamado: «Su amor es para siempre» (117/118,2). Es verdad, la misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este “*para siempre*” encontramos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos seguros que Dios no nos abandona. Él permanece con nosotros *para siempre*. Le agradecemos su amor tan inmenso, que no podemos comprender: es tan grande. Pidamos la gracia de no cansarnos nunca de acudir a la misericordia del Padre y de

llevarla al mundo; pidamos ser nosotros mismos misericordiosos, para difundir en todas partes la fuerza del Evangelio, para escribir aquellas paginas del Evangelio que el apóstol Juan no ha escrito.

Audiencias

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 2 de marzo de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hablando de la misericordia divina, hemos recordado en más de una ocasión la figura del padre de familia, que ama a sus hijos, les ayuda, se ocupa de ellos, los perdona. Y como padre, los educa y los corrige cuando se equivocan, favoreciendo su crecimiento en el bien.

Así se presenta a Dios en el primer capítulo del profeta Isaías, donde el Señor, como padre afectuoso pero también atento y severo, se dirige a Israel acusándolo de infidelidad y corrupción, para llevarlo nuevamente por el camino de la justicia. Inicia así nuestro texto:

«Oíd, cielos, escucha, tierra,
que habla el Señor:
“Hijos crié y saqué adelante,
y ellos se rebelaron contra mí.
Conoce el buey a su dueño
y el asno el pesebre de su amo.
Israel no conoce,
mi pueblo no discierne”» (1, 2-3).

Dios, mediante el profeta, habla al pueblo con la amargura de un padre desilusionado: crió a sus hijos, y ahora ellos se rebelaron contra Él. Hasta los animales son fieles a su dueño y reconocen la mano que los nutre; el pueblo, en cambio, ya no reconoce a Dios, no quiere comprender. Incluso herido, Dios deja que hable el amor, y hace un llamamiento a la conciencia de estos hijos que se han desviado para que se conviertan y permitan ser amados de nuevo. ¡Esto es lo que hace Dios! Viene a nuestro encuentro para que nos dejemos amar por Él, por nuestro Dios.

La relación padre-hijo, a la que con frecuencia hacen referencia los profetas para hablar de la relación de alianza entre Dios y su pueblo, se ha desnaturalizado. La misión educativa de los padres se orienta a hacer que crezcan en la libertad, que sean responsables, capaces de realizar obras de bien para sí y para los demás. En cambio, a causa del pecado, la libertad se convierte en pretensión de autonomía, pretensión de orgullo, y el orgullo lleva a la contraposición y a la ilusión de autosuficiencia.

He aquí, entonces, que Dios vuelve a llamar a su pueblo: «Os habéis equivocado de camino». Afectuosa y amargamente dice «mi» pueblo. Dios nunca reniega de nosotros; nosotros somos su pueblo, el más malo de los hombres, la más mala de las mujeres, los más malos de los pueblos son sus hijos. Y este es Dios: ¡jamás, jamás reniega de nosotros! Dice siempre: «Hijo, ven». Y este es el amor de nuestro Padre; esta es la misericordia de Dios. Tener un padre así nos da esperanza, nos da confianza. Esta pertenencia debería ser vivida en la confianza y en la obediencia, con la consciencia de que todo es don que viene del amor del Padre. Y, en cambio, he aquí la vanidad, la necedad y la idolatría.

Por ello, ahora el profeta se dirige directamente a este pueblo con palabras severas para ayudarlo a comprender la gravedad de su culpa:

«¡Ay, gente pecadora [...] hijo de perdición! /
Han dejado al Señor,
han despreciado al Santo de Israel,
se han vuelto de espaldas» (v. 4).

La consecuencia del pecado es un estado de sufrimiento, del cual también sufre las consecuencias el país, devastado y desolado como un desierto, al punto que Sión —es decir Jerusalén— llega a ser inhabitable. Donde hay rechazo de Dios, de su paternidad, ya no hay vida posible, la existencia pierde sus raíces, todo se presenta pervertido y aniquilado. Sin embargo, también este momento doloroso se da con vistas a la salvación. La prueba se presenta para que el pueblo pueda experimentar la amargura de quien abandona a Dios, y, así, confrontarse con el vacío desolador de una elección de muerte. El sufrimiento, consecuencia inevitable de una decisión autodestructiva, debe hacer reflexionar al pecador para abrirlo a la conversión y al perdón.

Y este es el camino de la misericordia divina: Dios no nos trata según nuestras culpas (cf. *Sal* 103, 10). El castigo se convierte en instrumento para provocar la reflexión. Se comprende así que Dios perdona a su pueblo, lo dispensa y no destruye todo, sino que deja siempre abierta la puerta a la esperanza. La salvación

implica la decisión de escuchar y dejarse convertir, pero es siempre don gratuito. Así, pues, el Señor, en su misericordia, indica un camino que no es el de los sacrificios rituales, sino más bien el de la justicia. El culto es criticado no por ser inútil en sí mismo, sino porque, en lugar de expresar la conversión, pretende sustituirla; y se convierte de ese modo en búsqueda de la propia justicia, creando la engañosa convicción de que son los sacrificios los que salvan, no la misericordia divina que perdona el pecado. Para entenderlo bien: cuando uno está enfermo va al médico; cuando uno se siente pecador va al Señor. Pero si en lugar de ir al médico, va a ver a un brujo no se cura. Muchas veces no vamos al Señor, sino que preferimos ir por caminos equivocados, buscando fuera de Él una justificación, justicia, paz. A Dios, dice el profeta Isaías, no le gusta la sangre de toros y de corderos (v. 11), sobre todo si la ofrenda se hizo con manos sucias de la sangre de los hermanos (v. 15). Pienso en algunos bienhechores de la Iglesia que vienen con su limosna — «Tome para la Iglesia este donativo»— que es fruto de la sangre de mucha gente explotada, maltratada y esclavizada con el trabajo mal pagado. A esta gente le digo: «Por favor, llévate tu cheque, quémalo». El pueblo de Dios, es decir la Iglesia, no necesita dinero sucio, necesita corazones abiertos a la misericordia de Dios. Hay que acercarse a Dios con manos purificadas, evitando el mal y practicando el bien y la justicia. Es hermoso cómo termina el profeta:

«Desistid de hacer el mal
aprended a hacer el bien,
buscad lo justo,
dad sus derechos al oprimido,
haced justicia al huérfano,
abogad por la viuda» (vv. 16-17).

Pensad en los numerosos refugiados que desembarcan en Europa y no saben a dónde ir. Entonces, dice el Señor, los pecados, incluso si fueren como la grana, llegarán a ser blancos como la nieve, y cándidos como la lana, y el pueblo podrá alimentarse con los bienes de la tierra y vivir en paz (vv. 18-19). Es este el milagro del perdón que Dios, el perdón que Dios como Padre, quiere donar a su pueblo. La misericordia de Dios se ofrece a todos, y estas palabras del profeta son válidas también hoy para todos nosotros, llamados a vivir como hijos de Dios.

AUDIENCIA JUBILAR
Sábado 12 de marzo de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Nos estamos acercando a la fiesta de Pascua, misterio central de nuestra fe. El evangelio de Juan —como hemos escuchado— narra que antes de morir y resucitar por nosotros, Jesús realizó un gesto que quedó esculpido en la memoria de los discípulos: el lavatorio de los pies. Un gesto inesperado y sorprendente, al punto que Pedro no quería aceptarlo. Quisiera detenerme en las palabras finales de Jesús: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? [...] Pues si yo, el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también deberéis lavaros los pies unos a los otros» (13, 12.14). De este modo Jesús le indica a sus discípulos *el servicio* como el camino que es necesario recorrer para vivir la fe en Él y dar testimonio de su amor. El mismo Jesús ha aplicado a sí la imagen del «Siervo de Dios» utilizada por el profeta Isaías. ¡Él que es el Señor, se hace siervo!

Lavando los pies a los apóstoles, Jesús quiso revelar el modo de actuar de Dios en relación a nosotros, y dar el ejemplo de su «mandamiento nuevo» (*Jn* 13, 34) de amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, o sea dando la vida por nosotros. El mismo Juan lo escribe en su Primera Carta: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos [...] Hijos míos, no amemos de palabras ni de boca, sino con obras y según la verdad (3, 16.18).

El amor, por lo tanto, es el *servicio concreto* que nos damos los unos a los otros. El amor no son palabras, son obras y servicio; un servicio *humilde*, hecho en el *silencio* y *escondido*, como Jesús mismo dijo: «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» (*Mt* 6, 3). Esto comporta poner a disposición los dones que el Espíritu Santo nos ha dado, para que la comunidad pueda crecer (cf. *1 Cor* 12, 4-11). Además se expresa en el *compartir* los bienes materiales, para que nadie tenga necesidad. Este gesto de *compartir* y de dedicarse a los necesitados es un estilo de vida que Dios sugiere también a muchos no cristianos, como un camino de auténtica humanidad.

Por último, no nos olvidemos que lavando los pies a los discípulos y pidiéndoles que hagan lo mismo, Jesús también nos ha invitado a confesarnos mutuamente nuestras faltas y a rezar los unos por los otros, para saber perdonarnos de corazón. En este sentido, recordamos las palabras del santo obispo Agustín cuando escribía: «No desdeñe el cristiano hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo se inclina hasta los pies del hermano, también el corazón se enciende, o si ya estaba

se alimenta el sentimiento de humildad [...] Perdonémonos mutuamente nuestros errores y recemos mutuamente por nuestras culpas y así de algún modo nos lavaremos los pies mutuamente» (*In Joh 58, 4-5*). El amor, la caridad es el servicio, ayudar a los demás, servir a los demás. Hay mucha gente que pasa la vida así, sirviendo a los otros. La semana pasada recibí una carta de una persona que me agradecía por el Año de la Misericordia; me pedía rezar por ella, para que pudiera estar más cerca del Señor. La vida de esta persona es cuidar a la mamá y al hermano: la mamá en cama, anciana, lúcida pero no se puede mover y el hermano es discapacitado, en una silla de ruedas. Esta persona, su vida es servir, ayudar. ¡Y esto es amor! ¡Cuando te olvidas de ti mismo y piensas en los demás, esto es amor! Y con el lavatorio de los pies el Señor nos enseña a ser servidores, más aún: siervos, como Él ha sido siervo para nosotros, para cada uno de nosotros.

Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas, *ser misericordiosos como el Padre, significa seguir a Jesús en el camino del servicio*. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL *Miércoles 16 de marzo de 2016*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el libro del profeta Jeremías, los capítulos 30 y 31 son los llamados «Libro de la consolación», ya que en ellos la misericordia de Dios se presenta con toda su capacidad para confortar y abrir el corazón de los afligidos a la esperanza. Hoy también nosotros queremos escuchar este mensaje de consuelo.

Jeremías se dirige a los israelitas que habían sido deportados en una tierra extranjera y les anuncia el regreso a su patria. Esta vuelta es signo del amor infinito de Dios Padre que no abandona a sus hijos, sino que los cuida y los salva. El exilio fue una experiencia devastadora para Israel. La fe vacilaba porque en tierra extranjera, sin el templo, sin el culto, tras haber visto el país destruido, era difícil seguir creyendo en la bondad del Señor. Me hace recordar a la vecina Albania y cómo después de tanta persecución y destrucción consiguió levantarse con dignidad y con fe. Así habían sufrido los israelitas en el exilio.

También nosotros podemos vivir a veces algún tipo de exilio, cuando la soledad, el sufrimiento, la muerte, nos hace pensar que hemos sido abandonados por Dios. Cuántas veces hemos escuchado estas palabras: «Dios se ha olvidado de mí». Son personas que sufren y se sienten abandonadas. Y ¡cuántos de nuestros hermanos están viviendo en este tiempo una real y dramática situación de exilio, lejos de su tierra natal, con los ojos todavía entre los escombros de sus casas, en el corazón el

miedo y, a menudo, por desgracia, el dolor por la pérdida de seres queridos ! En estos casos uno puede preguntarse: ¿dónde está Dios? ¿Cómo es posible que tanto sufrimiento pueda golpear a hombres, mujeres y niños inocentes? Y cuando tratan de entrar en algún otro lugar les cierran la puerta. Están ahí, en la frontera debido a que muchas puertas y muchos corazones están cerrados. Los migrantes de hoy que sufren el frío, sin comida y que no pueden entrar, no se sienten acogidos. ¡Me encanta ver a las naciones, los gobernantes que abren el corazón y abren las puertas!

El profeta Jeremías nos da una primera respuesta. El pueblo exiliado podrá volver a ver su tierra y experimentar la misericordia del Señor. Es el gran anuncio de consolación: Tampoco hoy Dios está ausente en estas situaciones dramáticas. Dios está cerca y hace grandes obras de salvación para quien confía en Él. No debemos caer en la desesperación, sino seguir estando seguros de que el bien vence al mal y que el Señor enjugará toda lágrima, y nos liberará de todo miedo. Por consiguiente Jeremías presta su voz a las palabras de amor de Dios por su pueblo:

«Con amor eterno te he amado:
por eso he reservado gracia para ti.
Volveré a edificarte y serás reedificada,
virgen de Israel;
aún volverás a tener el adorno de tus adufes,
y saldrás a bailar entre gentes festivas» (31, 3-4).

El Señor es fiel, no abandona en la desolación. Dios ama con un amor sin fin, que ni siquiera el pecado puede frenar, y gracias a Él el corazón humano se llena de alegría y consuelo.

El sueño consolador del regreso a la patria continúa en las palabras del profeta, que dirigiéndose a quienes volverán a Jerusalén dice:

«Vendrán y harán hurras en la cima de Sión
y acudirán al regalo de Yahveh:
al grano, al mosto, y al aceite virgen,
a las crías de ovejas y de vacas,
y será su alma como huerto empapado,
no volverán a estar ya macilentos» (31, 12).

En la alegría y el agradecimiento, los exiliados volverán a Sión, subiendo el monte santo hacia la casa de Dios, y así podrán de nuevo elevar himnos y oraciones al Señor que los liberó. Este retorno a Jerusalén y a sus bienes se describe con un verbo que significa literalmente «afluir, fluir». El pueblo se ve, en un movimiento paradójico, como un río que fluye hacia lo alto de Sión, volviendo a subir hacia la

cima del monte. ¡Una imagen audaz para decir lo grande que es la misericordia del Señor!

La tierra, que el pueblo había tenido que abandonar, se había convertido en presa de los enemigos y había sido desolada. Ahora, sin embargo, vuelve a la vida y reflorece. Y los propios exiliados serán como un jardín regado, como una tierra fértil. Israel, traído a casa por su Señor, asiste a la victoria de la vida sobre la muerte y de la bendición sobre la maldición.

Así es como el pueblo es fortalecido y consolado por Dios. Esta palabra es importante: ¡consolado! Los que vuelven reciben vida de una fuente que gratuitamente los riega.

En este punto, el profeta anuncia la plenitud de la alegría, y siempre en nombre de Dios proclama:

«Cambiaré su duelo en regocijo,
y les consolaré y alegraré de su tristeza» (31, 13).

El salmo nos dice que cuando regresen a su patria la boca se cubrirá de una sonrisa: ¡es una alegría tan grande! Es el regalo que el Señor también nos quiere hacer a cada uno de nosotros, con su perdón que convierte y reconcilia.

El profeta Jeremías nos lo ha anunciado, presentando el regreso de los exiliados como un gran símbolo de consuelo dado al corazón que se convierte. El Señor Jesús, por su parte, ha llevado a plenitud este mensaje del profeta. El verdadero y radical regreso del exilio y la luz reconfortante después de la oscuridad de la crisis de fe, se realiza en la Pascua, en la experiencia plena y definitiva del amor de Dios, amor misericordioso que da alegría, paz y vida eterna.

AUDIENCIA GENERAL *Miércoles 23 de marzo de 2016*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Nuestra reflexión sobre la misericordia de Dios nos introduce hoy en el Triduo Pascual. Viviremos el Jueves, Viernes y Sábado santo como momentos fuertes que nos permiten entrar cada vez más en el gran misterio de nuestra fe: la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Todo, en estos tres días, habla de la misericordia, porque hace visible hasta dónde puede llegar el amor de Dios. Escucharemos el relato de los últimos días de vida de Jesús. El evangelista Juan nos ofrece la clave para entender el sentido profundo: «Habiendo amado a los suyos que es-

taban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn* 13, 1). El amor de Dios no tiene límites. Como repetía con frecuencia san Agustín, es un amor que llega «hasta el fin sin fin». Dios realmente se da todo por cada uno de nosotros y no se guarda nada. El misterio que adoramos en esta Semana Santa es una gran historia de amor que no conoce obstáculos. La Pasión de Jesús dura hasta el fin del mundo, porque es una historia del compartir el sufrimiento de toda la humanidad y una presencia permanente en los acontecimientos de la vida personal de cada uno de nosotros. En resumen, el Triduo Pascual es memorial de un drama de amor que nos dona la certeza de que nunca seremos abandonados en las pruebas de la vida. El *Jueves santo* Jesús instituye la Eucaristía, anticipando en el banquete pascual su sacrificio en el Gólgota. Para hacer comprender a sus discípulos el amor que lo anima, lava sus pies, ofreciendo una vez más el ejemplo en primera persona de cómo ellos mismos debían actuar. La Eucaristía es el amor que se hace servicio. Es la presencia sublime de Cristo que desea alimentar a cada hombre, sobre todo a los más débiles, para hacerles capaces de un camino de testimonio entre las dificultades del mundo. No sólo. En el darse a nosotros como alimento, Jesús atestigua que debemos aprender a compartir con los demás este alimento para que se convierta en una verdadera comunión de vida con cuantos están en la necesidad. Él se dona a nosotros y nos pide permanecer en Él para hacer lo mismo.

El *Viernes santo* es el momento culminante del amor. La muerte de Jesús, que en la cruz se abandona al Padre para ofrecer la salvación al mundo entero, expresa el amor donado hasta el final sin fin. Un amor que busca abrazar a todos, sin excepción. Un amor que se extiende a todo tiempo y a todo lugar: una fuente inagotable de salvación a la cual cada uno de nosotros, pecadores, puede acceder. Si Dios nos ha demostrado su amor supremo en la muerte de Jesús, entonces también nosotros, regenerados por el Espíritu Santo, podemos y debemos amarnos los unos a los otros.

Y, finalmente, el *Sábado santo* es el día del silencio de Dios. Debe ser un día de silencio, y nosotros debemos hacer de todo para que para nosotros sea una jornada de silencio, como fue en ese tiempo: el día del silencio de Dios. Jesús puesto en el sepulcro comparte con toda la humanidad el drama de la muerte. Es un silencio que habla y expresa el amor como solidaridad con los abandonados de siempre, que el Hijo de Dios alcanza colmando el vacío que sólo la misericordia infinita del Padre Dios puede llenar. Dios calla, pero por amor. En este día el amor —ese amor silencioso— se vuelve espera de la vida en la resurrección. Pensemos, el *Sábado santo*: nos hará bien pensar en el silencio de la Virgen, «la Creyente», que en silencio esperaba la Resurrección. La Virgen deberá ser el icono, para nosotros, de ese *Sábado santo*. Pensad mucho cómo la Virgen vivió ese *Sábado santo*; en

espera. Es el amor que no duda, sino que espera en la palabra del Señor, para que se haga manifiesta y resplandeciente el día de Pascua.

Es todo un gran misterio de amor y de misericordia. Nuestras palabras son pobres e insuficientes para expresarlo plenamente. Nos puede ayudar la experiencia de una muchacha, no muy conocida, que ha escrito páginas sublimes sobre el amor de Cristo. Se llamaba Juliana de Norwich; era analfabeta, esta joven que tuvo visiones de la Pasión de Jesús y que luego, en la cárcel, describió con lenguaje sencillo, pero profundo e intenso, el sentido del amor misericordioso. Decía así: «Entonces nuestro buen Señor me preguntó: “¿Estás contenta que yo haya sufrido por ti?”. Yo dije: “Sí, buen Señor, y te agradezco muchísimo; sí, buen Señor, que Tú seas bendito”. Entonces Jesús, nuestro buen Señor, dice: “Si tú estás contenta, también yo lo estoy. El haber sufrido la pasión por ti es para mí una alegría, una felicidad, un gozo eterno; y si pudiera sufrir más lo haría”». Este es nuestro Jesús, que a cada uno de nosotros dice: «Si pudiera sufrir más por ti, lo haría».

¡Qué bonitas son estas palabras! Nos permiten entender de verdad el amor inmenso y sin límites que el Señor tiene por cada uno de nosotros. Dejémosnos envolver por esta misericordia que nos viene al encuentro; y que en estos días, mientras mantenemos fija la mirada en la pasión y la muerte del Señor, acojamos en nuestro corazón la grandeza de su amor y, como la Virgen el Sábado, en silencio, a la espera de la Resurrección.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 30 de marzo de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Terminamos hoy las catequesis sobre la misericordia en el Antiguo Testamento, y lo hacemos meditando sobre el salmo 51, llamado *Miserere*. Se trata de una oración penitencial, en la cual la petición de perdón está precedida por la confesión de la culpa y en la cual el orante, dejándose purificar por el amor del Señor, se vuelve una nueva criatura, capaz de obediencia, de firmeza de espíritu, y de alabanza sincera.

El «título» que la antigua tradición judía ha puesto a este salmo hace referencia al rey David y a su pecado con Betsabé, la esposa de Urías el hitita. Conocemos bien la historia. El rey David, llamado por Dios para apacentar al pueblo y guiarlo por los caminos de la obediencia a la Ley divina, traiciona su misión y, tras haber cometido adulterio con Betsabé, hace asesinar al marido. ¡Qué feo pecado! El profeta Natán le desvela su culpa y le ayuda a reconocerla. Es el momento de la recon-

ciliación con Dios, en la confesión del propio pecado. ¡Y aquí David fue humilde y grande! Quien reza con este salmo está invitado a tener los mismos sentimientos de arrepentimiento y de confianza en Dios que tuvo David cuando se arrepintió, y aun siendo rey, se humilló sin tener temor de confesar la culpa y mostrar la propia miseria al Señor, convencido de la certeza de su misericordia. Y no era un pecado pequeño, una pequeña mentira, lo que había hecho: ¡había cometido un adulterio y un asesinato!

El salmo inicia con estas palabras de súplica:

«Tenme piedad, oh Dios, según tu amor
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
y de mi pecado purifícame» (vv. 3-4).

La invocación está dirigida al Dios de misericordia para que, movido por un gran amor como el de un padre o de una madre, tenga piedad, o sea nos haga una gracia, muestre su favor con benevolencia y comprensión. Es un sentido llamamiento a Dios, el único que puede liberar del pecado. Son usadas imágenes muy plásticas: borra, lávame, purifícame. Se manifiesta en esta oración la verdadera necesidad del hombre: la única cosa que realmente necesitamos en nuestra vida es ser perdonados, liberados del mal y de sus consecuencias de muerte. Desgraciadamente la vida nos hace experimentar muchas veces estas situaciones, y sobre todo allí tenemos que confiar en la misericordia. Dios es más grande que nuestro pecado. No olvidemos esto, ¡Dios es más grande que nuestro pecado! «¡Padre no sé decirlo, he hecho tantas y grandes!». Dios es más grande que todos los pecados que nosotros podamos hacer. Dios es más grande que nuestro pecado. ¿Lo decimos juntos? Todos juntos: ¡Dios es más grande que nuestro pecado! Una vez más: «¡Dios es más grande que nuestro pecado!». Una vez más: «¡Dios es más grande que nuestro pecado!». Y su amor es un océano en el cual nos podemos sumergir sin miedo de ser vencidos: perdonar para Dios significa darnos la certeza de que Él nunca nos abandona. Sea lo que sea lo que podamos reprocharnos, Él es aún y siempre más grande que todo (cf. *1 Jn* 3, 20), porque Dios es más grande que nuestro pecado.

En este sentido, quien reza con este salmo busca el perdón, confiesa la propia culpa, y reconociéndola celebra la justicia y la santidad de Dios. Y después pide gracia y misericordia. El salmista se confía a la bondad de Dios, sabe que el perdón divino es enormemente eficaz, porque crea lo que dice. No esconde el pecado, sino que lo destruye y lo elimina pero lo elimina desde la raíz, no como sucede en la tintorería cuando llevamos un traje y le quitan la mancha. ¡No! Dios quita nuestro pecado desde la raíz, ¡todo! Por ello el penitente se vuelve puro, cada mancha

es eliminada y él ahora está más blanco que la nieve incontaminada. Todos nosotros somos pecadores. ¿Es verdad esto? Si alguno de los presentes no se siente pecador que levante la mano... ¡Nadie! Todos lo somos.

Nosotros pecadores con el perdón nos volvemos criaturas nuevas, llenas por el Espíritu y llenas de alegría. Entonces una nueva realidad comienza para nosotros: un nuevo corazón, un nuevo espíritu, una nueva vida. Nosotros, pecadores perdonados, que hemos acogido la gracia divina, podemos incluso enseñar a los otros a no pecar más. «Pero Padre, soy débil, yo caigo y caigo». «Pero si caes, levántate. ¡Levántate!». Cuando un niño se cae, ¿qué es lo que hace? Alza la mano a la mamá, al papá para que lo levanten. ¡Hagamos lo mismo! Si tú caes por debilidad en el pecado levanta tu mano: el Señor la toma y te ayudará a levantarte. ¡Esta es la dignidad del perdón de Dios! La dignidad que nos da el perdón de Dios es la de levantarnos, ponernos siempre en pie, porque Él ha creado al hombre y a la mujer para que estén de pie.

Dice el salmista:

«Crea en mí, oh Dios, un puro corazón,
un espíritu firme dentro de mí renueva [...]

Enseñaré a los rebeldes tus caminos,
y los pecadores volverán a ti» (vv. 12. 15).

Queridos hermanos y hermanas, el perdón de Dios es aquello que necesitamos todos, y es el signo más grande de su misericordia. Un don que cada pecador perdonado está llamado a compartir con cada hermano o hermana que encuentra.

Todos los que el Señor nos ha puesto a nuestro lado, los familiares, los amigos, los colegas, los parroquianos... todos, como nosotros, tienen necesidad de la misericordia de Dios. Es bonito ser perdonado, pero también tú, si quieres ser perdonado, debes a su vez perdonar. ¡Perdona! Que el Señor nos conceda, por la intercesión de María, Madre de misericordia, ser testigos de su perdón, que purifica el corazón y transforma la vida. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de haber reflexionado sobre la misericordia de Dios en el Antiguo Testamento, hoy comenzamos a meditar sobre cómo Jesús mismo la ha llevado a su realización plena. Una misericordia que Él ha expresado, realizado y comunicado siempre, en cada momento de su vida terrena. Encontrando a las multitudes,

anunciando el Evangelio, sanando a los enfermos, acercándose a los últimos, perdonando a los pecadores, Jesús hace visible un amor abierto a todos: ¡nadie excluido! Abierto a todos, sin fronteras. Un amor puro, gratuito, absoluto. Un amor que alcanza su culmen en el Sacrificio de la cruz. Sí, el Evangelio es realmente el «Evangelio de la Misericordia» porque ¡Jesús es la Misericordia!

Los cuatros Evangelios dan testimonio de que Jesús, antes de iniciar su ministerio, quiso recibir el bautismo de Juan el Bautista (*Mt* 3, 13-17; *Mc* 1, 9-11; *Lc* 3, 21-22; *Jn* 1, 29-34). Este acontecimiento imprime una orientación decisiva a toda la misión de Cristo. De hecho, Él no se ha presentado al mundo en el esplendor del templo: podía hacerlo. No se ha hecho anunciar por toques de trompetas: podía hacerlo. Y tampoco llegó vestido como un juez: podía hacerlo. En cambio, después de treinta años de vida oculta en Nazaret, Jesús fue al río Jordán, junto a mucha gente de su pueblo, y se puso en la fila con los pecadores. No tuvo vergüenza: estaba allí con todos, con los pecadores, para bautizarse. Por tanto, desde el inicio de su ministerio, Él se ha manifestado como el Mesías que se hace cargo de la condición humana, movido por la solidaridad y la compasión. Como Él mismo afirma en la sinagoga de Nazaret identificándose con la profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (*Lc* 4, 18-19). Todo cuanto Jesús ha cumplido después del bautismo ha sido la realización del programa inicial: llevar a todos el amor de Dios que salva. Jesús no ha traído el odio, no ha traído la enemistad: ¡nos ha traído el amor! Un amor grande, un corazón abierto para todos, ¡para todos nosotros! ¡Un amor que salva!

Él se ha hecho prójimo de los últimos, comunicándoles la misericordia de Dios que es perdón, alegría y vida nueva. Jesús, el Hijo enviado por el Padre, ¡es realmente el inicio del tiempo de la misericordia para toda la humanidad! Los que estaban presentes en la orilla del Jordán no entendieron de inmediato la grandeza del gesto de Jesús. El mismo Juan el Bautista se sorprendió con su decisión (cf. *Mt* 3, 14). ¡Pero el Padre celestial no! Él hizo oír su voz desde lo alto: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (*Mc* 1, 11). De este modo el Padre confirma el camino que el Hijo ha iniciado como Mesías, mientras desciende sobre Él en forma de paloma el Espíritu Santo. Así, el corazón de Jesús late, por así decir, al unísono con el corazón del Padre y del Espíritu, mostrando a todos los hombres que la salvación es fruto de la misericordia de Dios.

Podemos contemplar aún más claramente el gran misterio de este amor *dirigiendo la mirada a Jesús crucificado*. Cuando va a morir inocente por nosotros pecadores, Él suplica al Padre: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (*Lc*

23, 34). Es en la cruz que Jesús presenta a la misericordia del Padre el pecado del mundo: el pecado de todos, mis pecados, tus pecados, vuestros pecados. Allí, en la cruz, Él se los presenta al Padre. Y con el pecado del mundo todos los nuestros son eliminados. Nada ni nadie queda excluido de esta oración sacrificial de Jesús. Eso significa que no debemos temer reconocernos y confesarnos pecadores. Cuántas veces decimos: «Pero, este es un pecador, este ha hecho eso y aquello...», y juzgamos a los demás. ¿Y tú? Cada uno de nosotros debería preguntarse: «Sí, ese es un pecador, ¿y yo?». Todos somos pecadores, pero todos somos perdonados: todos tenemos la responsabilidad de recibir este perdón que es la misericordia de Dios. Por tanto, no debemos temer reconocernos pecadores, confesarnos pecadores porque cada pecado ha sido llevado por el Hijo a la cruz. Y cuando nosotros lo confesamos arrepentidos encomendándonos a Él, estamos seguros de ser perdonados. ¡El sacramento de la Reconciliación hace actual para cada uno la fuerza del perdón que brota de la Cruz y renueva en nuestra vida la gracia de la misericordia que Jesús nos ha adquirido! No debemos temer nuestras miserias: cada uno tiene las suyas. El poder del amor del Crucificado no conoce obstáculos y no se agota nunca. Y esta misericordia elimina nuestras miserias.

Queridos hermanos, en este Año jubilar pidamos a Dios la gracia de hacer experiencia del poder del Evangelio: Evangelio de la misericordia que transforma, que hace entrar en el corazón de Dios, que nos hace capaces de perdonar y mirar al mundo con más bondad. Si acogemos el Evangelio del Crucificado Resucitado, toda nuestra vida es plasmada por la fuerza de su amor que renueva.

AUDIENCIA JUBILAR *Sábado 9 de abril de 2016*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio que hemos escuchado nos permite descubrir un aspecto esencial de la misericordia: la *limosna*. Puede parecer algo sencillo dar limosna, pero debemos prestar atención para no vaciar este gesto del gran contenido que posee. De hecho, el término «limosna», deriva del griego y significa precisamente «misericordia». La limosna, por tanto, debería llevar consigo toda la riqueza de la misericordia. Y como la misericordia tiene mil caminos, mil modalidades, así la limosna se expresa de muchas maneras, para aliviar el malestar de los que están necesitados.

El deber de la limosna es tan antiguo como la Biblia. El sacrificio y la limosna eran dos deberes a los que la persona religiosa debía atenerse. Hay páginas impor-

tantes en el Antiguo Testamento, donde Dios exige una atención particular por los pobres que, puntualmente, son los que no tienen nada, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. En la Biblia esto es un tema constante: el necesitado, la viuda, el extranjero, el forastero, el huérfano... se repite continuamente. Porque Dios quiere que su pueblo mire a estos hermanos nuestros; es más, diré que están precisamente en el centro del mensaje: alabar a Dios con el sacrificio y alabar a Dios con la limosna.

Junto con la obligación de acordarse de ellos, se da también una indicación preciosa: «Cuando le des algo, se lo has de dar de buena gana» (*Dt 15, 10*). Esto significa que la caridad requiere, sobre todo, una actitud de alegría interior. Ofrecer misericordia no puede ser un peso o un fastidio del que liberarnos rápidamente. Cuánta gente se justifica a sí misma para no dar limosna diciendo: «Pero, ¿cómo será este? Este al que voy a dar, quizá irá a comprarse vino para emborracharse». Pero si él se emborracha, ¿es porque no tiene otro camino! Y tú, ¿qué haces a escondidas que nadie ve? Y tú, ¿eres juez de ese pobre hombre que te pide una moneda para un vaso de vino? Me gusta recordar el episodio del viejo Tobías que, después de haber recibido una gran suma de dinero, llamó a su hijo y los instruyó con estas palabras: «Como todos los que practican la justicia. Haz limosna. [...] No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara» (*Tb 4, 7-8*). Son palabras muy sabias que ayudan a entender el valor de la limosna.

Jesús, como hemos escuchado, nos ha dejado una enseñanza insustituible al respecto. Sobre todo, nos pide que no demos limosna para ser elogiados o admirados por los hombres por nuestra generosidad. Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha (cf. *Mt 6, 3*). No es la apariencia lo que cuenta, sino la capacidad de detenerse para mirar a la cara a la persona que pide ayuda. Cada uno de nosotros puede preguntarse: «¿Soy capaz de pararme y mirar a la cara, mirar a los ojos, a la persona que me está pidiendo ayuda? ¿Soy capaz?». No debemos identificar, por tanto, la limosna con la simple moneda ofrecida deprisa, sin mirar a la persona y sin detenerse para hablar y entender qué necesita realmente. Al mismo tiempo, debemos distinguir entre los pobres y las distintas formas de mendicidad que no hacen ningún bien a los verdaderos pobres. En resumen, la limosna es un gesto de amor que se dirige a los que encontramos; es un gesto de atención sincera a quien se acerca a nosotros y pide nuestra ayuda, hecho en el secreto donde solo Dios ve y comprende el valor del acto realizado.

Pero dar limosna también debe ser para nosotros algo que sea un sacrificio. Yo recuerdo una madre: tenía tres hijos, de seis, cinco y tres años, más o menos. Y siempre enseñaba a sus hijos que se debía dar limosna a las personas que la pedían. Era la hora de la comida: cada uno estaba tomando un filete a la milanesa,

como se dice en mi tierra, «empanado». Lllaman a la puerta. El mayor va a abrir y vuelve: «Mamá, hay un pobre que pide para comer». «¿Qué hacemos?», le pregunta a la madre. «¡Le damos —dicen todos—, le damos!». —«Bien: toma la mitad de tu filete, tú toma la otra mitad, tú la otra mitad, y hacemos dos bocadillos». — «¡Ah no, mamá, no!». —«¿No? Tú da del tuyo, da de lo que te cuesta». Esto es implicarse con el pobre. Yo me privo de algo mío para dártelo a ti. Y a los padres les digo: educad a vuestros hijos a dar así la limosna, a ser generosos con lo que tienen.

Hagamos nuestras entonces las palabras del apóstol Pablo: «En todo os he enseñado que es así, trabajando como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir”» (*Hch* 20, 35; cf. *2 Cor* 9, 7). ¡Gracias!

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 13 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hemos escuchado el Evangelio de la llamada de Mateo. Mateo era un «publicano», es decir un recaudador de impuestos para el imperio romano, y por esto, considerado un pecador público. Pero Jesús lo llama a seguirlo y a convertirse en su discípulo. Mateo acepta, y lo invita a cena en su casa junto a los discípulos. Entonces surge una discusión entre los fariseos y los discípulos de Jesús por el hecho de que ellos comparten la mesa con los publicanos y los pecadores: «¡Pero tú no puedes ir a la casa de estas personas!», decían ellos. Jesús, de hecho, no los aleja, más bien los frecuenta en sus casas y se sienta al lado de ellos; esto significa que también ellos pueden convertirse en sus discípulos. Y además es verdad que ser cristiano no nos hace impecables. Como el publicano Mateo, cada uno de nosotros se encomienda a la gracia del Señor, a pesar de los propios pecados.

Todos somos pecadores, todos hemos pecado. Llamando a Mateo, Jesús muestra a los pecadores que no mira su pasado, la condición social, las convenciones exteriores, sino que más bien les abre un futuro nuevo. Una vez escuché un dicho bonito: «No hay santo sin pasado y no hay pecador sin futuro». Esto es lo que hace Jesús. No hay santo sin pasado, ni pecador sin futuro. Basta responder a la invitación con el corazón humilde y sincero.

La Iglesia no es una comunidad de perfectos, sino de discípulos en camino, que siguen al Señor porque se reconocen pecadores y necesitados de su perdón. La vida cristiana, entonces, es escuela de humildad que nos abre a la gracia.

Un comportamiento así no es comprendido por quien tiene la presunción de creerse «justo» y de creerse mejor que los demás.

Soberbia y orgullo no permiten reconocerse necesitados de salvación, más bien, impiden ver el rostro misericordioso de Dios y de actuar con misericordia. Son un muro. La soberbia y el orgullo son un muro que impide la relación con Dios.

Y, sin embargo, la misión de Jesús es precisamente ésta: venir en busca de cada uno de nosotros, para sanar nuestras heridas y llamarnos a seguirlo con amor. Lo dice claramente: «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal» (v. 12). ¡Jesús se presenta como un buen médico! Él anuncia el Reino de Dios, y los signos de su venida son evidentes: Él cura de las enfermedades, libera del miedo, de la muerte y del demonio. Frente a Jesús ningún pecador es excluido —ningún pecador es excluido— porque el poder sanador de Dios no conoce enfermedades que no puedan ser curadas; y esto nos debe dar confianza y abrir nuestro corazón al Señor para que venga y nos sane. Llamando a los pecadores a su mesa, Él los cura restableciéndolos en aquella vocación que ellos creían perdida y que los fariseos han olvidado: la de los invitados al banquete de Dios. Según la profecía de Isaías: «Hará Yahveh Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados. Se dirá aquel día: Ahí tenéis a nuestro Dios: esperamos que nos salve; éste es Yahveh en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación» (25, 6-9).

Si los fariseos ven en los invitados sólo pecadores y rechazan sentarse con ellos, Jesús por el contrario les recuerda que también ellos son comensales de Dios.

De este modo, sentarse en la mesa con Jesús significa ser transformados y salvados por Él. En la comunidad cristiana la mesa de Jesús es doble: está la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía (cf. *Dei Verbum*, 21). Son estas las medicinas con las cuales el Médico Divino nos cura y nos nutre. Con la primera —la Palabra— Él se revela y nos invita a un diálogo entre amigos. Jesús no tenía miedo de dialogar con los pecadores, los publicanos, las prostitutas... ¡Él no tenía miedo: amaba a todos! Su Palabra penetra en nosotros y, como un bisturí, actúa en profundidad para liberarnos del mal que se anida en nuestra vida.

A veces esta Palabra es dolorosa porque incide sobre hipocresías, desenmascara las falsas excusas, pone al descubierto las verdades escondidas; pero al mismo tiempo ilumina y purifica, da fuerza y esperanza, es un reconstituyente valioso en nuestro camino de fe. La Eucaristía, por su parte, nos nutre de la vida misma de Jesús y, como un remedio muy potente, de modo misterioso renueva continuamente la gracia de nuestro Bautismo. Acercándonos a la Eucaristía nosotros nos

nutrimos del Cuerpo y la Sangre de Jesús, y sin embargo, viniendo a nosotros, ¡es Jesús que nos une a su Cuerpo!

Concluyendo ese diálogo con los fariseos, Jesús les recuerda una palabra del profeta Oseas (6, 6): «Id, pues, a aprender qué significa aquello de: *misericordia quiero, que no sacrificio*» (Mt 9, 13). Dirigiéndose al pueblo de Israel el profeta lo reprendía porque las oraciones que elevaba eran palabras vacías e incoherentes. A pesar de la alianza de Dios y la misericordia, el pueblo vivía frecuentemente con una religiosidad «de fachada», sin vivir en profundidad el mandamiento del Señor. Es por eso que el profeta insiste: «*misericordia quiero*», es decir la lealtad de un corazón que reconoce los propios pecados, que se arrepiente y vuelve a ser fiel a la alianza con Dios. «Y no sacrificio»: ¡sin un corazón arrepentido cada acción religiosa es ineficaz! Jesús aplica esta frase profética también a las relaciones humanas: aquellos fariseos eran muy religiosos en la forma, pero no estaban dispuestos a compartir la mesa con los publicanos y los pecadores; no reconocían la posibilidad de un arrepentimiento y, por eso, de una curación; no colocan en primer lugar la misericordia: aun siendo fieles custodios de la Ley, ¡demostraban no conocer el corazón de Dios! Es como si a ti te regalaran un paquete, donde dentro hay un regalo y tú, en lugar de ir a buscar el regalo, miras sólo el papel que lo envuelve: sólo las apariencias, la forma, y no el núcleo de la gracia, ¡del regalo que es dado!

Queridos hermanos y hermanas, todos nosotros estamos invitados a la mesa del Señor. Hagamos nuestra la invitación de sentarnos al lado de Él junto a sus discípulos. Aprendamos a mirar con misericordia y a reconocer en cada uno de ellos un comensal nuestro. Somos todos discípulos que tienen necesidad de experimentar y vivir la palabra consoladora de Jesús. Tenemos todos necesidad de nutrirnos de la misericordia de Dios, porque es de esta fuente que brota nuestra salvación. ¡Gracias!

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 20 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy queremos detenernos en un aspecto de la misericordia bien representado en el pasaje del Evangelio de Lucas que hemos escuchado. Se trata de un hecho que le sucedió a Jesús mientras era huésped de un fariseo de nombre Simón. Ellos habían querido invitar a Jesús a su casa porque había escuchado hablar bien de Él como un gran profeta. Y mientras estaban sentados comiendo, entra una mujer conocida

por todos en la ciudad como una pecadora. Esta, sin decir una palabra, se pone a los pies de Jesús y rompe a llorar; sus lágrimas lavan los pies de Jesús y ella los seca con sus cabellos, luego los besa y los unge con un aceite perfumado que ha llevado consigo.

Sobresale el contraste entre las dos figuras: la de Simón, el celante servidor de la ley, y la de la anónima mujer pecadora. Mientras el primero juzga a los demás de acuerdo a las apariencias, la segunda con sus gestos expresa con sinceridad su corazón. Simón, aun habiendo invitado a Jesús, no quiere comprometerse ni involucrar su vida con el Maestro; la mujer, al contrario, se confía plenamente a Él, con amor y veneración.

El fariseo no concibe que Jesús se deje «contaminar» por los pecadores. Él piensa que si fuera realmente un profeta debería reconocerlos y tenerlos lejos para no ser manchado, como si fueran leprosos. Esta actitud es típica de un cierto modo de entender la religión, y está motivada por el hecho que Dios y el pecado se oponen radicalmente. Pero la Palabra de Dios nos enseña a distinguir entre el pecado y el pecador: con el pecado no es necesario llegar a compromisos, mientras los pecadores —es decir, ¡todos nosotros!— somos como enfermos, que necesitan ser curados, y para curarlos es necesario que el médico se les acerque, los visite, los toque. ¡Y naturalmente el enfermo, para ser sanado, debe reconocer que necesita del médico!

Entre el fariseo y la mujer pecadora, Jesús toma partido por esta última. Jesús, libre de prejuicios que impiden a la misericordia expresarse, la deja hacer. Él, el Santo de Dios, se deja tocar por ella sin temer ser contaminado. Jesús es libre, libre porque es cercano a Dios que es Padre misericordioso. Y esta cercanía a Dios, Padre misericordioso, da a Jesús la libertad. Es más, entrando en relación con la pecadora, Jesús pone fin a aquella condición de aislamiento a la que el juicio despiadado del fariseo y de sus conciudadanos —los cuales la explotaban— la condenaba: «Tus pecados quedan perdonados» (v. 48). La mujer ahora puede ir «en paz». El Señor ha visto la sinceridad de su fe y de su conversión; por eso delante a todos proclama: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (v. 50). De una parte aquella hipocresía del doctor de la ley, de otra la sinceridad, la humildad y la fe de la mujer. Todos nosotros somos pecadores, pero muchas veces caemos en la tentación de la hipocresía, de creernos mejores que los demás y decimos: «Mira tu pecado...». Por el contrario, todos nosotros debemos mirar nuestro pecado, nuestras caídas, nuestras equivocaciones y mirar al Señor. Esta es la línea de la salvación: la relación entre «yo» pecador y el Señor. Si yo me considero justo, esta relación de salvación no se da.

En este momento, un asombro aún más grande invade a todos los comensales: «¿Quién es este que hasta perdona los pecados?» (v. 49). Jesús no da una respuesta explícita, pero la conversión de la pecadora está ante los ojos de todos y demuestra que en Él resplandece la potencia de la misericordia de Dios, capaz de transformar los corazones.

La mujer pecadora nos enseña la relación entre fe, amor y agradecimiento. Le han sido perdonados «muchos pecados» y por esto ama mucho; por el contrario «a quien poco se le perdona, poco amor muestra» (v. 47). Incluso el mismo Simón debe admitir que ama más quien ha sido perdonado más. Dios ha encerrado a todos en el mismo misterio de misericordia; y de este amor, que siempre nos precede, todos nosotros aprendemos a amar. Como recuerda san Pablo: «En Él (Cristo) tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia» (Ef 1, 7-8). En este texto, el término «gracia» es prácticamente sinónimo de misericordia, y se dice que es «abundante», es decir, más allá de nuestra expectativa, porque actúa el proyecto salvífico de Dios para cada uno de nosotros.

Queridos hermanos, ¡estemos muy agradecidos por el don de la fe, demos gracias al Señor por su amor tan grande e inmerecido! Dejemos que el amor de Cristo se derrame en nosotros: de este amor se sacia el discípulo y sobre éste se funda; de este amor cada uno se puede nutrir y alimentar. Así, en el amor agradecido que derramamos a su vez sobre nuestros hermanos, en nuestras casas, en la familia, en la sociedad se comunica a todos la misericordia del Señor.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 27 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy reflexionamos sobre la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10, 25-37). Un doctor de la Ley pone a prueba a Jesús con esta pregunta: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» (v. 25). Jesús le pide que se dé a sí mismo la respuesta, y aquel la da a la perfección: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (v. 27). Y Jesús concluye: «Haz eso y vivirás» (v. 28).

Entonces aquel hombre hace otra pregunta, que se vuelve muy valiosa para nosotros: «¿Quién es mi prójimo?» (v. 29), y sobrentiende: «¿mis parientes? ¿Mis connacionales? ¿Los de mi religión?...». En pocas palabras, él quiere una regla

clara que le permita clasificar a los demás en «prójimo» y «no-prójimo», en los que pueden convertirse en prójimo y en los que no pueden convertirse en prójimo.

Y Jesús responde con una parábola en la que convergen un sacerdote, un levita y un samaritano. Las dos primeros son figuras relacionadas al culto del templo; el tercero es un judío cismático, considerado como un extranjero, pagano e impuro, es decir, el samaritano. En el camino de Jerusalén a Jericó, el sacerdote y el levita se encuentran con un hombre moribundo, que los ladrones habían asaltado, saqueado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones similares preveía la obligación de socorrerlo, pero ambos pasan de largo sin detenerse. Tenían prisa... El sacerdote, tal vez, miró su reloj y dijo: «Pero, llego tarde a la misa ... Tengo que celebrar la misa». Y el otro dijo: «Pero, no sé si la ley me lo permite, porque hay sangre y seré impuro...». Se van por otro camino y no se acercan. Y aquí la parábola nos da una primera enseñanza: no es automático que quien frecuenta la casa de Dios y conoce su misericordia sepa amar al prójimo. ¡No es automático! Puedes conocer toda la Biblia, puedes conocer todas las rúbricas litúrgicas, puedes aprender toda la teología, pero de conocer no es automático el amar: amar tiene otro camino, es necesaria la inteligencia pero también algo más... El sacerdote y el levita ven, pero ignoran; miran, pero no proveen. Sin embargo, no existe un verdadero culto si no se traduce en servicio al prójimo. No olvidemos nunca: frente al sufrimiento de mucha gente agotada por el hambre, la violencia y las injusticias, no podemos permanecer como espectadores. Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué significa? ¡Significa ignorar a Dios! Si yo no me acerco a ese hombre, a esa mujer, a ese niño, a ese anciano o a esa anciana que sufre, no me acerco a Dios.

Pero vamos al centro de la parábola: el samaritano, que es precisamente aquel despreciado, aquel por el que nadie habría apostado nada, y que igualmente tenía sus compromisos y sus cosas que hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que estaban ligados al templo, sino que «tuvo compasión» (v. 33). Así dice el Evangelio: «Tuvo compasión», es decir, ¡el corazón, las entrañas se conmovieron! Esa es la diferencia. Los otros dos «vieron», pero sus corazones permanecieron cerrados, fríos. En cambio, el corazón del samaritano estaba en sintonía con el corazón de Dios. De hecho, la «compasión» es una característica esencial de la misericordia de Dios. Dios tiene compasión de nosotros. ¿Qué quiere decir? Sufre con nosotros y nuestros sufrimientos. Él los siente. Compasión significa «padecer con». El verbo indica que las entrañas se mueven y tiemblan ante el mal del hombre. Y en los gestos y en las acciones del buen samaritano reconocemos el actuar misericordioso de Dios en toda la historia de la salvación. Es la misma compasión con la que el Señor viene al encuentro de cada uno de nosotros: Él no nos ignora, conoce nuestros dolores, sabe cuánto necesita-

mos ayuda y consuelo. Nos está cerca y no nos abandona nunca. Cada uno de nosotros, que se haga la pregunta y responda en el corazón: «¿Yo lo creo? ¿Creo que el Señor tiene compasión de mí, así como soy, pecador, con muchos problemas y tantas cosas?». Pensad en esto, y la respuesta es: «¡Sí!». Pero cada uno tiene que mirar en el corazón si tiene fe en esta compasión de Dios, de Dios bueno que se acerca, nos cura, nos acaricia. Y si nosotros lo rechazamos, Él espera: es paciente y está siempre a nuestro lado.

El samaritano actúa con verdadera misericordia: venda las heridas de aquel hombre, lo lleva a una posada, se hace cargo personalmente y provee para su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino que significa cuidar del otro hasta pagar en persona. Significa comprometerse realizando todos los pasos necesarios para «acercarse» al otro hasta identificarse con él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Este es el mandamiento del Señor.

Concluida la parábola, Jesús da la vuelta a la pregunta del doctor de la Ley y le pregunta: «¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» (v. 36). La respuesta es finalmente inequívoca: «El que practicó la misericordia con él» (v. 37). Al comienzo de la parábola para el sacerdote y el levita el prójimo era el moribundo; al final el prójimo es el samaritano que se hizo cercano. Jesús invierte la perspectiva: no clasificar a los otros para ver quién es prójimo y quién no. Tú puedes convertirte en prójimo de cualquier persona en necesidad, y lo serás si en tu corazón hay compasión, es decir, si tienes esa capacidad de sufrir con el otro.

Esta parábola es un regalo maravilloso para todos nosotros, y ¡también un compromiso! A cada uno de nosotros, Jesús le repite lo que le dijo al doctor de la Ley: «Vete y haz tú lo mismo» (v. 37). Todos estamos llamados a recorrer el mismo camino del buen samaritano, que es la figura de Cristo: Jesús se ha inclinado sobre nosotros, se ha convertido en nuestro servidor, y así nos ha salvado, para que también nosotros podamos amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, del mismo modo.

AUDIENCIA JUBILAR

Sábado 30 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas:

Uno de los aspectos importantes de la misericordia es la reconciliación. Dios nunca nos deja de ofrecer su perdón; no son nuestros pecados los que nos alejan del

Señor, sino que nosotros somos, pecando, quienes nos alejamos. Al pecar «le damos la espalda» y crece así la distancia entre él y nosotros. Jesús, como Buen Pastor no se alegra hasta que no encuentra a la oveja perdida. Él reconstruye el puente que nos reconduce al Padre y nos permite reencontrar la dignidad de hijos.

Este Jubileo de la Misericordia es para todos un tiempo favorable para descubrir la necesidad de la ternura y cercanía del Padre y retornar a él con todo el corazón.